

8600-42038

JOSÉ RIZAL



84
12

Noli me tângere

(EL PAÍS DE LOS FRAILES)

NOVELA TAGALA

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y COMP.[^] EDITORES

Calle del Palomar, 10
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)
MADRID

Una peseta el tomo

- Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez.*—Emilio Zola (su vida y sus obras).
Alexis.—Las chicas del amigo Lefèvre.
A. Hamon.—Determinismo y responsabilidad.
A. Hamon.—Psicología del Militar profesional.
A. Hamon.—Psicología del socialista-anarquista.
Angel Guerra.—Literatos extranjeros.
Bakounine.—Dios y el Estado.
Bakounine.—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.
Barón d' Holbach.—Moisés, Jesús y Mahoma.
Bjærnstjerne Bjærnson.—El Rey.
Blasco Ibáñez.—Arroz y tartana.
Blasco Ibáñez.—Flor de Mayo.
Blasco Ibáñez.—Cuentos valencianos.
Blasco Ibáñez.—La condenada.
Büchner.—Fuerza y materia.
Büchner.—Luz y vida.
Bueno (Manuel).—A ras de tierra.
*Comandante ***.*—Así hablaba Zorraustro.
Conde Fabraquer.—La expulsión de los jesuitas.
Chamfort.—Cuadros históricos de la Revolución Francesa.
D'Annunzio.—Episcopo y Compañía.
Darwin.—El origen del hombre.
Darwin.—Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos.
Darwin.—Origen de las especies. 3 t.
Darwin.—Expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 t.
Daudet.—Cuentos amorosos y patrióticos.
De la Torre.—Cuentos del Júcar.
Diderot.—Obras filosóficas.
Draper.—Conflictos entre la Religión y la Ciencia.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 t.
Faure.—El dolor universal. 2 tomos.
Flaubert.—Por los campos y las playas.
Prince (Anatolio).—La cortesana de Alejandría (Tais).
Gautier (Judith).—Las crueldades del amor.
Gautier (Teófilo).—Un viaje por España.
- Garchine.*—La guerra.
Goncourt.—La ramera Elisa.
Gorki.—Los ex-hombres.
Gorki.—En la prisión.
Grave (Juan).—La sociedad futura. 2 t.
Grave (Juan).—La sociedad moribunda y la Anarquía.
Guy de Maupassant.—El Horla.
Guy de Maupassant.—La mancebía.
George (E.).—Progreso y miseria. 2 t.
George (E.).—Problemas sociales.
Haggard.—El hijo de los boers.
Haeckel.—Los enigmas del Universo. 2 tomos.
Hugo (Victor).—El sueño del Papa.
Ibsen.—La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.
Ibsen.—Emperador y Galileo.—Juliano Emperador. 2 tomos.
Ibsen.—Los espectros.—Hedda Gabler.
Inchofer (Jesuita).—La monarquía jesuita.
Ingenieros.—La simulación en la lucha por la vida.
Ingenieros.—Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.
Kropotkine.—La conquista del pan.
Kropotkine.—Palabras de un rebelde.
Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.
Kropotkine.—Las prisiones.
Laugel.—Los problemas de la Naturaleza.
Laugel.—Los problemas del alma.
Laugel.—Los problemas de la vida.
López Ballesteros.—Junto a las máquinas.
Lubbock.—La dicha de la vida.
Mackay (J. E.).—Los anarquistas.
Meterlinck.—El tesoro de los humildes.
Malato.—Filosofía del anarquismo.
Malato.—La gran huelga. 2 tomos.
Marx (Carlos).—El capital.
Max Nordau.—El mal del siglo. 2 t.
Max Nordau.—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.
Max Nordau.—Matrimonios morganáticos. 2 tomos.
Max Nordau.—La comedia del sentimiento.
Max Stirner.—El Único y su propiedad. 2 tomos.

NOLI ME TÁNGERE

(EL PAÍS DE LOS FRAILES)

Siempre...

2148080 LARK...

JOSÉ RIZAL *y Calvo*

Noli me tângere

(EL PAÍS DE LOS FRAILES)

NOVELA TAGALA



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)
MADRID

E. H.
Rizal 55

161412

ANALISIS QUIMICO

A MI PATRIA

Regístrase en la historia de los padecimientos humanos un cáncer de un carácter tan maligno, que el menor contacto le irrita y despierta en él agudísimos dolores. Pues bien; cuantas veces en medio de las civilizaciones modernas he querido evocarte, ya para acompañarme de tus recuerdos, ya para compararte con otros países, tantas se me presentó tu querida imagen con un cáncer social parecido.

Deseando tu salud, que es la nuestra, y buscando el mejor tratamiento, haré contigo lo que con sus enfermos los antiguos: exponíanlos en las gradas del templo, para que cada persona que fuese á invocar á la Divinidad les propusiese un remedio.

Y á este fin, trataré de producir fielmente tu estado sin contemplaciones; levantaré parte del velo que oculta el mal, sacrificándolo todo á la verdad, hasta el mismo amor propio; pues como hijo tuyo, adolezco también de tus defectos y flaquezas.

EL AUTOR.

NOLI ME TÁNGERE

I

Una reunión

A fines de Octubre, don Santiago de los Santos, conocido vulgarmente con el nombre de Capitán Tiago, daba una cena, que era el tema de todas las conversaciones en Binondo, en los demás arrabales y hasta dentro de la ciudad. Capitán Tiago pasaba entonces por el hombre más rumboso, y sabía todo el mundo que su casa, como su país, no cerraba las puertas á nadie, como no fuese á las innovaciones provechosas y á las ideas nuevas y atrevidas.

Con la rapidez del relámpago corrió la noticia en el mundo de los parásitos que Dios crió en su infinita bondad y tan cariñosamente multiplica en Manila.

Dábase esta cena en una casa de la calle de Anloague. Era un edificio bastante grande, construído al estilo del país y situado á orillas del río Pasig, llamado por algunos ría de Binondo, y que desempeña, como todos los ríos de Manila, el múl-

tiple papel de baño, alcantarilla, lavadero, pesquería, medio de transporte y comunicación y hasta proporciona agua potable si lo tiene por conveniente el chino aguador. Es de notar que esta poderosa arteria del arrabal, en donde abunda más el tráfico, apenas cuenta con un viejo puente de madera, en una distancia de más de un kilómetro.

La casa á que aludimos es algo baja y de líneas no muy correctas: no sabemos si esto es debido á los huracanes y terremotos ó á la poca ciencia del arquitecto. Una ancha escalera de verdes balaustrés conduce desde el zaguán ó portal, enlosado de azulejos, al piso principal, entre macetas de flores, colocadas sobre pedestales de loza china de abigarrados colores y fantásticos dibujos.

Puesto que no hay porteros ni criados que pidan el billete de invitación, subiremos, lector amigo, si es que te atraen los acordes de la orquesta, la luz y el halagüeño ruido de la vajilla y los cubiertos y quieres ver cómo son las reuniones allá en la Perla de Oriente. Con gusto te ahorraría la descripción de la casa, pero no lo hago porque es esta una cuestión demasiado importante, pues los mortales en general somos como las tortugas: valemos y nos clasifican según nuestras conchas.

Al subir, nos encontramos de golpe en una espaciosa estancia, llamada allí *caída* no sé por qué, que esta noche sirve de comedor al mismo tiempo que de salón de orquesta. Hay en medio una larga mesa, adornada lujosamente, que brinda dulces promesas á los invitados y amenaza á las tímidas jóvenes, á las sencillas *dalagas*, con dos horas mortales en compañía de gentes extrañas, cuyas conversaciones suelen tener un carácter muy particular.

Contrastan con los preparativos del pantagruélico festín, los abigarrados cuadros de las paredes,

que representan asuntos religiosos como *El Purgatorio*, *El Infierno*, *El Juicio final* y *la muerte del Justo*. Vese también en el fondo, aprisionado en un espléndido y elegante marco estilo del Renacimiento, tallado por Arévalo, un curioso lienzo de grandes dimensiones, en el cual hay representadas dos viejas y que lleva al pie la siguiente inscripción: *Nuestra Señora de la Paz y Buen viaje, que se venera en Antipolo, y que bajo el aspecto de una mendiga visita en su enfermedad á la piadosa y célebre capitana Inés*. La composición, si no revela mucho gusto ni arte, tiene en cambio sobrado realismo: la enferma parece un cadáver por los tintes amarillos y violáceos de su rostro, y los vasos y demás objetos que suelen encontrarse en las habitaciones de los enfermos están reproducidos tan minuciosamente, que se ven hasta sus contenidos.

Cuelgan del techo preciosas lámparas de China, jaulas, esferas de cristal azogado rojas, verdes y azules y plantas aéreas. Por el lado que mira al río, unos caprichosos arcos de madera, medio chinoscos, dan paso á una azotea cubierta con enredaderas y alumbrada por farolitos de papel de todos colores.

Sobre una tarima de pino está el magnífico piano de cola, de un precio exorbitante. Y finalmente, completa el adorno del salón un gran retrato al óleo de un hombre vestido de frac, tieso y recto como el bastón de borlas que lleva entre sus rígidos dedos, cubiertos de anillos.

La sala está casi llena de gente: los hombres separados de las mujeres como en las iglesias y las sinagogas. El sexo bello está representado por unas cuantas jóvenes españolas y filipinas. Abren la boca con un bostezo, pero la tapan al instante con sus abanicos; apenas murmuran algunas palabras; to-

das las conversaciones que comienzan mueren entre monosílabos, con un ruido sibilante, como el que se escucha en los templos silenciosos. ¿Acaso las imágenes de las Vírgenes que cuelgan de las paredes las obligan á guardar la compostura y el silencio religiosos, ó es que aquí las mujeres son diferentes á las demás?

La única que recibía á las señoras era una vieja, prima del capitán Tiago, de facciones bondadosas y que hablaba bastante mal el castellano. Toda su política y urbanidad consistían en ofrecer á los españoles una bandeja de cigarros y *buyos* (1), y en dar á besar la mano á las filipinas, exactamente como los frailes. La pobre anciana concluyó por aburrirse, y oyendo el ruido de un plato que se había roto en la cocina, salió precipitadamente, murmurando:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Tengan la bondad de dispensar! ¡Voy á ver qué hacen aquellos indignos!

Y no volvió á aparecer.

En cuanto á los hombres, mostrábanse más parlanchines. Algunos cadetes hablaban con animación, pero en voz baja, señalando con el dedo á varias personas de la sala y riéndose con disimulo; en cambio dos extranjeros, vestidos de blanco, cruzadas las manos detrás y sin decir palabra, paseábanse de un extremo á otro de la sala, como hacen los viajeros aburridos sobre la cubierta de un buque. Todo el interés y la animación partían de un grupo formado por dos religiosos, dos paisanos y un militar, alrededor de una mesita en que se veían botellas de vino y bizcochos ingleses.

(1) Hueso de una fruta parecida al dátil, que mascan los indios mezclado con una hoja parecida á la de la morera.

El militar era un viejo teniente, alto, de fisonomía adusta: parecía un duque de Alba rezagado en el escalafón de la Guardia civil; hablaba poco y con dureza.

Uno de los frailes, un joven dominico, pulcro y brillante como sus gafas de montura de oro, afectaba una temprana gravedad: era el cura de Binondo, y en otros tiempos había desempeñado una cátedra en San Juan de Letrán. Tenía fama de consumado dialéctico. Hablaba poco y parecía pesar sus palabras.

Por el contrario, el otro, que era un franciscano, hablaba mucho y gesticulaba más. A pesar de que sus cabellos empezaban á encanecer, conservábase todavía joven y robusto. Sus duras facciones, su mirada poco tranquilizadora y hercúleas formas le daban el aspecto de un patricio romano disfrazado, y al verlo se acordaba uno de aquellos tres frailes de que habla Heine en sus «Dioses en el destierro», que por el mes de Septiembre, allá en el Tyrol, pasaban á media noche en una barca por un lago, y al depositar en la mano del pobre barquero una moneda de plata, fría como el hielo, lo dejaban lleno de espanto.

Uno de los paisanos, un hombre pequeñito, de barba negra, sólo tenía de notable la nariz, de extraordinarias dimensiones; el otro, un joven rubio, parecía recién llegado al país. Con éste sostenía el franciscano una viva discusión.

—Ya lo verá—decía el fraile;—cuando esté en el país algunos meses se convencerá de lo que le digo; una cosa es gobernar en Madrid y otra es estar en Filipinas.

—Pero...

—Yo, por ejemplo—continuó fray Dámaso cortando la palabra á su interlocutor,—yo que cuento

ya veintitrés años de plátano y *morisqueta* (1) puedo hablar con autoridad sobre ello. No me salga usted con teorías ni retóricas; yo conozco al indio mejor que nadie. Desde que llegué al país fuí destinado á un pueblo pequeño y allí tuve ocasión de estudiar á estas gentes con completa calma.

—¡No comprendo que tenga eso nada que ver con el desestanco del tabaco!—pudo contestar al fin el joven rubio, mientras que el franciscano tomaba una copita de Jerez.

Fray Dámaso, lleno de sorpresa, estuvo á punto de dejar caer la copa. Quedóse un momento mirando de hito en hito al joven, y

—¿Cómo? ¿cómo?—exclamó después con la mayor extrañeza.—Pero ¿es posible que no vea usted lo que está más claro que la luz del día? ¿No ve usted, hijo de Dios, que todo esto prueba palpablemente que las reformas de los ministros son irracionales?

Esta vez fué el rubio el que se quedó perplejo; el teniente arrugó las cejas; el hombre pequeño movía la cabeza como para dar la razón á fray Dámaso. El dominico permanecía indiferente y casi de espaldas.

—¿Cree usted?...—pudo al fin preguntar muy serio el joven, mirando lleno de curiosidad al fraile.

—¿Que si creo? ¡Como en el Evangelio! ¡El indio es tan indolente!

—¡Ah! Perdone usted—dijo el joven acercando un poco su silla.—¿Existe verdaderamente esa indolencia en los naturales, ó sucede lo que afirma un viajero extranjero, que es sólo una invención para disculpar nuestra propia indolencia, nuestro atraso y nuestro absurdo sistema colonial?

(1) Arroz cocido.

—¡Ca! ¡Envidias! Pregúnteselo al señor Laruja, que tan bien conoce el país; pregúntele si la ignorancia y la indolencia del indio tienen igual.

—En efecto—contestó el hombre pequeño, que era el aludido;—en ninguna parte del mundo existe ser más indolente que el indio: ¡en ninguna parte!

—¡Ni otro más vicioso ni más ingrato!

—¡Ni más mal educado!

El joven rubio se puso á mirar con inquietud á todas partes.

—Señores—dijo en voz baja,—creo que estamos en casa de un indio; esas señoritas...

—¡Bah! ¡No sea usted tan aprensivo! Santiago no se considera como indio, y además no está presente, y... ¡aunque estuviera! Esas son tonterías de los recién llegados. Deje que pasen algunos meses; cambiará de opinión cuando haya frecuentado muchas fiestas y *bailújans*, dormido en los catres y comido mucha *tinola*.

—¿Eso que usted llama *tinola* es una fruta de la especie del loto, que vuelve á los hombres así como olvidadizos?

—¡Qué loto ni qué lotería!—contestó riendo el padre Dámaso.—*Tinola* es un guisado de gallina y calabaza. ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado usted?

—Cuatro días—contestó el joven algo picado.

—¿Viene como empleado?

—No, señor; vengo por cuenta propia, para conocer el país.

—¡Hombre, qué pájaro más raro!—exclamó fray Dámaso mirándole con curiosidad.

—Decía vuestra reverencia, padre Dámaso—interrumpió bruscamente el dominico cortando la conversación,—que ha estado veinte años en el pueblo de San Diego y lo ha dejado. ¿No estaba vuestra reverencia contento en el pueblo?

Fray Dámaso, á esta pregunta, hecha con un tono tan natural y casi negligente, perdió la alegría y dejó de reir.

—¡No!—gruñó secamente, y se dejó caer con violencia contra el respaldo del sillón.

El dominico prosiguió en tono más indiferente aún:

—Debe de ser muy doloroso dejar á un pueblo que se conoce como el hábito que se lleva. Yo, al menos, sentí dejar Camiling, y eso que estuve pocos meses... pero los superiores lo hacían para bien de la comunidad...

Fray Dámaso, por primera vez en aquella noche, parecía muy preocupado. De repente dió un puñetazo sobre el brazo de su sillón, y respirando con fuerza exclamó:

—¡Hay religión ó no la hay! ¡Los curas son libres ó no lo son! ¡El país se pierde, está perdido! Y volvió á dar otro puñetazo.

Toda la gente de la sala, sorprendida, se volvió hacia el grupo. Los dos extranjerios, que se paseaban, paráronse un momento, hicieron una mueca y continuaron acto seguido su paseo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el teniente frunciendo las cejas.

—¿Qué quiero decir?...—repitió fray Dámaso alzando más la voz y encarándose con su interlocutor.—¡Digo lo que me da la gana! Quiero decir que cuando el cura arroja del cementerio el cadáver de un hereje, nadie, ni el mismo rey, tiene derecho á mezclarse, y menos á imponer castigos. Y sin embargo, el general, esa calamidad con entorchados, se mete en todo.

—¡Padre, su excelencia es Vicerreal Patronato! —gritó el militar levantándose.

—¡Qué Vicerreal Patronato ni qué niño muerto!

—contestó el franciscano levantándose también.— En otro tiempo se le hubiera arrastrado, como ya hicieron una vez las corporaciones con el impío gobernador Bustamante. ¡Aquellos sí que eran tiempos de fe!...

—Le advierto que yo no permito... ¡Su excelencia representa á S. M. el rey!

—¡Qué rey ni qué Roque! Para nosotros no hay más rey que el legítimo...

—¡Alto!—gritó el teniente, amenazador y como si se dirigiese á sus soldados.—O usted retira cuanto ha dicho ó mañana mismo doy parte á su excelencia...

—¡Vaya usted ahora mismo, vaya usted!—contestó con sarcasmo fray Dámaso, acercándose con los puños cerrados.—¿Cree usted que porque llevo hábitos me faltan?... ¡Vaya usted! ¡Si quiere le prestaré mi coche!

La cuestión se agriaba cada vez más. Afortunadamente intervino el dominico.

—¡Señores!—dijo en tono de autoridad,—no hay que confundir las cosas ni buscar ofensas donde no las hay. Debemos distinguir en las palabras de fray Dámaso las del hombre de las del sacerdote. Las de éste, como tal, jamás pueden ofender, pues provienen de la verdad absoluta. En las del hombre hay que hacer una distinción: las que dice *ab irato*, las que dice *ex ore*, pero no *in corde*, y las que dice *in corde*. Estas últimas son las que únicamente pueden ofender, y eso según: si ya *in mente* preexistían por un motivo ó solamente vienen *per accidens* en el calor de la conversación.

—¡Pues yo, *per accidens* y *por mí*, sé los motivos, padre Sibyla!—interrumpió el militar, que comenzaba á embrollarse con tantas distinciones.—Sé los motivos y los va á oír vuestra reverencia. Duran-

te la ausencia del padre Dámaso, enterró el coadjutor el cadáver de una persona dignísima, sí señor, dignísima, yo tuve el gusto de tratarla y me hospedé en su casa varias veces. ¿Que no se confesaba nunca? ¿Y qué? ¡Tampoco yo me confieso! Pero decir que se ha suicidado es una calumnia. Un hombre como él, que tiene un hijo en quien cifra su cariño y esperanzas, un hombre que tiene fe en Dios, que conoce sus deberes para con la sociedad, un hombre honrado y justo no se suicida.

Y volviendo la espalda al franciscano continuó:

—Pues bien; este fraile, á su vuelta al pueblo, después de maltratar al pobre coadjutor, ha hecho desenterrar y sacar fuera del cementerio el cadáver de mi infortunado amigo, para enterrarlo no sé dónde. El pueblo de San Diego ha tenido la cobardía de no protestar; verdad es que muy pocos lo supieron. El muerto no tenía ningún pariente y su hijo único está en Europa. Sin embargo, se enteró su excelencia, y, como es hombre de recto corazón, no consintió que quedase semejante atropello sin castigo. El padre Dámaso fué trasladado inmediatamente á otro pueblo. Esta es la historia. Ahora haga vuestra reverencia todas las distinciones que quiera.

Y dicho esto se alejó del grupo.

—Siento mucho haber tocado, sin saberlo, una cuestión tan delicada—dijo el padre Sibyla con pesar.—Pero al fin, si se ha ganado en el cambio de pueblo...

—¡Qué se ha de ganar!—interrumpió balbuciente, sin poderse contener de ira fray Dámaso.

Poco á poco volvió la tranquilidad á la reunión.

Habían llegado otras personas, entre ellas un

viejo español, cojo, de fisonomía bondadosa y dulce, apoyado en el brazo de una vieja filipina, llena de rizos y pinturas, vestida á la europea.

El grupo les saludó amistosamente; el doctor Espadaña, que era el recién llegado, y su señora la *doctora* doña Victorina, se sentaron entre nuestros conocidos.

—¿Pero me puede usted decir, señor Laruja, dónde está el dueño de la casa? Yo todavía no le he sido presentado—dijo el joven rubio.

—Dicen que ha salido; yo tampoco le he visto.

—¡Aquí no hay necesidad de presentaciones!—intervino fray Dámaso.—Santiago es un hombre de buena pasta.

—Un hombre que no ha inventado la pólvora—añadió Laruja.

—¡También usted, señor de Laruja!—exclamó con meloso reproche doña Victorina, abanicándose.—¿Cómo iba el pobre á inventar la pólvora si muchos siglos antes de que él naciera ya los chinos la habían inventado?

—¿Los chinos? ¿Está usted loca?—exclamó fray Dámaso.—¡Quite usted! La ha inventado un franciscano, uno de mi orden, fray no sé cuántos Savalls, en el siglo... VII.

—¡Un franciscano! Bueno, quizás estuviese en China de misionero ese padre Savalls—replicó la señora, que no se dejaba convencer tan fácilmente.

—Schwartz querrá usted decir, señora—repuso fray Sibyla sin mirarla.

—No lo sé; fray Dámaso ha dicho Savalls; ¡yo no hago más que repetir!

—¡Bien! Savalls ó Chevás, ¿qué más da?—replicó malhumorado el franciscano.

—Y en el siglo XIV, no en el VII—añadió el domi-

nico en tono de corrección, como para mortificar el orgullo del otro.

—¿Antes ó después de Cristo?—preguntó con gran interés doña Victorina.

Felizmente para el interrogado, dos nuevos personajes entraron en la sala, distrayendo la atención de todos.

II

Crisóstomo Ibarra

Eran los recién llegados el original del retrato de frac y un joven vestido de riguroso luto.

—¡Buenas noches, señores!—dijo Capitán Tiago, besando la mano á los frailes.

El dominico se colocó bien las gafas de oro para mirar al joven recién llegado y fray Dámaso se puso pálido y abrió los ojos desmesuradamente.

—Tengo el gusto de presentar á ustedes á don Crisóstomo Ibarra, hijo de mi difunto amigo—continuó Capitán Tiago;— el señor acaba de llegar de Europa y he ido á recibirle.

En el salón se escucharon entonces algunas exclamaciones. El teniente, sin hacer caso del dueño de la casa, se acercó al joven y se puso á examinarlo de pies á cabeza, lleno de sorpresa y regocijo. Este cambiaba en aquel instante las frases de costumbre con las personas á quienes acababa de ser

presentado. Su aventajada estatura, sus facciones, la desenvoltura de sus modales respiraban sana juventud y le hacían en extremo simpático. Descubriéndose en su rostro franco é inteligente algunas huellas de la sangre española al través de un hermoso color moreno, algo rosado en las mejillas, efecto tal vez de su permanencia en los países fríos.

—¡Calla!—exclamó con alegre sorpresa:—¡el cura de mi pueblo, el padre Dámaso, el íntimo amigo de mi padre!

Todas las miradas se dirigieron al franciscano: éste no se movió.

—¡Usted dispense, me había equivocado!—añadió Ibarra, confuso, al observar la actitud fría y desdeñosa del fraile.

—¡No te has equivocado!—contestó aquél al fin con voz alterada.—Pero tu padre jamás fué íntimo amigo mío.

Ibarra retiró lentamente la mano que había tendido al franciscano, sintiendo en lo más profundo del alma la ofensa que acababa de recibir. Volvióse para ocultar su turbación y su ira, y se encontró con la adusta figura del teniente, que le seguía observando.

—¿Es usted el hijo de don Rafael Ibarra?

El joven se inclinó lleno de tristeza.

Fray Dámaso se incorporó en su butaca y lanzó una mirada rencorosa al teniente.

—¡Bien venido sea usted á su país y ojalá que en él sea más feliz que su padre!—exclamó el militar con voz temblorosa.—Yo tuve la dicha de conocerlo y de tratarlo, y puedo decir que era uno de los hombres más dignos y honrados de Filipinas.

—¡Señor!—contestó Ibarra conmovido;—el elogio que usted hace de mi padre me llena de consuelo.

Los ojos del anciano se cubrieron de lágrimas, dió media vuelta y se alejó rápidamente.

—¡La mesa está servida!—anunció un criado indio, luciendo una inmaculada camisa blanca con los faldones por fuera.

Y los invitados se apresuraron alegremente á colocarse en sus sitios.

III

La cena

Instintivamente los dos religiosos se dirigieron á la cabecera de la mesa, y como era de esperar, sucedió lo que á los opositores á una cátedra: ponderan con palabras los méritos y la superioridad de los adversarios, pero luego dan á entender todo lo contrario, y gruñen y murmuran cuando no la obtienen.

—El sitio de honor es para usted, fray Dámaso.

—¡Para usted, fray Sibyla!

—Si usted lo manda obedeceré—dijo el padre Sibyla disponiéndose á sentarse.

—¡Yo no lo mando—protestó el franciscano,—yo no lo mando!

Iba ya á sentarse fray Sibyla sin hacer caso de las protestas, cuando sus miradas se encontraron con las del teniente. El más alto oficial es, según

la opinión religiosa en Filipinas, muy inferior al lego más ignorante. *Cedant arma togæ*, decía Cicerón en el Senado; *cedant arma cotæ* dicen los frailes en Filipinas. Pero fray Sibyla era persona fina y repuso:

—Señor teniente, aquí estamos en el mundo y no en la iglesia; el sitio le corresponde.

Pero á juzgar por el tono de su voz, aun en el mundo le correspondía á él. El teniente, bien por no molestarse ó por no sentarse al lado de su adversario el padre franciscano, rehusó brevemente.

Ninguno de los candidatos al sitio de preferencia se había acordado del dueño de la casa. Ibarra le vió contemplando la escena con la sonrisa en los labios y lleno de satisfacción.

—¡Cómo, don Santiago! ¿No se sienta usted entre nosotros?

Todos los asientos estaban ya ocupados. Nadie se movió, sin embargo. El generoso Creso sin duda alguna, tendría que ir á cenar á la cocina, mientras que sus invitados se atiborran de ricos manjares en la espléndida mesa.

Sólo Ibarra hizo ademán de levantarse.

—¡Quieto! ¡no se levante usted!—dijo el Capitán Tiago poniendo la mano sobre el hombro del joven. Precisamente esta fiesta es para celebrar la llegada de usted. ¡Que traigan la tinola! Mandé hacer tinola porque supuse que usted, después de tanto tiempo, tendría ya ganas de probarla.

Trajeron una gran fuente coronada de humo. El dominico, después de murmurar el *Benedicite*, principió á repartir el contenido. Sea por descuido ó mala intención, al padre Dámaso le tocó un plato donde, entre mucho caldo y calabaza, nadaban un cuello desnudo y un ala dura de gallina, mientras los otros comían magníficos trozos y tiernas pechu-

gas. El franciscano machacó colérico los calabacines, tomó un poco de caldo, dejó caer la cuchara y empujó bruscamente el plato hacia delante, ensuciando el mantel. El dominico, que lo estaba observando con el rabillo del ojo, fingía hablar muy distraído con el joven rubio; pero no pudo evitar que asomase á sus labios una burlona sonrisa.

—¿Cuánto tiempo hace que falta usted del país? —preguntaba Laruja á Ibarra.

—Cerca de siete años.

—Entonces ya se habrá usted olvidado de él por completo.

—¡Al contrario! Mi país y mis paisanos son los que se han olvidado de mí. ¡Ni aun se molestaron en decirme cómo murió mi padre!

—¡Ah! —exclamó el teniente.

—Y ¿dónde estaba usted que no pidió noticias, aunque fuese por telégrafo? —preguntó doña Victorina, que no abría la boca más que para decir disparates. —Nosotros cuando nos casamos telegrafiamos á la *Península*, comunicando la fausta nueva á la familia de mi marido.

—Señora, durante estos dos últimos años estuve en el Norte de Europa: en Alemania y en la Polonia rusa.

El doctor Espadaña, que hasta entonces no se había atrevido á hablar, creyó conveniente decir algo, y como en decir disparates ganaba á su mujer, soltó la siguiente vaciedad, ruborizándose hasta las niñas de los ojos:

—Co... conocí en España un polaco de Va... Varsovia llamado Stadnitzki, si mal no recuerdo; ¿le ha visto usted por ventura?

—Es muy posible —contestó con amabilidad Ibarra; —pero en este momento no lo recuerdo.

—¡Pues no se le podía co... confundir con otro!

—añadió el doctor cobrando ánimo:—era rubio como el oro y hablaba muy mal el español.

—Buenas señas son, pero durante mi estancia en aquellas tierras no he hablado una palabra de español más que en algunos consulados.

—¿Y cómo se arreglaba usted?—preguntó admirada doña Victorina.

—Me servía del idioma del país, señora.

—¿Habla usted también el inglés?—preguntó el dominico, que había estado en Hong-Kong y conocía el *Pidgin-English*, esa adulteración del idioma de Shakespeare por los hijos del Celeste imperio.

—He estado un año en Inglaterra entre gentes que sólo hablaban el inglés.

—Y ¿cuál es el país que más le gusta á usted de Europa?—preguntó el joven rubio.

—Después de España, mi segunda patria, no tengo preferencia por ninguno. Sin embargo, escogería el más libre.

—¡Habrá usted visto muchas cosas notables!—dijo Laruja.

—¡Notables! Lo más notable es el lamentable atraso de los europeos y su orgullo inconmensurable. Sienten un soberano desprecio por los otros pueblos, y no obstante, excepto una insignificante minoría, son tan ignorantes como ellos y aun más desgraciados. La Naturaleza y los hombres los oprimen al mismo tiempo. Ya quisieran gozar de la libertad y la abundancia de los países semisalvajes. ¡Por eso los miran con rencor y tratan de exterminarlos!

—Y ¿no has visto más que eso?—preguntó con risa burlona el franciscano, que desde el principio de la cena estaba enfurruñado, buscando la manera de vengarse de la burla que le había hecho el dominico con el plato de tinola.—¡Vaya unas lin-

dezas! La culpa no la tenéis vosotros, sino quien os consiente que vayáis á Europa á pervertiros y á aprender disparates. No son vuestros cerebros los más á propósito para comprender la cultura europea. Empieza por cegaros y concluye por trastornar vuestros débiles cacumenes. Afortunadamente estamos nosotros aquí para volveros á la razón, ó en caso contrario sujetaros con una camisa de fuerza.

Ibarra quedóse sin saber qué decir: los demás, sorprendidos, guardaron también silencio y se miraron unos á otros, temiendo un escándalo.

—Como ya estamos concluyendo de cenar, no me extraño que su reverencia se encuentre un poco ebrio—iba á contestar el joven, pero se contuvo y sólo dijo lo siguiente:

—Señores, no se extrañen de la familiaridad con que me trata mi antiguo cura: ¡así me trataba cuando niño! Para su reverencia en vano pasan los años; yo se lo agradezco, porque sus palabras autoritarias me recuerdan al vivo aquellos días felices de mi infancia, en que fray Dámaso frecuentaba la casa de mi padre y comía los mejores manjares de su mesa.

El dominico miró furtivamente al franciscano, que se había puesto tembloroso y tenía los ojos inyectados. Ibarra, impasible, le lanzó una mirada de desprecio, y continuó levantándose:

—Con el permiso de ustedes voy á retirarme. Mañana mismo debo partir para mi pueblo, y tengo que evacuar antes algunos asuntos. Antes, señores, he de levantar mi copa por que Dios ilumine á España y haga dichosas á las islas Filipinas.

Yapuró una copita, que hasta entonces no había tocado. El viejo teniente le imitó, asintiendo con la cabeza á sus palabras.

—¡No se vaya usted!—decíale Capitán Tiago en voz baja.—De un momento á otro debe llegar María Clara: ha ido á buscarla Isabel. También ha de venir el nuevo cura de su pueblo, que es un santo.

—Volveré mañana. Hoy tengo que hacer.

Y partió. Entretanto el franciscano daba rienda suelta á su cólera, mal reprimida hasta entonces.

—¿Ha visto usted?—decía al joven rubio, blandiendo un cuchillo de postres.—¡Se marcha por orgullo! ¡No pueden tolerar que el cura los reprenda! ¡Ya se creen personas decentes é ilustradas! Todo esto es consecuencia de enviar los jóvenes á Europa. El gobierno debía prohibirlo.

Aquella noche escribía el joven rubio, entre otras cosas, el capítulo siguiente de sus *Estudios coloniales*: «De cómo un cuello y un ala de pollo en el plato de tinola de un fraile pueden turbar la alegría de un festín.» Y entre sus observaciones había estas: «En Filipinas la persona más inútil é insignificante en una cena ó fiesta es el que la da y se gasta los cuartos: al dueño de la casa pueden empezar por echarlo á la calle y todo seguirá tranquilamente.» «En el estado actual de cosas casi es hacer un bien á los filipinos el no dejarlos salir de su país ni enseñarlos á leer.»

IV

Hereje y filibustero

Al salir Ibarra á la calle, el viento de la noche, que por el mes de Octubre suele ser ya bastante fresco en Manila, pareció despejar su frente, atormentada por mil ideas tristes.

Pasaban por su lado coches como relámpagos, calesas de alquiler á paso de carreta, arrastradas por caballos enanos y famélicos, transeuntes de diferentes nacionalidades que daban á la vía pública un aspecto abigarrado y original. Ibarra se detuvo un instante emocionado para contemplar aquella multitud multicolora, que gesticulaba y reía. Le parecía nuevo el espectáculo después de siete años de ausencia. Y en medio de su tristeza y de su honda preocupación, experimentó una sensación de infinita dulzura al encontrarse de nuevo en el país natal. ¡Qué diferencia entre las multitudes grises, uniformes y sombrías de las ciudades europeas, preocupadas siempre por la incertidumbre del mañana, ataviadas con telas oscuras, corriendo siempre detrás del miserable mendrugo, por miedo de llegar tarde, y aquel vistoso desfile de mujeres morenas y ardientes ojos negros, con la espléndi-

da cabellera tendida sobre la espalda como un manto sedoso, y de gentes de color, en cuyas almas sencillas existía siempre, á pesar del fraile egoísta y el soldado cruel, la sana alegría de los pueblos primitivos, á quienes la Naturaleza ha dotado de una riqueza inagotable que les ahorra innumerables congojas y cuidados.

Pasaban por su lado las mujeres indias con paso cadencioso arrastrando las chinelas de seda y terciopelo bordadas de oro y luciendo vistosas faldas de colores de largas colas, con las cuales barrían el suelo, ó sujetas á la cintura para caminar más libremente. ¡También ellas tenían su belleza! Y al pasar le envolvían con una ráfaga voluptuosa y ardiente. A través de las camisas de piña transparentes veía las carnes morenas y aterciopeladas y los fecundos pechos. No había nada postizo, ni engaño, ni compostura.

Pasaban también los hombres con la camisa blanca y brillante como un espejo y los faldones por fuera. Y los chinos, de ojos oblicuos y aspecto femenino, temerosos y astutos, ofrecían singular contraste con los españoles, ataviados con blancos trajes á la inglesa, altaneros é insolentes, como señores de un país conquistado.

Entre tanto rostro moreno aparecían de cuando en cuando un rojo semblante y unos mostachos rubios. Eran los verdaderos amos, los alemanes é ingleses, que lo escudriñaban y lo acaparaban todo, y mientras los españoles pasaban el tiempo en procesiones y fiestas, ellos se hacían dueños de inmensos tesoros.

De pronto notó Ibarra que la multitud se detenía, como si todos los transeuntes obedeciesen á un resorte. Las elegantes victorias de charol reluciente, donde iban muellemente reclinadas, llenas de

plumas y cintajos, las mujeres de los *castilas* (1), y las desvencijadas calesas llenas de indios, se detuvieron también. Se escuchó un rumor reverente. Las mujeres se pusieron de rodillas y los hombres se quitaron el sombrero, inclinándose con respeto. Ibarra no comprendió al pronto á qué obedecía aquello. Jamás había visto en Europa cosa semejante. Sólo la aparición de un Dios podía dar motivo á tales pruebas de respeto...

Un lujoso carruaje tirado por cuatro caballos blancos asomó entonces por el extremo de la calle. Mujeres y hombres inclinaron la cabeza y murmuraron una especie de plegaria. Hasta las damas y caballeros adoptaron una actitud humilde y reverente.

El carruaje de los cuatro caballos blancos cruzó por delante de Ibarra, que permanecía con el sombrero puesto, sin darse cuenta todavía de lo que pasaba. Entonces vió reclinado en el fondo un fraile apoplético, de blancos hábitos.

¡Era el señor obispo! Se descubrió apresuradamente é hincó en el suelo una rodilla. ¡No había más remedio que seguir la costumbre, so pena de despertar la cólera de la multitud fanatizada ó hipócrita!...

La tristeza hizo presa de nuevo en su alma. A pesar de que habían transcurrido siete años, encontraba á su pueblo lo mismo que al partir. Y se sumió en hondas reflexiones.

Con ese andar desigual que da á conocer al distraído ó al desocupado, dirigióse el joven hacia la plaza de Binondo. ¡Todo estaba igual! Las mismas calles con las mismas casas de paredes blanqueadas ó pintadas al fresco, imitando mal el granito;

(1) Españoles.

la misma torre de la iglesia ostentando su reloj con la traslúcida carátula; las mismas tiendas de chinos con sus cortinas sucias y su olor nauseabundo; los mismos puestos alumbrados por *huepes* (1) donde viejas indias vendían comestibles y frutas...

Reinaba en aquellos lugares extraordinaria algarabía. Los vendedores de refrescos gritaban con voz gutural: ¡*Sorbeteee!*, y bandadas de chicuelos, semejantes á figurillas de *terra cotta*, lanzaban insultos y denuestos con sus vocecillas chillonas, y hasta se atrevían á pegar con cimbreados bejuco y largas cañas á los chinos cargadores, de cuerpo atlético y sudoroso, que á veces perdían la paciencia y comenzaban á gesticular desaforadamente, causando la hilaridad de todos.

Mientras admiraba este espectáculo, una mano se posó suavemente sobre el hombro del joven; volvió la cabeza y se encontró con el viejo teniente, que lo contemplaba sonriendo.

—¡Joven, tenga usted cuidado! ¡Aprenda usted de su padre! ¡En este país es un delito decir lo que uno piensa!

—¡Me parece que usted ha estimado mucho á mi padre!—dijo Ibarra mirándolo con cariño.—¿Me podría usted decir cuál ha sido su suerte?

—¿Acaso no lo sabe usted?—preguntó el militar sorprendido.

—Le he interrogado á don Santiago y no ha querido contarme nada hasta mañana. Entéreme usted de lo que sepa; yo se lo ruego. Deseo salir cuanto antes de esta cruel incertidumbre.

—Más ó menos tarde lo ha de saber usted todo; por lo tanto no tengo por qué guardar reserva. Dispóngase usted, pues, á oír una historia muy

(1) Antorchas.

triste. En las circunstancias dolorosas de la vida es cuando se dan á conocer los grandes corazones y las almas bien templadas. Me parece que usted posee las dos cosas y que sabrá hacer frente á la desdicha. ¡Su padre de usted murió en la cárcel!

El joven retrocedió un paso. Sintió que se le nublaba la vista y se le oprimía el corazón. Las casas pintadas de blanco, los puestos de frutas, la abigarrada multitud, todo se borró y desvaneció por un instante. Se quedó ciego y sordo y comenzó á temblar y á castañetear los dientes, como si de repente lo envolviese una ráfaga de hielo.

El viejo teniente le echó un brazo al cuello y le dijo con cariñoso acento:

—¡Tranquilícese usted! ¡Tranquilícese usted! No debía habérselo dicho así, de pronto, sin preparación...

El joven se pasó una mano por la frente, cubierta de frío sudor. Comenzó de nuevo á ver claro y á ser dueño de sí mismo. Entonces exclamó:

—¿En la cárcel? ¿Quién murió en la cárcel? ¿Mi padre? ¿Sabe usted quién era mi padre? ¡Cuéntemelo usted todo! ¡Por Dios, cuéntemelo usted todo!...

—¡Cálmese usted! No puede usted figurarse cuánto siento haberle dado este disgusto. ¡Ya le contaré! ¡Ya le contaré!

Anduvieron algún tiempo en silencio. Ibarra llevaba con frecuencia el pañuelo á los ojos para limpiarse las lágrimas. El anciano parecía reflexionar y pedir inspiración á la blanca perilla que acariciaba con su manaza de soldado.

—Como usted sabe muy bien—comenzó diciendo,—su padre era el más rico de la provincia, y aunque era amado y respetado por muchos, otros, en cambio, le odiaban ó envidiaban. Los españoles

que venimos á Filipinas no somos desgraciadamente lo que debíamos. Los cambios continuos, la desmoralización de las altas esferas, el favoritismo, lo barato y lo corto del viaje, tienen la culpa de todo; aquí viene lo más perdido de la Península, y si llega uno bueno pronto lo corrompe el país. Pues bien; su padre de usted tenía entre los curas y los españoles muchísimos enemigos. ¡Pocas veces se perdona al hijo del país ser honrado é inteligente!...

Aquí hizo una breve pausa.

—Meses después de su salida de usted comenzaron los disgustos con el padre Dámaso, sin que yo pueda explicarme el verdadero motivo. Fray Dámaso le acusaba de no confesarse; antes tampoco se confesaba, y sin embargo eran muy amigos, como usted recordará aún. Además, don Rafael era un hombre muy honrado y más justo que muchos que se confiesan y comulgan. Tenía para sí una moral muy rígida, y solía decirme cuando me hablaba de estos disgustos: «Señor Guevara, ¿cree usted que Dios perdona un crimen, un asesinato, con sólo contárselo á un sacerdote y dar muestras de arrepentimiento?... Yo tengo otra idea del Ser Supremo—decía;—para mí ni se corrige un mal con otro mal, ni se obtiene el perdón con vanos lloriqueos ni con limosnas á la Iglesia.» Y me ponía este ejemplo: «Si yo he asesinado á un padre de familia, si he hecho de una mujer una viuda infeliz y de unos alegres niños huérfanos desvalidos, ¿habré satisfecho á la eterna justicia dejándome ahorcar y dando limosnas á los curas, que son los que menos las necesitan? ¡No! Mi conciencia me dice que si estoy verdaderamente arrepentido debo sustituir en lo posible á la persona á quien he asesinado, consagrándome por toda la vida al bien de la fami-

lia cuya desgracia causé en un momento de arrebató, y aun así, ¿quién sustituye el amor del esposo y del padre?...» Así razonaba su padre de usted, y con esta moral severa obraba siempre, y se puede decir que jamás ha ofendido á nadie. Pero volvamos á sus disgustos con el cura. Estos cada vez tomaban peor carácter. El padre Dámaso le aludía desde el púlpito, y si no le nombraba claramente era por milagro, pues de su carácter todo se podía esperar. Yo preveía que tarde ó temprano la cosa iba á terminar mal.

El viejo teniente volvió á hacer otra breve pausa.

—Recorría entonces la provincia un exartillero arrojado de las filas por demasiado bruto é ignorante. Como el hombre tenía que vivir y no le era permitido dedicarse á trabajos corporales, que podrían dañar al prestigio de los españoles, obtuvo de no sé quién el empleo de recaudador de impuestos sobre vehículos. El infeliz no había recibido educación ninguna, y los indios lo conocieron bien pronto: para ellos es un fenómeno un español que no sabe leer ni escribir. Todo era burlarse del desgraciado, que pagaba con sonrojos el impuesto que cobraba y conocía que era objeto de burla, lo cual agriaba su carácter, ya de por sí rudo y malo.

Sucedió que un día, mientras daba vueltas á un papel que en una tienda le habían dado, deseando ponerlo al derecho, un chico de la escuela empezó á hacer señar á sus compañeros, á reírse y á señalarle con el dedo. El recaudador veía la burla retozar en los serios semblantes de los presentes, y oía las risas de los chiquillos. Perdió la paciencia, volvióse rápidamente, y empezó á perseguir á los muchachos, que corrían gritando: *ba, be, bi, bo, bu*. Ciego de ira y no pudiendo darles alcance, les arrojó su bas-

tón, hiriendo á uno en la cabeza y derribándolo; corrió entonces á él y lo pateó furiosamente, sin que ninguno de los presentes tuviese el valor de intervenir. Por desgracia pasaba por allí en aquel instante el padre de usted; indignado corrió hacia el cobrador, le cogió del brazo y le increpó duramente. Este, que estaba loco de ira, quiso pegarle como al muchacho; pero su padre de usted no le dió tiempo y lo empujó con tal fuerza que fué á parar al suelo, dando con la cabeza en una piedra puntiaguda. Don Rafael levantó entonces tranquilamente al niño y lo llevó al tribunal. El artillero moría algunos minutos después. La punta del guijarro le había penetrado fatalmente por la sien derecha. A consecuencia de este triste suceso, su padre fué preso, y todos sus ocultos enemigos surgieron de repente. Llovieron las calumnias sobre él y se le acusó de filibustero y hereje. Todos le abandonaron; sus papeles y libros fueron recogidos. Se le acusó por estar suscrito á *El Correo de Ultramar* y á periódicos de Madrid, por haber enviado á usted á la Suiza alemana, y qué se yo por cuántas cosas más. De todo deducían acusaciones, hasta del uso de la camisa al estilo del país siendo descendiente de peninsulares. A haber sido otro su padre de usted, acaso hubiera salido pronto libre, pues hubo un médico que atribuyó la muerte del desgraciado cobrador á una congestión; pero su fortuna, su confianza en la justicia y su odio á todo lo que no fuera leal ni justo, le perdieron. Yo mismo, á pesar de mi repugnancia á implorar la merced de nadie, me presenté al capitán general, antecesor del que tenemos: le hice presente que no podía ser filibustero quien acoge á todo español, rico ó pobre, dándole techo y mesa. ¡Todas mis gestiones fueron inútiles!

El viejo militar se detuvo para tomar aliento.

Por las morenas mejillas del joven Ibarra se deslizaban tristes lágrimas. En medio de su terrible pena sentía un consuelo inmenso al escuchar los elogios que hacía de su padre aquel amigo bueno y leal. Guevara continuó:

—Hice las diligencias del pleito por encargo de su padre. Acudí al célebre abogado filipino, el joven A, que rehusó encargarse de la causa.—«Yo la perdería—me dijo.—Mi defensa sería un motivo de nueva acusación para él y quizás para mí. Acuda usted al señor M., que es un orador vehemente, de fácil palabra, peninsular y que goza de muchísimo prestigio.» Así lo hice, y el célebre abogado se encargó de la causa, que defendió con brillantez. Pero los enemigos eran muchos y algunos desconocidos y ocultos. Los falsos testigos abundaban y sus calumnias tomaban cada vez más consistencia. Le acusaron de haberse apoderado ilegalmente de muchos terrenos, le pidieron indemnización de daños y perjuicios, y llegaron á asegurar que sostenía relaciones con los *tulisanes* (1) para que sus sembrados y animales fuesen respetados. Se embrolló el asunto de tal modo, que al cabo de un año nadie se entendía. Los sufrimientos, los disgustos, las incomodidades de la prisión ó el dolor de ver á tantos ingratos, alteraron su salud y enfermó gravemente. Y cuando todo iba á terminarse, cuando iba á salir absuelto de la acusación de enemigo de la patria y de la muerte del cobrador, murió en la cárcel, sin tener á su lado á nadie.

El teniente se calló y el joven le estrechó la mano en silencio.

—¡Gracias! ¡gracias! ¡Es usted un hombre honrado, un corazón generoso!—exclamó Ibarra después.

(1) Ladrones.

El largo paseo por las calles les había fatigado. Tomaron un coche y se dirigieron á la fonda de Lala, donde Ibarra se había hospedado.

V

Capitán Tiago

Era considerado el Capitán Tiago como uno de los más ricos propietarios de Binondo y uno de los más importantes hacenderos por sus terrenos en la Pampanga, en la laguna de Bay y en el pueblo de San Diego. Este era su pueblo favorito por sus agradables baños, famosa gallera y por los recuerdos que de él conservaba; todos los años iba á pasar allí dos meses.

Además tenía Capitán Tiago muchas fincas en Santo Cristo, en la calle de Anloague y en la del Rosario. La contrata del opio la explotaban él y un chino, y ocioso es decir que sacaban grandísimos beneficios. Daba de comer á los presos de Bilibid y suministraba *sacate* (1) á muchas casas principales de Manila, mediante la correspondiente contrata, como es natural.

En buenas relaciones con las autoridades, hábil, flexible y hasta audaz cuando se trataba de es-

(1) Forraje para los caballos.

peculiar con las necesidades de los demás, ejercía un verdadero monopolio en toda clase de arriendos y subastas. Capitán Tiago era, en suma, un hombre feliz: poseía grandes riquezas y estaba en paz con Dios, con el gobierno y con los hombres.

Afectaba ser hombre muy devoto y concurría todos los años con una orquesta á la animada romería que se celebraba en Antipolo en honor de la Virgen. Entonces costeaba dos misas solemnes y luego se bañaba en el milagroso *batis* ó fuente donde la misma sagrada imagen se había bañado.

Pero Antipolo no era el único teatro de su ruidosa devoción. En Binondo, en la Pampanga y en el pueblo de San Diego, cuando tenía que jugar un gallo con grandes apuestas, enviaba al cura monedas de oro para misas, y como los romanos que consultaban sus augures antes de una batalla dando de comer á los pollos sagrados, Capitán Tiago consultaba también los suyos con las modificaciones propias de los tiempos y de las nuevas creencias. Observaba la llama de las velas, el humo del incienso, la voz del sacerdote, y de todo procuraba deducir su futura suerte. Era una creencia admitida que sólo perdía sus apuestas cuando el oficiante estaba ronco, había pocas luces, los cirios tenían mucho sebo ó se había deslizado entre las monedas una falsa. El celador de una cofradía le aseguraba que aquellos desengaños eran pruebas á que le sometía el cielo para asegurarse más de su fe y devoción. Querido de los curas, respetado de los sacristanes, mimado por los chinos cereros y los pirotécnicos ó *castileros*, gozaba de gran prestigio entre los beatos, y personas de carácter y gran piedad le atribuían también gran influencia en la corte celestial.

Con los gobernantes estaba igualmente á partir

un piñón. Incapaz de imaginarse una idea nueva, y contento con su *modus vivendi*, siempre estaba dispuesto á obedecer al último oficial quinto de todas las oficinas y regalar jamones, pavos y frutas de China en cualquiera estación del año. Si oía hablar mal de los naturales, él, que no se consideraba como tal, hacía coro y hablaba peor; si se criticaba á los mestizos sangleyes ó españoles, criticaba él también. Era el primero en aplaudir todo impuesto ó contribución, máxime cuando veía detrás una contrata ó un arriendo. Siempre tenía orquestas á mano para felicitar y dar *enfrentadas* á los gobernadores, alcaldes y fiscales en sus días y cumpleaños.

Había sido gobernadorcillo del rico gremio de mestizos, á pesar de la protesta de muchos que no le tenían por tal. En los dos años de su mando estropeó diez fracs, otros tantos sombreros de copa y media docena de bastones. Según aseguraban algunos, hasta dormía con aquellas prendas simbólicas de su alto cargo.

Los impíos le tomaban por tonto, los pobres por despiadado explotador de la miseria y sus inferiores por déspota y tirano.

Pero estas cosas no le quitaban el sueño. Una vieja era la que le hacía sufrir, una vieja que le hacía la competencia en devoción y que había recibido de muchos curas más entusiastas alabanzas que él. Entre Capitán Tiago y esta viuda poseedora de cuantiosos caudales, existía una santa emulación que redundaba en bien de la Iglesia. ¿Regalaba Capitán Tiago un bastón de plata con esmeraldas á una virgen cualquiera? Pues ya estaba doña Patrocinio encargando otro de oro y con brillantes al platero Gaudínez. ¿Levantaba el Capitán Tiago en la procesión de la Naval un arco con dos facha-

das de tela abullonada, con espejos, globos de cristal, lámparas y arañas?... Pues doña Patrocinio levantaba otro con cuatro fachadas, dos varas más alto y con más colgajos y pelendengues. Entonces el exgobernadorcillo, lleno de despecho, acudía á su especialidad, á las misas con bombas y fuegos artificiales, y doña Patrocinio sufría lo indecible, pues, excesivamente nerviosa, no podía soportar el repiqueteo de las campanas, y menos las detonaciones.

Mientras Capitán Tiago sonreía, ella pensaba en su revancha y pagaba á los mejores oradores de las cinco corporaciones de Manila, á los más famosos canónigos de la Catedral, y hasta á los paulistas para que predicasen en los días solemnes sobre temas teológicos y profundísimos á los fieles, que se quedaban sin entender una palabra. Los partidarios de Capitán Tiago habían observado que también la rica viuda dormía deliciosamente durante el sermón.

Los frailes, por su parte, fomentaban estas rivalidades y rencillas entre el exgobernadorcillo y la vieja beata, engordaban á su costa y se paseaban en coche.

Era Capitán Tiago el hijo único de un azucare-ro de Malabón, bastante acaudalado, pero tan avaro que no quiso gastar un cuarto en educar á su hijo, por cuyo motivo fué Santiaguillo criado de un buen dominico, hombre muy virtuoso, que procuraba enseñarle todo lo bueno que podía y sabía. Cuando el muchacho estaba ya bastante adelantado, la muerte de su protector, seguida de la de su padre, dió fin á sus estudios; entonces tuvo que dedicarse á los negocios. Casóse con una hermosa joven de Santa Cruz, que le ayudó á hacer su fortuna. Doña Pía Alba, que tenía un carácter emprendedor, no se

contentó con comprar azúcar, café y añil; quiso sembrar y cosechar é hizo que su marido comprase extensos terrenos en San Diego. Entonces fué cuando conocieron al padre Dámaso y á don Rafael Ibarra, el más rico propietario de aquel pueblo.

Pasaron seis años sin que el matrimonio tuviese ningún hijo. En vano hizo doña Pía novenarios; visitó por consejo de las devotas de San Diego á la Virgen de Caysasay en Taal; dió limosnas; bailó en la procesión, bajo el ardiente sol de Mayo, delante de la Virgen de Turumba en Pakil; todo fué en vano, hasta que fray Dámaso le aconsejó fuera á Obando, y allí bailó también en la fiesta de San Pascual y pidió un hijo. Sabido es que en Obando hay una trinidad que concede hijos ó hijas á elección: Nuestra Señora de Salambán, Santa Clara y San Pascual. Gracias á este sabio consejo, doña Pía se sintió madre. Mas ¡ay! como el pescador aquel de que habla Shakespeare en *Macbeth*, el cual cesó de cantar cuando encontró un tesoro, ella perdió la alegría desde los primeros momentos de su embarazo.—¡Cosas de antojadizas!—decían todos, incluso Capitán Tiago.—Una fiebre puerperal concluyó con sus tristezas, dejando huérfana una hermosa niña que llevó á la pila el mismo fray Dámaso, y como San Pascual no dió el niño que se le pedía, le pusieron los nombres de María Clara, en honor de la Virgen de Salambán y de Santa Clara, castigando con el silencio á San Pascual Bailón.

La niña creció al cuidado de la tía Isabel, aquella buena anciana de urbanidad frailuna que vimos al principio.

María Clara tenía grandes ojos negros, sombreados por largas pestañas. De niña, su rizada cabellera tenía un color casi rubio; su nariz era correcta; la boca pequeña y graciosa, y al sonreirse se

le formaban dos divinos hoyuelos en las mejillas.

Tía Isabel atribufa aquellas facciones semieuropeas á antojos de doña Pía.

La niña, ídolo de todos, creció entre sonrisas y halagos. Los mismos frailes la festejaban cuando acudía á las procesiones vestida de blanco, con la abundante cabellera adornada de *sampagas* (1) y azucenas, dos alitas de plata y oro pegadas á la espalda, y dos palomas blancas en la mano, atadas con cintas azules. Era tan alegre, tenía una charla tan cándidamente infantil, que Capitán Tiago, loco de cariño, no hacía más que bendecir á los santos de Obando.

En los países meridionales, la niña á los trece ó catorce años se hace mujer, como el capullo de la noche se convierte en espléndida flor á la mañana siguiente. En ese período de transición lleno de misterios y peligros, entró la joven por consejo del cura de Binondo en el beaterio de Santa Catalina, para recibir de las monjas una educación adecuada á su posición social. Allí, en aquel convento, vivió siete años.

Cada uno, con sus miras particulares, y comprendiendo la mutua inclinación de los jóvenes, don Rafael y Capitán Tiago concertaron la unión de sus hijos. Este acontecimiento, que tuvo lugar algunos años después de la partida del joven Ibarra, fué celebrado con igual júbilo por dos corazones, cada uno en un extremo del mundo y en muy diferentes circunstancias.

(1) Flor blanca semejante al jazmín.

VI

Idilio en una azotea

—Yo creo, María, que el médico tiene razón—dijo Capitán Tiago.—Debes ir al campo. Estás muy pálida, necesitas buenos aires. ¿Quieres ir á Malabón ó á San Diego?

A este último nombre María Clara se puso roja como una amapola y no pudo contestar.

—Ahora iréis Isabel y tú al beaterio para sacar tus ropas y despedirte de tus amigas—continuó Capitán Tiago;—ya no volverás á entrar en él.

María Clara sintió esa vaga melancolía que se apodera del alma cuando se deja para siempre un lugar en donde fuimos felices; pero otro pensamiento más dulce amortiguó este dolor.

—Y dentro de cuatro ó cinco días nos iremos á Malabón. Tu confesor ya no está en San Diego; le ha sustituido aquel cura joven que viste aquí anoche.

—¡Le prueba San Diego mejor, primo!—observó la tía Isabel.—Además, la casa que tenemos allí es más grande y se acerca la fiesta.

La joven quiso dar un abrazo á su tía, pero oyó pararse un coche á la puerta y se puso pálida.

—¡Es verdad!—contestó el exgobernadorcillo; y asomándose á la ventana exclamó:—¡Don Crisóstomo!

María Clara dejó caer la labor que tenía entre las manos, y su corazón comenzó á palpar aceleradamente. Se oyeron pasos en la escalera y después una voz fresca y varonil. La joven se levantó entonces precipitadamente y se encerró en el oratorio para ocultar su emoción. Los dos primos se hicieron un guiño significativo y se echaron á reír.

Pálida, con los ojos brillantes y turbada el alma por la alegría, María Clara se puso á escuchar. Entonces oyó la voz de Ibarra, aquella voz tan querida que hacía siete años sólo oía en sueños. ¡Preguntaba por ella, pronunciaba su nombre!...

Loca de alegría besó la imagen de una virgen y murmuró con voz temblorosa: «¡Gracias, virgen-cita mía! ¡Gracias, porque al fin lo has traído con salud y no se ha olvidado de mí!» Después se acercó al agujero de la cerradura para verle y examinarle. Quería salir y al mismo tiempo sentía una emoción intensa que le impedía dar un solo paso. Cuando entró á buscarle su tía Isabel, se colgó de su cuello y le cubrió el rostro de besos.

—Pero tonta, ¿qué te pasa?—pudo al fin decir la anciana enjugándose las lágrimas.

María Clara, un poco avergonzada, se cubrió los ojos con el redondo brazo.

—¡Vamos, no te hagas esperar! Ibarra ha preguntado por ti y desea verte. No hagas sufrir más tiempo al pobre muchacho.

Capitán Tiago é Ibarra hablaban animadamente cuando apareció la tía Isabel medio arrastrando á su sobrina.

El joven se precipitó á su encuentro, y cogiendo la mano diminuta de su prometida apenas tuvo alientos para exclamar: «¡María Clara! ¡qué hermosa estás!»

Ella guardó silencio, pero sus hermosos ojos expresaron bien claramente lo que sentía su alma.

A los pocos instantes la enamorada pareja se dirigió á la azotea con el pretexto de ver unas flores, para departir con más libertad entre los pequeños emparrados.

Capitán Tiago sonreía satisfecho, haciéndose el distraído. La tía Isabel aparentaba estar muy atareada limpiando los muebles con un plumero, y también sonreía alegremente.

—¿Has pensado siempre en mí? ¿No me has olvidado en tus viajes, en esas grandes ciudades donde, según dicen, hay mujeres tan hermosas?— preguntó la joven con acento insinuante.

—¿Podría yo olvidarte?—contestó Ibarra contemplándose embelesado en las negras pupilas de su amada.—¿Podría yo faltar al juramento que te hice? Tu recuerdo me ha acompañado siempre, me ha salvado de los peligros; ha sido mi consuelo en los países extranjeros; tu recuerdo ha neutralizado el efecto del *loto* de Europa, que borra de la memoria de muchos paisanos nuestros las esperanzas y las desgracias de la patria ausente. En sueños te veía en la playa de Manila, mirando el lejano horizonte, envuelta en la tibia luz de la naciente aurora; oía un lánguido y melancólico canto que despertaba en mi corazón adormecidos sentimientos y evocaba los primeros años de mi niñez, nuestras alegrías, nuestros juegos, todo el pasado feliz que animaste mientras estuviste en el pueblo. Me parecía que eras el hada, el espíritu, la encarnación poética de mi patria. ¿Podía olvidarte? Muchas veces creía escuchar los acentos de tu voz, y siempre que en Alemania, á la caída de la tarde, vagaba por los bosques, poblados por las fantásticas creaciones de sus poetas y las misteriosas leyendas

de sus pasadas generaciones, creía verte en la bruma que se levanta del fondo del valle. A veces me perdía en los senderos de las montañas, y la noche, que allí desciende poco á poco, me sorprendía aún, buscando mi camino entre pinos, hayas y encinas; entonces, si algunos rayos de luna se deslizaban entre el espeso ramaje, me parecía que eran la vestidura vaporosa de una mujer que se parecía á ti, y si acaso el ruiñeñor dejaba oír sus variados trinos, creía que era porque te veía y tú le inspirabas. ¡Locuras de enamorados que sólo pueden comprender los que adoran á una mujer como yo te adoro!...

—También yo—contestó ella sonriendo, llena de felicidad al escuchar las románticas y apasionadas frases de su novio,—desde que te dije adiós y entré en el beaterio, me he acordado siempre de ti, por más que me mandase lo contrario el confesor, imponiéndome muchas penitencias. Me acordaba de nuestros juegos y de nuestras riñas cuando éramos niños. ¿Te acuerdas de aquella vez cuando te enfadaste de veras? Entonces me hiciste sufrir, pero después, cuando me acordaba de ello en el beaterio, sonreía, te echaba de menos para reñir otra vez y hacer las paces en seguida. Eramos aún niños: fuimos con tu madre á bañarnos en un arroyo á la sombra de los cañaverales. En las orillas crecían muchas flores y plantas, cuyos extraños nombres me decías en castellano. Yo no te hacía caso; me entretenía en ir detrás de las mariposas y libélulas, que se perseguían unas á otras entre las flores; á veces quería coger los pececillos, que se deslizan rápidos entre el musgo y las piedrecitas de la orilla del arroyo. De pronto desapareciste, y cuando volviste traías una corona de hojas y flores de naranjo que colocaste sobre mi cabeza llaman-

dome Cloe; para ti hiciste otra de enredaderas. Pero tu madre cogió mi corona y la machacó con una piedra mezclándola con el agua con que nos iba á lavar la cabeza; se te saltaron las lágrimas y dijiste que ella no entendía de mitología:—«¡Tonto! contestó tu madre,—verás qué bien olerán después vuestros cabellos.» Yo me reí, te ofendiste, no me quisiste hablar y el resto del día te mostraste tan serio, que á mi vez tuve ganas de llorar. De vuelta al pueblo, cogí hojas de salvia que crecía á orillas del camino y te las di. Tampoco entonces quisiste hacer las paces.

Ibarra se sonrió de felicidad, abrió su cartera y sacó un papel, dentro del cual había envueltas unas hojas negruzcas, secas y aromáticas.

—¡Aquí tienes tus hojas de salvia!

Ella, á su vez, sacó rápidamente de su seno una bolsita de raso blanco.

—¡Aquí tienes tu primera carta! ¡Ya ves que yo también sé conservar las cosas!

Los jóvenes continuaron charlando largo rato. Luego se despidieron. Dentro de algunos días se volverían á ver. El tenía ahora un sagrado deber que cumplir. Debía ir á visitar la sepultura de su desgraciado padre y á enterarse del estado de su hacienda.

Algunos minutos después, el joven bajaba las escaleras acompañado de Capitán Tiago y de la tía Isabel, mientras Clara le veía partir con los ojos llenos de lágrimas.

—Haga usted el favor de decir á Andeng que prepare nuestra casa, pues dentro de unos días irán María é Isabel. ¡Buen viaje!

El coche de Ibarra partió á escape hacia la plaza de San Gabriel.

—Anda, enciende dos velas—dijo Capitán Tia-

go á su hija,—una á San Roque y otra á San Rafael, patrón de los caminantes. Enciende también la lámpara de Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje, que hay muchos *tulisanes*. Más vale gastarse cuatro reales en cera y seis cuartos en aceite que no tener después que pagar un rescate gordo.

VII

Recuerdos

El coche de Ibarra recorría parte del más animado arrabal de Manila; lo que la noche anterior le había puesto triste, á la luz del día le hacía sonreír á pesar suyo. ¡Cuánta suciedad y cuánto abandono! A los *castilas*, preocupados exclusivamente en explotar al indio y en enriquecerse lo más pronto posible para volver á la Península, les tenía completamente sin cuidado el adelanto del país. ¿Para qué? Cuanto más despiertas estuviesen aquellas pobres gentes, menos fácil sería engañarlas.

Aquellas calles no tenían aún adoquinado. Brillaba el sol dos días seguidos y se convertían en polvo, que cegaba á los transeuntes; llovía cuatro gotas y se convertían en pantanos. ¡Era una delicia! ¡Cuántas mujeres habían dejado en aquellas olas de lodo sus chinelas bordadas!

Entonces veíanse aponando las calles algunos

presidarios con la cabeza rapada, vestidos con una camisa de mangas cortas y un calzón hasta las rodillas; en las piernas llevaban cadenas medio envueltas en trapos sucios para moderar el roce; unidos de dos en dos, tostados por el sol, rendidos por el calor y el cansancio, eran hostigados y azotados con una vara por otro presidiario que sin duda se consideraba dichoso al ejercer aquella autoridad despótica sobre sus compañeros.

Eran hombres altos, de sombríos semblantes; sólo brillaban sus pupilas apagadas cuando caía la vara silbando sobre sus espaldas, ó cuando un transeunte les arrojaba la punta de un cigarro medio mojado y deshecho. La cogía el que estaba más cerca y la escondía en su *salakot* (1): los demás se quedaban mirando á los otros transeuntes como rogándoles les obsequiasen también.

Ibarra sintió inmensa piedad al ver á aquellos infelices, y metiendo la mano en el bolsillo de su americana de alpaca, sacó todos los cigarros que llevaba y los arrojó á los pobres presos. Ya estaba el carruaje lejos de aquel lugar y todavía llegaban á los oídos del joven las exclamaciones de júbilo y las palabras de agradecimiento.

Todo lo que veía le traía á la mente recuerdos de la niñez, y lo que entonces le parecía hermoso, ahora lo encontraba mezquino.

Cruzábanse con su carruaje muchos coches tirados por magníficos troncos de caballos enanos: iban dentro empleados, que medio dormidos aún, se dirigían á sus oficinas, militares y frailes rechonchos. Todos ellos llevaban pintado en el rostro un orgullo desdeñoso. ¡Eran los amos!... ¡Los descendientes de los Almagros y Pizarros, los hijos

(1) Sombrero.

de Legazpi!... ¡A pesar de los años transcurridos, en nada habían cambiado las cualidades de su raza!

En una elegante *victoria* creyó reconocer á fray Dámaso, como siempre, serio y cejijunto.

A la bajada del puente de España los caballos emprendieron el trote, dirigiéndose hacia el paseo de la Sabana. A la izquierda veíase la fábrica de Tabacos, de la cual salía un zumbido de colmena y un olor penetrante. Pasó luego por delante del Jardín Botánico y comparó su pequeñez y mezquindad, á pesar de la exuberancia del suelo, con los jardines botánicos de Europa, donde se necesita mucha voluntad y mucho oro para que brote una hoja y abra su caliz una flor. Ibarra apartó la vista y vió á su derecha á la antigua Manila, rodeada aún de sus murallas y fosos, como una joven anémica en vuelta en un vestido de los buenos tiempos de su abuela.

Luego descubrió el mar.

—¡Al otro lado está Europa! —pensaba el joven. —¡Europa con sus naciones agitándose continuamente en busca de la felicidad, despertándose todas las mañanas con nuevas esperanzas, sufriendo siempre tristes desengaños!

Pero estas ideas huyeron bien pronto de su imaginación. Ahora pensaba en el hombre que le había hecho comprender lo bueno y lo justo y había cultivado su inteligencia infantil. Aquel hombre era un anciano sacerdote y las palabras que le había dicho al despedirse de él, resonaban aún en sus oídos: «No olvides que si el saber es patrimonio de la humanidad, sólo lo heredan los que estudian y los que trabajan. He procurado transmitirte lo poco que sabía. En los países que vas á visitar puedes aumentar considerablemente el caudal de tus co-

nocimientos y adquirir la ilustración conveniente para ser útil á tu país. Los europeos vienen aquí en busca de oro; id vosotros á Europa á buscar el oro de la ciencia... ¡Aprovecha el tiempo!...»

¡Tampoco existía ya aquel anciano bondadoso!

El coche seguía rodando. Ya estaba lejos de Manila. Ahora sólo encontraba á su paso carromatos tirados por uno ó dos caballos enflaquecidos, cuyos arneses de *abaká* denotaban su origen provinciano. A veces un carretón, tirado por un *carabao* (1) de paso lento y perezoso, cruzaba las anchas y polvorosas calzadas, bañadas por el abrasador sol de los trópicos. Al melancólico y monótono canto del guía, montado sobre el búfalo, acompañaba el estridente rechinar de las secas ruedas del pesado vehículo. En los campos apacentaba el ganado mezclado con las blancas garzas, tranquilamente posadas sobre el lomo del buey que rumiaba con los ojazos entornados la hierba de la pradera. A lo lejos saltaban y corrían las jóvenes yeguas, perseguidas por un fogoso potro de larga cola y abundantes crines. Y se oían por todas partes relinchos de ardiente deseo, mugidos melancólicos, gritos extraños de hermosos pájaros de pintado plumaje y zumbar de insectos luminosos.

Dejemos al joven viajar sumido en las profundas meditaciones que le sugiere la contemplación del lujurioso y espléndido paisaje de su país y volvamos á Manila, mientras el coche rueda tambaleándose por el accidentado terreno, cruza un puente de caña, sube elevada cuesta ó baja rápida pendiente.

(1) Búfalo.

VIII

Política frailuna

Fray Sibyla, después de decir misa muy temprano, se fué al convento de su orden, situado á la entrada de la puerta de Isabel II. Después de atravesar algunos corredores llamó á una celda con los nudillos de los dedos.

—¡Adelante!—suspiró una voz.

—¡Dios devuelva la salud á vuestra reverencia!
—dijo el dominico al entrar.

Sentado en un gran sillón se veía un fraile demacrado y amarillento, como los santos pintados por Ribera.

El padre Sibyla lo contempló conmovido breves instantes.

—¡Ah!—suspiró el enfermo. —¡Me aconsejan la operación, hermano, la operación á mi edad! ¡Este país es terrible! ¡Aquí venimos á perderlo todo: la salud del cuerpo, y lo que es peor todavía, también la del alma! ¡Este sol nos aniquila y enloquece! ¡Ah! ¡Quién pudiera volver á España, al país natal, á la humilde choza donde vivimos los años felices de la infancia, al lado del rebaño de ovejas y de los mansos bueyes!... ¡Quién pudiera trocar el hábito que produce miedo y respeto por la humilde

zamarra del pastor, que vestí en mis primeros años!...

Los ojos del fraile enfermo brillaron de extraño modo. Sin duda veían en aquel momento los verdes maizales, ondulantes como un mar inmenso, las casuchas construídas con adobes y la negruzca y cuadrada torre donde anidaban las cigüeñas del pobre pueblo de Castilla donde había visto la primera luz...

—¿Y qué ha decidido vuestra reverencia?—preguntó fray Sibyla profundamente conmovido.

—¡Morir! ¿Acaso me queda otro remedio? ¡No puedes figurarte lo que sufro! Y tú, ¿cómo estás? ¿Qué te trae por aquí tan de mañana?

—Venía á hablarle del encargo que me hizo.

—Y ¿qué sabes de nuevo?

—¡Psh!—contestó con disgusto el joven dominico.—Nos han contado una fábula. Ibarra es un chico prudente y muy instruído.

—¿De veras?

—Al menos en el poco tiempo que le he oído no ha demostrado otra cosa. Cierto que habia de progreso y libertad, pero lo mismo les sucede á todos los jóvenes que vienen de Europa. Dentro de unos cuantos meses volverá á mascar *buyo* y á comer *morisqueta*. Anoche comenzaron las hostilidades.

—¿Ya? ¿Y cómo fué?

Fray Sibyla refirió brevemente lo que pasó entre el padre Dámaso y Crisóstomo Ibarra.

—Además—concluyó diciendo,—el joven se casa con la hija de Capitán Tiago, educada en el convento de nuestras hermanas; es rico, y no querrá hacerse enemigos para perder felicidad y fortuna.

El enfermo movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Pienso como tú. Con una mujer como María Clara y un suegro como Capitán Tiago, el muchacho será nuestro en cuerpo y alma. Y si se declara enemigo, tanto mejor.

Fray Sibyla miró sorprendido al anciano,

—Mejor para nuestra corporación. Prefiero los ataques á las tontas alabanzas y adulaciones de amigos... pagados.

—¿Piensa vuestra reverencia?...

El anciano le miró con tristeza.

—¡Tenlo bien presente!—continuó respirando con fatiga.—Nuestro poder durará mientras se crea en él. Necesitamos que nos ataquen, que nos despierten. Es preciso que estemos siempre arma al brazo. Lo que nos ha sucedido en Europa nos puede suceder aquí también el mejor día. Y entonces el dinero no entrará en las iglesias, y al arruinarnos dejaremos de ser fuertes y de influir en las conciencias.

—Siempre tendremos nuestras haciendas, nuestras fincas...

—Todas se perderán como las perdimos en España. Estamos labrando nuestra propia ruina. Somos insaciables; ni siquiera sabemos cubrir las apariencias. Todos los años subimos caprichosamente el canon de nuestros terrenos. Esa desmedida avaricia nos pierde. ¡El indio comienza á cansarse de que le exploten!

—¿De manera que vuestra reverencia cree que el canon ó tributo?...

—¡No hablemos más de esas cosas!—interrumpió con cierto disgusto el enfermo.—¿Decías que el teniente había amenazado á fray Dámaso con delatarlo al general?

—Sí—contestó fray Sibyla sonriendo;—pero esta mañana le vi y me dijo que sentía cuanto ha-

bía pasado anoche; que el Jerez se le había subido á la cabeza y que consideraba que el padre Dámaso estaba en igual situación. «¿Y la promesa?»—le pregunté en broma.—«Padre cura—me contestó,—yo sé cumplir mi palabra cuando no sufre menos-cabo mi dignidad; no soy ni he sido nunca delator.»

Después de hablar de otras cosas, fray Sibyla se despidió del enfermo.

El teniente no había ido á Malacañán (1), pero el general se había enterado de todo.

—¡Mujer y frailes no hacen agravio!—dijo el general sonriendo.—Pienso vivir tranquilo el tiempo que permanezca en el país y no quiero cuestiones con hombres que usan faldas.

Pero cuando su excelencia se encontró solo murmuró:

—¡Ah! ¡si este pueblo no fuera tan estúpido, ya metería yo en cintura á esos pillos!

IX

El pueblo

Casi á orillas de un lago está el pueblo de San Diego, en medio de campiñas y arrozales. Exporta azúcar, arroz, café y frutas ó las vende á cual-

(1) Palacio del capitán general, en Manila.

quier precio al chino, que explota la candidez ó los vicios de los labradores.

Cuando en un día sereno los muchachos suben al último cuerpo de la torre de la iglesia, cubierta de musgo y de plantas trepadoras, prorrumpan en alegres exclamaciones, provocadas por la hermosura del panorama que se ofrece á su vista. En medio de aquel cúmulo de techos de nipa, teja, zinc y cabonegro, separados por huertas y jardines, cada uno sabe descubrir su casita, su pequeño nido. Todo les sirve de señal: un árbol, un tamarindo de ligero follaje, un cocotero cargado de frutos, una flexible caña, una bonga ó una cruz. El río se desliza á poca distancia como una inmensa serpiente de cristal; de trecho en trecho, rizan su corriente pedazos de roca esparcidos en el arenoso lecho; allá el cauce se estrecha entre dos elevadas orillas, á que se agarran haciendo contorsiones árboles de raíces desnudas; aquí se forma una suave pendiente y el río se ensancha. Troncos de palmeras ó árboles con corteza aún, movedizos y vacilantes, unen ambas orillas.

Pero lo que más llama la atención, es un pequeño bosque en medio de las tierras labradas. Hay allí árboles seculares de ahuecado tronco, que mueren solamente cuando algún rayo hiere su alta copa y los incendia. La vegetación tropical se desenvuelve en aquellos lugares con entera libertad. Crecen profusamente matorrales y malezas y cortinas de enredaderas se cuelgan de las ramas y forman una red inextricable. Loros y guacamayos de largas colas y pintados plumajes forman su nido en la verde espesura. Los hay todos rojos, con las alas verdes y los ojos negros y brillantes como el azabache. Durante la mañana y al caer de la tarde llenan el bosque de gritos extraños. Las palo-

mas de la puñalada, blancas como la nieve y con la pechuga encarnada como si estuviese teñida de sangre, se arrullan dulcemente en las horas meridianas, cuando el sol abrasa, los pájaros buscan la sombra y la frescura de sus nidos, y las plantas y los árboles mustios, sofocados de calor, parecen caer en profundo letargo. Entonces reina un solemne silencio, sólo turbado por el roce de las enormes serpientes al arrastrarse entre las hojas secas, el zumbido de los insectos de alas luminosas y el fresco murmullo de algún manantial.

Cuando pasan las horas de sofocante bochorno, el bosque se despierta; los árboles se desperezan; las hojas de esmeralda recobran su brillantéz y tersura; bandadas de aves hermosísimas cruzan el aire, y de todas partes se levanta un himno glorioso á la vida.

Pero ni aun en aquel rincón paradisíaco, en aquella selva virgen, en aquel templo grandioso de la Naturaleza, cuyas robustas columnas son los troncos esbeltos de las palmeras y de los árboles centenarios, reina la felicidad. ¡El hombre blanco se complace en llevar la muerte y la desolación á todas partes!

La cacatúa de lindo copete, los pájaros amarillos y alas negras, los diminutos pájaros-moscas, se estremecen al verlo. ¡Los persigue con saña cruel! Cuando menos se descuidan, suena un disparo y se deshace la nube temblorosa que tiene la suavidad de la seda y el brillo de los rubíes y topacios, y centenares de pajarillos caen en el suelo, cubriéndolo de sangre. Luego los embalsaman, los encierran en grandes cajones y los envían á Europa. Las mujeres blancas adornan más tarde sus divinas cabezas y rubias cabelleras con las víctimas del bosque!...

Acerca de éste existen extrañas leyendas, pero la más verosímil es la siguiente:

Cuando el pueblo era todavía un montón de miserables chozas de caña y nipa, rodeadas de cocoteros, plátanos y palmeras, y los jabalíes y venados llegaban hasta las puertas de sus rústicas viviendas, presentóse un día un viejo español, de ojos profundos, que hablaba bastante bien el tagalo. Después de visitar y recorrer los terrenos en varios sentidos, preguntó por los propietarios del bosque, donde había aguas termales. Presentáronse algunos que pretendían serlo, y el viejo lo adquirió en cambio de ropas, alhajas y algún dinero. Después, sin saberse cómo, desapareció. La gente le creía ya *encantado*, cuando un olor fétido, que partía del vecino bosque, llamó la atención de unos pastores; rastreáronlo y encontraron al viejo en estado de putrefacción, colgado de la rama de un *baliti*. En vida ya daba miedo por su voz cavernosa, sus ojos hundidos y melancólica sonrisa; ahora, muerto, producía verdadero espanto. Algunos tiraron las alhajas al río y quemaron la ropa, y desde que apareció el cadáver y fué enterrado al pie mismo del *baliti*, ya no hubo persona que por allí se quisiese aventurar. Un pastor, que buscaba á sus animales, contó haber visto luces; otros aseguraban haber oído lamentos.

Pasaron meses y vino un joven mestizo español, que dijo ser hijo del difunto, y se estableció en aquel rincón, dedicándose á la agricultura, sobre todo á la siembra del añil. Don Saturnino era un joven taciturno y de un carácter violento y cruel; la única buena cualidad que poseía era el amor al trabajo. Rodeó de un muro la tumba de su padre é iba á visitarla de tiempo en tiempo. Pasados algunos años, casóse con una joven de Manila, de

quien tuvo á don Rafael, el padre de Crisóstomo.

Don Rafael desde muy joven se hizo amar de los indios. La agricultura, traída y fomentada por su padre, se desarrolló rápidamente. Afluyeron nuevos habitantes, vinieron muchos chinos y el villorrio se hizo aldea y tuvo un cura indio. Después la aldea se convirtió en pueblo, murió el cura y vino fray Dámaso.

El sepulcro y el terreno anejo fueron respetados. Los muchachos se atreven á veces, armados de palos y piedras, á vagar por los alrededores para coger guayabas, *papayas* y *lomboi*, y ocurre que en lo mejor de la ocupación caen dos ó tres piedras sin saberse de dónde; entonces al grito de *¡el viejo!* *¡el viejo!* arrojan frutas y palos, saltan de los árboles, corren entre rocas y matorrales y no paran hasta salir del bosque, pálidos, jadeantes y llorosos.

X

Los caciques

¿Quiénes eran los caciques del pueblo?

No lo fué nunca don Rafael cuando vivía, aunque era el más rico y todos le debían favores. Excesivamente modesto, jamás había pensado en for-

mar partido ni ejercer influencia de ninguna clase.

¿Sería acaso Capitán Tiago?... Cuando llegaba al pueblo era recibido con músicas por sus deudos y amigos, ofrecíanle banquetes y le colmaban de regalos. Las mejores frutas cubrían su mesa; si se cazaba un venado ó jabalí, para él era una de las mejores partes; si encontraba hermoso el caballo de un deudor, media hora después lo tenía en su cuadra. Todo esto es verdad, pero al mismo tiempo, se reían de él y le llamaban en secreto Sacristán Tiago.

Tampoco mandaba el gobernadorcillo; obedecía. Su empleo le había costado cinco mil pesos, y como le producía muy buena renta, sufría contento toda clase de humillaciones.

¿Sería entonces Dios? ¡Ah! Del buen Señor se ocupaban poco; bastante daban que hacer los santos y las santas. Dios para aquellas gentes había pasado á ser como esos pobres reyes que se rodean de favoritos y favoritas; el pueblo sólo hacía la corte á estos últimos.

San Diego era una especie de Roma contemporánea, con la diferencia de que en vez de monumentos de mármol y palacios suntuosos, tenía monumentos de *saulí* y gallera de nipa. El cura representaba el poder del Vaticano y el alférez de la Guardia civil, el rey de Italia. Ambos querían ser los amos, y aquí como allá, se suscitaban continuos disgustos. Expliquémonos y describamos las cualidades de ambos personajes.

Fray Bernado Salví era un joven franciscano de carácter sombrío. Por sus costumbres y maneras, distinguíase mucho de sus hermanos, y más aún de su predecesor, el violento padre Dámaso. Era delgado, enfermizo, fiel observador de sus de-

beres religiosos y cuidadoso de su buen nombre.

Un mes después de su llegada, casi todos los habitantes de San Diego se hicieron hermanos de la V. O. T., con gran tristeza de su rival, la Cofradía del Santísimo Rosario. Era un contento ver en cada cuello cuatro ó cinco escapularios y en cada cintura un cordón con nudos, y las frecuentes procesiones de fantasmas con hábitos de *gingón* (1). El sacristán mayor, aprovechando este furor religioso, se hizo un capitalito vendiendo á los cándidos feligreses objetos milagrosos para salvar el alma y combatir al diablo. ¡El espíritu diabólico, que antes se atrevía á contradecir á Dios en su misma cara y á poner en duda sus palabras, habíase vuelto tan paco que no podía resistir la vista de un relicario ó los nudos de un cordón!... Los frailes habían descubierto la manera de combatir al diablo y explotaban á maravilla su prodigioso invento. ¡No había bastantes tesoros en la tierra para pagar aquellos pedazos de trapo y aquellos cordones benditos, que devolvían la salud y aseguraban la salvación eterna!...

Como decíamos, el padre Salví era muy asiduo en el cumplimiento de sus deberes. Mientras predicaba—su fuerte era la oratoria—mandaba cerrar las puertas de la iglesia, y en esto se parecía á Nerón, que no dejaba salir á nadie mientras cantaba en el teatro. Castigaba con multas las faltas de sus subordinados, pues no era aficionado á pegar. También en esto se diferenciaba del padre Dámaso, que todo lo arreglaba á puñetazos y bastonazos, que propinaba riendo y con extraordinaria complacencia. Estaba convencido este último que sólo á palos se podía tratar á los indios; así lo había dicho un

(1) Tela azul.

fraile que sabía escribir libros, y él lo creía á pies juntillas, pues no discutía nunca los impresos revisados por la autoridad eclesiástica.

Como ya hemos dicho, fray Salví pegaba rarísimas veces, pero cuando lo hacía mostrábase verdaderamente terrible. Así como al padre Dámaso se le subía frecuentemente el coñac á la cabeza, y entonces cometía toda clase de atrocidades, al joven franciscano eran los ayunos y abstinencias los que exaltaban sus nervios y lo ponían como loco. De esto venía á resultar que las espaldas de los sacristanes no distinguían bien cuando un cura ayunaba ó comía mucho.

El único enemigo de este poder espiritual y temporal, era, como ya dijimos, el alférez. Estaba casado éste con una vieja filipina, llamada doña Consolación, mujer ridícula, que en su afán de imitar á las europeas, parecía un payaso, con las mejillas embadurnadas de colorete y albayalde. Esta buena señora tenía además muy mal genio. El alférez vengaba sus desgracias matrimoniales en su propia persona, emborrachándose como una cuba, mandando á sus soldados á hacer ejercicios al sol y sacudiendo el polvo á la empecatada filipina. Zurrábanse los felices esposos de lo lindo y daban espectáculos gratis á los vecinos, que admiraban en silencio las delicadas maneras y escogido lenguaje del *castila*.

Cada vez que estos escándalos llegaban á oídos del padre Salví, el buen franciscano se sonreía, y después de persignarse rezaba un padrenuestro. Cuando le llamaban carlistón, hipócrita y avaro, se sonreía también y volvía á rezar. ¡Era un manso cordero el buen frailecito!

El alférez siempre contaba á los pocos españoles que le visitaban la anécdota siguiente:

—¿Va usted al convento á visitar al curita Moscamuerta? Si le ofrece chocolate, ¡lo cual dudo! tenga usted cuidado. Si llama al criado y dice: Fulanito, haz una jícara de chocolate, ¿eh? entonces no tenga miedo, pero si dice: Fulanito, haz una jícara de chocolate, ¿ah? entonces coja usted el sombrero y márchese corriendo.

—¿Por qué?—preguntaba espantado su interlocutor.—¿Acaso el fraile pega jicarazos?

—¡Hombre, tanto como eso no!

—¿Entonces?

—Chocolate, ¿eh? significa espeso, y chocolate, ¿ah? aguado.

Para hacer daño al fraile, prohibió el militar, aconsejado por su señora, que nadie se pasease por el pueblo después de las nueve de la noche. Doña Consolación pretendía haber visto al cura disfrazado con camisa de piña y *salakot* de *nito*, pasearse á altas horas de la noche. Fray Salví se vengaba á su modo. Al ver entrar al alférez en la iglesia, mandaba disimuladamente al sacristán cerrar todas las puertas, se subía al púlpito y empezaba á predicar hasta que los santos cerraban los ojos y le pedían por favor que se callase.

El alférez, como todos los impenitentes, no por eso se corregía: salía jurando, y tan pronto como podía pillar á un sacristán ó á un criado del cura, le zurraba y le hacía fregar el suelo del cuartel y el de su propia casa. El sacristán, al ir á pagar la multa que el cura le imponía por su ausencia, exponía los motivos. Fray Salví le oía silencioso, guardaba el dinero y soltaba á sus cabras y carneros para que fuesen á pacer en el jardín del alférez, mientras buscaba un tema nuevo para otro sermón mucho más largo y edificante que los que había pronunciado anteriormente. Pero estas cosas

no eran obstáculo para que, si después se veían, se diesen la mano y se hablasen cortésmente.

Cuando el marido dormía el vino ó roncaba la siesta y doña Consolación no podía reñir con él, asomábase á la ventana con su puro en la boca y su camisa de franela azul.

Estos eran los soberanos del pueblo de San Diego.

XI

La ciudad de los muertos

Hacia el Oeste, en medio de los arrozales, está el cementerio; conduce á él una vereda llena de polvo en los días de calor y navegable en los días de lluvia.

Una puerta de madera y una cerca, mitad de piedra y mitad de cañas y estacas, le separa de los hombres, pero no de las cabras del cura y algunos cerdos de la vecindad, que entran y salen para hacer exploraciones en las tumbas y alegrar con su presencia aquella soledad.

En medio de aquel vasto corral se levanta una gran cruz de madera sobre un pedestal de piedra. La tempestad ha doblado su *Inri* de hoja de lata y la lluvia ha borrado las letras. Al pie de la cruz,

como en el verdadero Gólgota, se ven en confuso montón calaveras y huesos, que el indiferente sepulturero arroja de las fosas que va vaciando. Allí esperan, no la resurrección de los muertos, sino la llegada de los animales que acaben de mondarlos.

En el suelo se notan recientes excavaciones; aquí el terreno está hundido, allí forma pequeña colina. En el santo lugar crecen en toda su lozanía el *tarambulo* y el *pandakaki*. La hierba y las trepadoras cubren los rincones y se encaraman por las paredes y nichos, formando espléndidos cortinajes de verdura; á veces penetran por las hendiduras que hicieron temblores y terremotos y ocultan piadosas á las miradas profanas el interior de las tumbas.

Dos hombres cavan una fosa cerca del muro que amenaza desplomarse; uno, que es el sepulturero, arroja con indiferencia vértebras y huesos, como arrojaría un jardinero piedras y ramas secas; el otro está preocupado, fuma y escupe.

—¡Oye!—dice en tagalo el que fuma.—¿No sería mejor que cavásemos en otro sitio. Esto está muy reciente.

—Tan recientes son unas fosas como otras.

—¡No puedo más! Ese hueso que has partido aun sangra. ¡Hum! ¿Y esos cabellos?

—¡Qué delicado eres!—exclama el otro.—¡Si hubieses desenterrado como yo un cadáver de veinte días, por la noche, lloviendo y con la linterna apagada!...

El compañero se estremeció.

—Se desclavó el ataúd y salió el muerto echando una peste de mil demonios... Luego lo tuve que cargar á la espalda...

—¡Kjr! Y ¿por qué lo desenterraste?

—¿Por qué? ¿Lo sé yo acaso? ¡Me lo mandaron!

—¿Quién te lo mandó?

—Me lo mandó el cura grande.

—¡Ah! Y ¿qué hiciste después del cadáver?

—Pues... el cura grande me mandó que lo enterrase en el cementerio de los chinos, pero como el ataúd era pesado y el cementerio de los chinos está lejos...

—¡No! ¡no! ¡Yo no cavo más!—interrumpió el otro lleno de horror, soltando la pala y saltando de la fosa;—he partido un cráneo y temo que no me deje dormir esta noche.

El sepulturero soltó una carcajada al ver como se alejaba su amigo haciendo la señal de la cruz.

El cementerio se iba llenando de hombres y mujeres vestidos de luto.

Un viejecito de ojos vivos entró descubierto. Al verle, muchos se rieron. El viejo, sin hacer caso de tales demostraciones, se dirigió al montón de cráneos, se arrodilló y buscó con la mirada algo entre los huesos. Después, con cuidado, fué apartando los cráneos uno tras otro, y como no encontrase lo que buscaba, frunció las cejas, movió la cabeza con gesto desesperado, miró á todas partes y finalmente se levantó y se dirigió al sepulturero.

—¿Sabes dónde está una hermosa calavera blanca como la carne del coco, con la dentadura completa, que yo puse al pie de la cruz, debajo de aquellas hojas?

El sepulturero se encogió de hombres.

—¡Mira!—añadió el viejo enseñándole una moneda de plata;—no tengo más que ésta, pero te la daré si me la encuentras.

El brillo de la moneda le hizo reflexionar; miró hacia el osario y dijo:

—¿No está allí?... ¡Pues no sé!... Si queréis, os puedo dar otra.

—¡Eres como la tumba que cavas!—le apostrofó el viejo nerviosamente.—¡Como la tumba! ¡Como la tumba!

Y se volvió, dirigiéndose á la puerta.

El sepulturero, entretanto, había concluido con su tarea. Dos montículos de tierra fresca y rojiza se levantaban á los bordes de la fosa. Sacó de su *salakot* buyo y se puso á mascarle, mirando con aire estúpido cuanto pasaba en su alrededor.

XII

Presagios de tempestad

En el momento en que el viejo salía, parábase á la entrada del sendero un coche que parecía haber hecho un largo viaje: estaba cubierto de polvo y los caballos sudaban.

Ibarra descendió seguido de un viejo criado. Despachó el coche con un gesto y se dirigió al cementerio.

—¡Mi enfermedad y mis ocupaciones no me han permitido volver!—decía el anciano tímidamente.—Capitán Tiago dijo que se cuidaría de levantar un nicho. Yo planté flores y una cruz labrada por mí.

Ibarra caminaba grave y silencioso.

—¡Allí, detrás de esa cruz grande, señor!—continuó el criado señalando hacia un rincón cuando hubieron franqueado la puerta.

El joven iba tan preocupado, que no notó el movimiento de asombro de algunas personas al reconocerle, las cuales suspendieron el rezo y le siguieron con la vista llenas de curiosidad.

Detúvose al llegar al otro lado de la cruz grande y miró á todas partes. Su acompañante se quedó confuso y cortado. En ninguna parte se veía la cruz que él había colocado.

Dirigiéronse al sepulturero, que les observaba con curiosidad. Este les saludó quitándose el *salakot*.

—¿Puedes decirnos cuál es la fosa que tenía una cruz?—preguntó el criado.

El interpelado miró hacia el sitio que le señalaban y reflexionó.

—¿Una cruz grande?

—Sí, grande—afirmó con alegría el viejo, cuya fisonomía se animó.

—¿Una cruz con labores y atada con bejuco?—volvió á preguntar el sepulturero.

—¡Eso es, eso es, así!—Y el criado trazó en la tierra un dibujo en forma de cruz bizantina.

—¿Y en la tumba había flores sembradas?

—¡Adelfa, sampagas y pensamientos!—añadió el criado lleno de alegría.

—Dinos cuál es la fosa y dónde está la cruz.

El sepulturero se rascó la oreja y contestó bostezando:

—Pues la cruz... ¡la he quemado!

—¡Quemado! Y ¿por qué la has quemado?

—Porque así lo mandó el cura grande.

—¿Quién es el cura grande?—preguntó Ibarra.

—¿Quién? El que pega, el padre Garrote.

Ibarra se pasó la mano por la frente.

—Dinos al menos dónde está la fosa, debes recordarlo.

El sepulturero se sonrió.

—¡El muerto ya no está allí!—repuso tranquilamente.

—¿Qué dices?

—En su lugar enterré hace una semana á una mujer.

—¿Estás loco?—preguntó el criado.

—Hace ya muchos meses que lo desenterré. El cura grande me lo mandó, para llevarlo al cementerio de los chinos. Pero como era pesado y aquella noche llovía...

El hombre no pudo seguir; retrocedió espantado al ver la actitud de Crisóstomo, que se abalanzó sobre él, cogiéndole del brazo y sacudiéndole.

—¿Y lo hiciste?—preguntó el joven con acento indescriptible.

—No se enfade usted, señor—contestó temblando;—no le enterré entre los chinos. ¡Más vale ahogarse que estar entre chinos—dijo para mí—y arrojé el muerto al agua!

Ibarra le puso los puños sobre los hombros y le miró largo tiempo con una expresión indefinible.

—¡Tú no tienes la culpa!—dijo, y salió precipitadamente pisando fosas, huesos y cruces como un loco.

El sepulturero se palpaba el brazo murmurando:

—¡Lo que dan que hacer los muertos! El padre grande me dió de bastonazos por haber dejado enterrar aquel cadáver; ahora éste por poco me rompe el brazo por haberle desenterrado...

El sol estaba ya para ocultarse; espesas nubes entoldaban el cielo hacia el Oriente; un viento

seco agitaba los árboles y hacía gemir á los cañaverales.

Ibarra iba descubierto; de sus ojos no brotaba una lágrima, de su pecho no se escapaba un suspiro. Caminaba apresuradamente como si huyese de alguien. Atravesó el pueblo, dirigiéndose á las afueras, hacia la antigua casa que desde hacía muchos años no había vuelto á pisar. Rodeada de un huerto donde crecían algunos cactus, parecía que le hacía señas; el *ilang-ilang* se balanceaba agitando alegremente sus ramas cargadas de flores; las palomas revoloteaban alrededor del cónico techo que lo había cobijado durante los años felices de la infancia.

Pero el joven no experimentaba alegría alguna al acercarse al antiguo hogar; tenía sus ojos clavados en la figura de un fraile que avanzaba en dirección contraria. Era el cura de San Diego, el melancólico franciscano enemigo del alférez. El aire plegaba las anchas alas de su sombrero; el hábito de *guingón* se pegaba y amoldaba á sus piernas, marcando unos muslos delgados. En la mano derecha llevaba un bastón de palasán con puño de marfil. Era la primera vez que Ibarra y él se veían.

Al encontrarse, detúvose el joven un momento y le miró de hito en hito; fray Salví esquivó la mirada y se hizo el distraído.

Sólo un segundo duró la vacilación: Ibarra se dirigió á él rápidamente, le detuvo dejando caer con fuerza la mano sobre su hombro y con voz apenas inteligible exclamó:

—¿Qué has hecho de mi padre?

Fray Salví, pálido y tembloroso al leer los sentimientos que se pintaban en el rostro del joven, tuvo miedo y no pudo contestar.

—¿Qué has hecho de mi padre?—le volvió á preguntar Ibarra.

—¡Está usted equivocado; yo no he hecho nada á su padre!

—¿No?—continuó el joven oprimiéndole hasta hacerle caer de rodillas.

{ —¡No, se lo aseguro! Quizás mi predecesor el padre Dámaso... }

—¡Ah!—exclamó el joven soltándole y dándose una palmada en la frente. Y abandonando al pobre fray Salví volvió á emprender su marcha precipitadamente hacia la alegre casita rodeada de cactus, y sobre cuyo techo revoloteaban bandadas de palomas blancas...

XIII

La pesca

Han transcurrido tres días desde los acontecimientos que hemos narrado.

María Clara, acompañada de su tía Isabel, acababa de llegar al pueblo.

Juan Crisóstomo Ibarra había teleografiado desde la cabecera de la provincia saludando á tía Isabel y su sobrina, pero sin explicar la causa de su ausencia. Muchos lo creían preso por su conducta con el padre Salví en la tarde del día de Todos los

Santos. Pero los comentarios subieron de punto y fué grande el asombro cuando le vieron bajar de un coche delante de la casita de su futura y saludar cortésmente al religioso, que también se dirigía á ella.

Los vecinos ignoraban que Ibarra, después de serenarse y de reflexionar sobre lo que había hecho, habíase apresurado á presentar sus excusas al fraile.

Este lo recibió benévolutamente, se hizo cargo del estado de ánimo del joven al encontrarse con él, y quedaron muy amigos.

María Clara y su prometido conversaban asomados á una ventana. Se dijeron mil ternezas y cambiaron mil protestas de amor. Ibarra olvidaba todos sus pesares al lado de su amada.

—Mañana antes que raye el alba se cumplirá tu deseo. Esta noche lo dispondré todo para que nada falte.

—Entonces escribiré á mis amigas para que vengan. ¡Oye! ¡No quiero que venga el cura!

—Y ¿por qué?

—Porque parece que me vigila. Me hacen daño sus ojos hundidos y sombríos; cuando los fija en mí, me dan miedo. Cuando me dirige la palabra, tiene una voz... me habla de cosas tan raras, tan incomprensibles... Mi amiga Sinang y Andeng, mi hermana de leche, dicen que está algo tocado porque no come, ni se baña y vive á obscuras. ¡Procura que no venga!

—No podemos menos de invitarle. Las costumbres del país lo exigen. Además se ha portado conmigo con nobleza. Lo único que podré evitar es que nos acompañe en la *banca* (1).

(1) Embarcación construída con el tronco de un árbol.

Oyéronse ligeros pasos: era el cura que se acercaba con una forzada sonrisa en los labios.

Empezaron á hablar de cosas indiferentes, del tiempo, del pueblo y de las fiestas que iban á celebrarse. María Clara buscó un pretexto y se alejó.

—Y pues que hablamos de fiestas, permítame usted que le invite á la que celebraremos mañana. Es una jira campestre. Iremos unos cuantos amigos.

—¿Y en dónde se hará?

—Las jóvenes quieren que sea en el arroyo que corre en el vecino bosque cerca del *baliti*: nos levantaremos temprano para que no nos alcance el sol.

El religioso reflexionó un momento; después contestó:

—La invitación es muy tentadora y la acepto para probarle que ya no le guardo rencor. Pero iré más tarde; después que haya cumplido con mis obligaciones. ¡Feliz usted que está libre, enteramente libre!

Todavía brillaban las estrellas y las aves dormitaban aún en las ramas, cuando una alegre comitiva recorría ya las calles del pueblo dirigiéndose al lago, á la luz de unas cuantas antorchas de brea llamadas comunmente *huepes*.

Iban delante cinco jovencitas cogidas de las manos y de la cintura, seguidas de algunas ancianas y de varias criadas, que llevaban graciosamente sobre sus cabezas cestos llenos de provisiones. Eran María Clara y sus cuatro amigas, la alegre Sinang, la severa Victoria, la hermosa Iday y la pensativa Neneng.

Conversaban animadamente, se pellizcaban, se hablaban al oído y después prorrumpían en carcajadas.

—¡Vais á despertar á la gente que aun está durmiendo!—les decía la tía Isabel;—cuando nosotras éramos jóvenes no alborotábamos tanto.

—¿Está el lago tranquilo? ¿Creen ustedes que vamos á tener buen tiempo?—preguntaban las madres llenas de temor.

—No se inquieten ustedes, señoras; ¡yo sé nadar perfectamente!—contestó un joven alto y delgado.

—¡Debíamos antes haber oído misa!—suspiraba tía Isabel juntando las manos.

—Aun hay tiempo, señora; Albino, que fué seminarista, la puede decir en la *banca*—contestó otro señalando al joven flaco y alto.

Este, que tenía una fisonomía de socarrón, al oír que le aludían adoptó un ademán compungido, caricaturizando al padre Salví.

Ibarra, sin perder su seriedad, tomaba también parte en la alegría de sus compañeros.

Al llegar á la playa escapáronse de los labios de las mujeres exclamaciones de asombro y alegría. Veían dos grandes *banca*s, pintorescamente adornadas con guirnaldas de flores, telas de varios colores y farolitos de papel. En la *banca* mejor adornada había un arpa, guitarras, acordeones y un cuerno de carabao; en la otra ardía el fuego en *kalanes* de barro y preparábase té, café y *salabat* para el desayuno.

—¡Aquí las mujeres y allí los hombres! ¡Estaos quietos! ¡No moverse mucho, que vamos á naufragar!—decían las mujeres formales al embarcarse.

—¡Haced antes la señal de la cruz!—decía tía Isabel persignándose.

—¿Y vamos á ir solas?—preguntaba Sinang haciendo un mohín.—¡Ay!

Esta exclamación la había producido un pellizco propinado á tiempo por su madre.

Las *bancas* se iban alejando lentamente de la playa, reflejando la luz de los faroles en el espejo del lago completamente tranquilo. En el Oriente aparecían las primeras tintas de la aurora.

Deslizábanse silenciosamente las embarcaciones por la tranquila superficie. Los jóvenes, con la separación establecida por las madres, parecían haberse puesto tristes.

—¡Ten cuidado! —dijo en voz alta Albino el seminarista á otro joven;—pisa bien la estopa que hay debajo de tu pie.

—¿Para qué?

—Puede entrar el agua: esta banca tiene muchos agujeros.

—¡Ay, que nos hundimos! —gritaron las mujeres asustadas.

—¡No tengan cuidado, señoras! —dijo el seminarista.—En esa banca no hay peligro. ¡No tiene más que cinco agujeros!

—¡Cinco agujeros! ¡Jesús! ¿Quieren ustedes ahogarnos?—exclamaron las mujeres horrorizadas.

Hubo un pequeño tumulto; unas chillaban, otras pensaban saltar al agua.

—¡Pisad bien las estopas! —continuaba gritando Albino señalando hacia el sitio donde estaban las jóvenes.

—¿Dónde? ¿Dónde? ¡Por piedad, vengan ustedes! —imploraron las temerosas mujeres.

Fué menester que cinco jóvenes pasasen á la otra banca para tranquilizar á las aterradas mujeres. ¡Oh! ¡casualidad! Parecía que al lado de cada una de las *dalagas* había un peligro. Ibarra sentóse al lado de María Clara y Albino al de Victoria. La tranquilidad volvió á reinar en el círculo de las cuidadosas madres, pero no en el de las jóvenes.

Como era todavía muy temprano y estaban ya

cerca del sitio de la pesca, decidieron desayunarse. La aurora iluminaba ya el espacio, y apagaron los farolillos de papel.

—¡No hay cosa que pueda compararse con el *salabat* tomado por la mañana antes de ir á misa! —decía Capitana Ticá, la madre de la alegre Sinang;—tomad *salabat* con *poto*, Albino.

La mañana estaba deliciosa. Las aguas comenzaban á brillar con los primeros rayos del sol. Soplaban una fresca brisa impregnada de perfumes que jugueteaba con los negros cabellos de las muchachas.

Todos estaban alegres; hasta las madres llenas de recelos bromeaban entre sí.

Sólo un hombre, el que hacía el oficio de piloto, permanecía silencioso y ajeno á toda aquella alegría. Era un joven de formas atléticas y de fisonomía interesante. Sus grandes ojos expresaban inmensa tristeza. Los cabellos negros, largos y descuidados, caían sobre su robusto cuello; con sus desnudos y nervudos brazos, manejaba como una pluma un ancho remo, que le servía de timón para guiar las dos *bancas*. María Clara le había sorprendido más de una vez contemplándola; él entonces volvía rápidamente la vista á otra parte. Compadecióse la joven de su soledad, y cogiendo unas galletas se las ofreció. El piloto la miró con cierta sorpresa; tomó una galleta y dió las gracias brevemente y en voz apenas perceptible.

Y nadie volvió á acordarse de él.

Concluído el desayuno continuaron la excursión hacia los viveros, donde abundaba la pesca. Estos eran dos, á cierta distancia uno del otro; ambos pertenecían á Capitán Tiago. Desde lejos veíanse algunas garzas posadas sobre las puntas de las cañas del cercado, en actitud contemplativa, mien-

tras algunas aves blancas que los tagalos llaman *kalanay* volaban en distintas direcciones, rozando con sus alas la superficie del lago y llenando el aire de estridentes graznidos.

María Clara siguió con la vista á las garzas que, al aproximarse las *bancas*, emprendieron el vuelo hasta el vecino monte.

—¿Anidan esas aves en el monte?—preguntó al piloto, más que por saberlo por hacerle hablar.

—Probablemente, *señora*—contestó;—pero nadie hasta ahora ha visto sus nidos.

—¿No tienen nidos?

—Supongo que deben tenerlos, pues si no serían muy desgraciadas.

María Clara no notó el acento de tristeza con que pronunció el piloto estas palabras.

Entretanto habían llegado al *baklad* y los barqueros ataron las embarcaciones á una caña.

Andeng, la hermana de leche de María Clara, que tenía fama de buena cocinera, se puso á preparar agua de arroz, tomates y *camias* para la comida. Las otras jóvenes limpiaban los cogollos de calabaza, los guisantes y cortaban los *paayap* en cortos pedazos, largos como cigarrillos.

Para distraer la impaciencia de los que deseaban ver los peces salir de su cárcel vivitos y coleando, la hermosa Iday cogió el arpa y comenzó á arrancar de sus cuerdas alegres sonidos.

—¡Canta, Victoria, la Canción del Matrimonio!—pidieron las madres.

Los hombres protestaron, y Victoria, que tenía muy buena voz, se quejó de ronquera. La Canción del Matrimonio es una hermosa elegía tagala en que se pintan todas las miserias y tristezas de este estado, sin mentar ninguna de sus alegrías.

Entonces pidieron que cantase María Clara.

—Todas mis canciones son tristes.

—¡No importa! ¡No importa!—exclamaron todos.

No se hizo de rogar más, cogió el arpa, tocó un preludio y cantó con voz armoniosa y llena de sentimiento:

Dulce es la muerte por la propia patria,
donde es amigo cuanto alumbra el sol.
¡Muerte es la brisa para quien no tiene
una patria, una madre y un amor!

De repente se oyó un atronador estruendo; las mujeres lanzaron un grito y se taparon las orejas. Era el exseminarista Albino, que soplaba con toda la fuerza de sus pulmones en el cuerno de carabao, llamado *tambuli*. Volvieron la risa y la animación.

—¿Pero es que nos quieres dejar sordas, hereje?
—le gritó tía Isabel.

—¡Señora!—contestó el exseminarista solemnemente.—He oído hablar de un pobre trompetero que allá en las orillas del Rhin por tocar una trompeta se casó con una noble y rica doncella.

—¡Es verdad, el trompetero de Sackingen!—añadió Ibarra.

—¿Lo oís?—continuó Albino.—Pues yo quiero ver si tengo la misma suerte.

Y volvió á soplar aún con más bríos en el resonante cuerno, acercándolo á los oídos de las jóvenes. Las madres le hicieron callar al fin, á fuerza de chinelazos y pellizcos.

A pesar de que ya habían tendido la red en el *encerradero* ó bolsa, no salía ningún pez. Era el *encerradero* un espacio casi circular, de un metro de diámetro, dispuesto de manera que un hombre po-

día tenerse de pie en la parte superior, para desde allí retirar los peces con la redcilla.

—¡Un caimán!—gritó un joven que tendía la red.

—¡Un caimán!—repetieron todos.

La palabra corrió de boca en boca en medio del espanto y la estupefacción general.

—¿Qué decís?—le preguntaron.

—Digo que hay un caimán—afirmó León.

E introduciendo una caña en el agua continuó:

—¿Oís ese sonido? Eso no es arena; es la dura piel, la espalda del caimán. ¿Veis cómo se mueven las cañas? Es él que forcejea.

—¿Qué hacer?—se preguntaron todas.

—¡Cogerlo!—dijo uno voz,

—¡Jesús! Y ¿quién lo coge?

Nadie se ofrecía á descender al abismo. El agua era profunda.

El piloto se levantó, cogió una larga cuerda y subió ágilmente á la especie de plataforma.

Excepto María Clara, nadie hasta entonces se había fijado en él; ahora admiraban su esbelta estatura.

Con gran sorpresa y á pesar de los gritos de todos, el piloto saltó dentro del encerradero.

—¡Tomad ese cuchillo!—gritó Crisóstomo sacando una ancha hoja toledana.

Pero ya el agua subía en forma de surtidor y el abismo se cerró misterioso.

—¡Jesús, María y José!—exclamaban las mujeres.—¡Vamos á tener una desgracia! ¡Jesús, María y José!

—No tengan ustedes cuidado—decía el viejo barquero;—no ha hecho en toda su vida más que cazar caimanes.

El agua se agitaba, parecía que en el fondo se

trababa una lucha; vacilaba el cerco. Todos permanecían silenciosos y llenos de angustia. Ibarra apretaba con mano convulsiva el puño del agudo cuchillo.

La lucha pareció terminarse. Asomóse á la superficie del agua la cabeza del joven, que fué saludado con gritos de alegría. Los ojos de las mujeres estaban llenos de lágrimas.

El piloto trepó llevando en la mano el extremo de la cuerda, y una vez en la plataforma, tiró de ella.

El monstruo apareció: tenía la soga atada en forma de doble banda por el cuello y debajo de las extremidades anteriores. Era de extraordinario tamaño, y sobre sus espaldas crecía verde musgo, que es á los caimanes lo que las canas á los hombres. Mugía como un buey, azotaba con la cola las paredes de caña, se agarraba á ellas y abría las negras y tremendas fauces, descubriendo sus largos colmillos.

El piloto lo izaba solo: nadie se cuidaba de ayudarle.

Fuera ya del agua y colocado sobre la plataforma, púsole el pie encima, con robusta mano cerró sus descomunales mandíbulas y trató de atarle el hocico con fuertes nudos. El reptil hizo un último esfuerzo, arqueó el cuerpo, batió el suelo con la potente cola y se lanzó en un salto al lago, fuera del cerco, arrastrando al piloto. Este era hombre muerto; un grito de horror se escapó de todos los pechos.

Rápido como el rayo, cayó otro cuerpo al agua; apenas tuvieron tiempo de ver que era Ibarra. María Clara no se desmayó, porque las filipinas no saben desmayarse.

Vieron colorearse las olas, teñirse de sangre. Crisóstomo y el piloto reaparecieron agarrados al

cadáver del reptil. Este tenía todo el blanco vientre rasgado y en la garganta clavado el cuchillo.

Imposible es describir la alegría de todos. Las viejas reían y rezaban. Andeny olvidó que su *sini-gang* había hervido tres veces: todo el caldo se había derramado y apagado el fuego. La única que no podía hablar era María Clara.

Ibarra estaba ileso; el piloto sólo tenía un ligero rasguño en el brazo.

—¡Le debo á usted la vida!—dijo á Ibarra, que se envolvía en una manta de iana.

—Es usted demasiado atrevido—contestóle Ibarra;—otra vez no tiente á Dios.

Las viejas ya no se atrevían á ir al otro *baklad*; querían retirarse alegando que el día había comenzado mal y podría sobrevenir alguna desgracia.

—¡Todo es porque no hemos oído misa!—suspiraba una.

—Pero ¿qué desgraciada es esa, señoras?—preguntaba Ibarra.—¡El único desgraciado ha sido el caimán!

—Lo cual prueba—concluyó el exseminarista—que en toda su pecadora vida jamás ha oído misa este desgraciado reptil. ¡Nunca le he visto entre los numerosos caimanes que frecuentan la iglesia!

Las *bancas* se dirigieron hacia el otro *baklad* y fué menester que Andeng preparase otro *sinigang*.

La música volvió á resonar. Iday tocaba el arpa, los hombres los acordeones y guitarras con mayor ó menor afinación, pero el que mejor lo hacía era Albino, que perdía el compás á cada instante ó se pasaba á otra pieza enteramente distinta.

El otro vivero fué visitado con desconfianza; muchos esperaban encontrar la hembra del caimán. Sin embargo, no hubo novedad alguna y la red salía siempre llena.

Tía Isabel decía:

—El *ayungin* es bueno para el *sinigang*: dejad el *bia* para el escabeche. ¡Las langostas á la sartén! El *banak* es para asado envuelto en hojas de plátano y relleno de tomates. Dejad los demás para que sirvan de reclamo: no es bueno vaciar el *baklad* completamente.

Entonces trataron de desembarcar en la orilla, en aquel bosque de árboles corpulentos perteneciente á Ibarra. Allí almorzarían á la sombra.

La música resonaba en el espacio; el humo de los *kalanes* subía por el aire formando nubecillas azules y el cadáver del caimán mostraba el blanco y destrozado vientre.

XIV

En el bosque

El padre Salví había dicho ya su misa muy temprano y limpiado en pocos minutos una docena de almas sucias.

Después, con la lectura de unas cartas que llegaron bien lacradas, pareció perder el digno cura el apetito, pues dejó que el chocolate se enfriase completamente.

—El padre está enfermo—decía el cocinero mientras preparaba otra taza;—hace días que no come...

En efecto, daba lástima ver al padre Salvi. No había querido tocar la segunda taza de chocolate, ni probar los hojaldres de Cebú; paseábase pensativo por la espaciosa sala, arrugando entre sus huedas manos unas cartas que leía de tiempo en tiempo. Al fin pidió su coche y ordenó que le condujesen al bosque, en cuyas cercanías se celebraba la partida campestre.

Al llegar allí, el padre Salvi despachó su vehículo y se internó solo en el bosque.

Un sombrío sendero franqueaba trabajosamente la espesura y conducía á un arroyo, formado de varias fuentes termales. Adornaban su orilla flores silvestres, sobre las cuales se posaban los dorados insectos, las mariposas de todos tamaños y colores, azul y oro, blancas y negras, y millares de coleópteros de reflejos metálicos. El zumbido de estos insectos, el chirrido de la cigarra que alborota día y noche, el canto del pájaro, ó el ruido seco de la podrida rama, que cae enganchándose en todas partes, turban solamente el silencio de aquel misterioso paraje.

El fraile vagó algún tiempo entre las espesas enredaderas, evitando los espinos, que le agarraban por el hábito de *gingón*, y las raíces de los árboles que salían del suelo, haciendo tropezar á cada momento al no acostumbrado caminante. Detúvose de pronto; alegres carcajadas y frescas voces llegaron á sus oídos.

—Voy á ver si encuentro un nido—decía una hermosa y dulce voz, bien conocida del cura.—Quisiera verle sin que él me viese; quisiera seguirle á todas partes.

El padre Salví ocultóse detrás del grueso tronco de un árbol y púsose á escuchar.

—¿Es decir, que quieres hacer con él lo que contigo hace el cura, que te vigila en todas partes? —contestó otra voz femenil.—¡Ten cuidado, que los celos hacen enflaquecer y atormentan de un modo horrible!

—¡No son celos, es pura curiosidad!

El padre Salví vió desde su escondite á María Clara, á Victoria y á Sinang, recorriendo el río. Las tres caminaban con la vista fija en las aguas, buscando el misterioso nido que hacía invisibles á las personas. Iban mojadas hasta la rodilla, dejando adivinar los anchos pliegues de sus sayas de baño, las graciosas líneas de sus piernas. Llevaban la cabellera suelta y los brazos desnudos. Las tres jóvenes, á la vez que buscaban un imposible, recogían flores y legumbres que crecían á la orilla.

Tras un recodo del riachuelo, entre espesos cañaverales, desaparecieron las tres muchachas y dejaron de oirse sus crueles ilusiones. Ebrío, vacilante, cubierto de sudor, salió el padre Salví de su escondite y miró en torno suyo con ojos extraviados. Dió algunos pasos como si tratase de seguir á las jóvenes, pero luego dirigióse por la orilla en busca del resto de la comitiva.

Vió un puente de caña y á lo lejos á los hombres bañándose, mientras una multitud de criados y criadas bullían alrededor de improvisados *kalan-nes*, atareados en desplumar gallinas y lavar el arroz. Y en la orilla opuesta, bajo un techo de lona colgado de los árboles, muchos hombres y mujeres reunidos. Estaban allí el alférez, el coadjutor, el gobernadorcillo, el maestro de escuela y algunos capitanes y tenientes *pasados*, como el capitán Ba-

silio, el padre de Sinang, antiguo adversario de don Rafael Ibarra.

El cura fué recibido con respeto y deferencia por todos, incluso el alférez.

—Pero ¿de dónde viene vuestra reverencia?— preguntóle éste al ver su cara llena de rasguños y su hábito cubierto de hojas y pedazos de ramas secas.—¿Se ha caído vuestra reverencia?

—¡No, me he extraviado!—contestó el padre Salví, bajando los ojos para examinar su traje.

Se abrían frascos de limonadas, se partían cocos verdes para que los que salían del baño bebiesen su agua fresca y comiesen su tierna carne, más blanca que la leche; las jóvenes recibían además un rosario de sampagas, rosas é ilang-ilang, con las cuales adornaban la suelta cabellera. Sentábanse ó recostábanse en las hamacas, suspendidas de las ramas, ó entreteníanse jugando alrededor de una ancha piedra, sobre la cual veíanse naipes y tableros.

Enseñáronle al cura el caimán, pero el padre Salví sólo prestó atención cuando le dijeron que aquella ancha herida la había hecho Ibarra.

El piloto había desaparecido antes de la llegada del alférez.

Al fin salió María Clara del baño, acompañada de sus amigas, fresca como una rosa.

Su primera sonrisa fué para Crisóstomo, y la primera nube de su frente para el padre Salví. Este lo notó y lanzó un suspiro.

Llegó la hora de comer. El cura, el coadjutor, el alférez, el gobernadorcillo y algunos capitanes más, con el teniente mayor, sentáronse en una mesa que presidía Ibarra. Las madres no permitieron que ningún hombre comiese en la mesa de las jóvenes.

—¿Sabe usted algo ya, señor alférez, del criminal que maltrató al padre Dámaso?—preguntaba fray Salví.

—¿De qué criminal, padre cura?—preguntó el alférez, mirando al fraile á través del vaso de vino.

—¿De quién ha de ser? ¡Del que anteayer tarde golpeó al padre Dámaso en el camino!

—¿Que golpeó al padre Dámaso?—preguntaron varias voces.

—¡Sí, y el padre Dámaso está ahora en cama! Se cree sea el mismo Elías que le arrojó á usted en el charco, señor alférez.

El alférez se puso colorado de vergüenza.

—Pues yo creía—continuó el padre Salví con cierta burla—que estaba usted enterado del asunto...

Mordióse el militar los labios y balbuceó una excusa.

En esto apareció una mujer, pálida, flaca, vestida miserablemente; nadie la había oído acercarse, pues caminaba tan silenciosamente, que de noche se le habría tomado por un fantasma.

—¡Dad de comer á esa mujer!—decían las viejas.
—¡Eh! ¡Venga aquí!

Pero ella, sin prestar atención, se acercó á la mesa donde estaba el cura; éste volvió la cara, la reconoció y se le cayó el cuchillo de la mano.

—¡Dad de comer á esa mujer!—ordenó Ibarra.

—¡La noche es oscura y desaparecen los niños!
—murmuró la mendiga.

Pero á la vista del alférez, que le dirigió la palabra, la mujer se asustó y huyó entre los árboles.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó el militar.

—¡Una infeliz á quien han vuelto loca á fuerza de disgustos!—contestó don Filipo.—Hace cuatro días que está así.

—¿Es acaso una tal Sisa?—preguntó con interés Ibarra.

—La han preso sus soldados de usted—continuó con cierta amargura el teniente mayor;—la han conducido por todo el pueblo por no sé qué cosas de sus hijos que... no se han podido aclarar.

—¿Cómo?—preguntó el alférez, volviéndose al cura.—¿Es acaso la madre de sus dos sacristanes?

El cura afirmó con la cabeza.

—¡Que han desaparecido sin averiguarse nada de ellos!—añadió severamente don Filipo, mirando al gobernadorcillo, que bajó los ojos.

—¡Buscad á esa mujer!—ordenó Crisóstomo á los criados.—He prometido trabajar para averiguar el paradero de sus hijos.

—¿Han desaparecido, dicen ustedes?—preguntó el alférez.—¿Sus sacristanes han desaparecido, padre cura?

Este apuró el vaso de vino que tenía delante é hizo señas afirmativas con la cabeza.

—¡Caramba, padre cura!—exclamó el alférez sonriente, al pensar en la revancha;—desaparecen algunos pesos de vuestra reverencia y se despierta á mi sargento muy temprano para que los busque; desaparecen dos sacristanes y vuestra reverencia no dice nada; y usted, señor capitán... también usted...

Y no concluyó su frase, sino que se echó á reir, hundiendo su cuchara en la roja carne de una papaya silvestre.

El cura, todo confuso, contestó:

—Es que yo tengo que responder del dinero.

—¡Buena respuesta, reverendo pastor de almas!—interrumpió el alférez con la boca llena.—¡Buena respuesta, santo varón!

Ibarra quiso intervenir, pero el padre Salvi repuso con sonrisa forzada:

—¿Y sabe usted, señor alférez, qué se dice de la desaparición de esos chicos? ¿No? ¡Pues pregúnteselo usted á sus soldados!

—¿Cómo?—exclamó aquél perdiendo la alegría.

—Dícese que en la noche de la desaparición sonaron varios tiros.

—¿Varios tiros?—repitió el alférez mirando á los presentes.

Estos hicieron un movimiento de cabeza afirmativo.

El padre Salvi repuso entonces lentamente y con cruel burla:

—Vamos, veo que usted ni coge á los criminales ni sabe lo que hacen los de su casa, y quiere meterse á predicador y á enseñar á los otros su deber.

La vuelta de los criados, que no habían podido encontrar á la loca, hizo cambiar de conversación.

Terminada la comida y mientras se servía el té y el café, distribuyéronse jóvenes y viejos en varios grupos. Unos cogieron los tableros, otros los naipes, y las jovencitas, deseosas de saber el porvenir, prefirieron hacer preguntas á la *Rueda de la Fortuna*.

La repentina llegada de cuatro guardias civiles y un sargento, armados todos y con la bayoneta calada, turbó la alegría é introdujo el espanto en el círculo de las mujeres.

—¡Quieto todo el mundo!—gritó el sargento.—
¡Un tiro al que se mueva!

A pesar de esta brutal fanfarronada, Ibarra se levantó y se le acercó.

—¿Qué quiere usted?—preguntó.

—Que nos entregue ahora mismo un criminal

llamado Elías, que les servía de piloto esta mañana—contestó con tono de amenaza.

—¿Un criminal? ¿El piloto? ¡Debe usted estar equivocado!—repuso Ibarra.

—¡No, señor! Ese Elías está acusado de haber puesto la mano sobre un sacerdote.

—¡Ah! ¿y es el piloto?

—El mismo: usted admite en sus fiestas gente de mala fama, señor Ibarra.

Este le miró de pies á cabeza y le contestó con soberano desprecio:

—¡No tengo que darle á usted cuenta de mis acciones! En nuestras fiestas todo el mundo es bien recibido, y usted mismo que hubiera venido, habría encontrado un sitio en la mesa, como su alférez, que hace un momento estaba entre nosotros.

Y dicho esto le volvió la espalda.

El sargento se mordió los bigotes, y considerando que era la parte más débil, ordenó que buscasen entre los árboles al piloto, cuyas señas llevaba en un pedazo de papel. Don Filipo le decía:

—Note usted que esas señas convienen á las nueve décimas partes de los naturales; no vaya usted á dar un paso en falso.

Al fin volvieron los soldados diciendo que no habían podido ver hombre alguno que infundiera sospechas: el sargento balbuceó algunas palabras y se marchó como vino: ¡á lo guardia civil!

La alegría volvió poco á poco á renacer, llovieron las preguntas y abundaron los comentarios.

—¡Con que ese es el Elías que arrojó al alférez á un charco!—decía el exseminarista pensativo.

—Y ¿cómo fué eso, cómo fué eso?—preguntaban algunos curiosos.

—Dicen que un día muy lluvioso del mes de Septiembre se encontró el alférez con un hombre

que venía cargado de leña. La calle estaba muy encharcada y solamente en la orilla había un estrecho paso transitable para una persona. Dicen que el alférez, en vez de detener su caballo, picó espuelas, gritando al hombre que retrocediese: éste parece que tenía pocas ganas de desandar lo andado, por la carga que llevaba sobre el hombro, ó no quería hundirse en el charco y siguió adelante. El alférez, irritado, le quiso atropellar, pero el hombre cogió un trozo de leña, dió al animal en la cabeza con tal fuerza, que el caballo cayó, depositando al jinete en el lodazal. Dicen también que el hombre siguió tranquilo su camino, sin hacer caso de las cinco balas que desde el charco le envió una tras otra el alférez, ciego de furia y de lodo. Como el hombre era enteramente desconocido para él, se supuso que sería el célebre Elías, llegado á la provincia hacía algunos meses, sin saberse de dónde, y que se ha dado á conocer á los guardias civiles de algunos pueblos por hechos parecidos.

—¿Es un *tulisán*?—preguntó Victoria estremeciéndose.

—No lo creo, porque dicen que se ha batido una vez contra los tulisanes al querer éstos saquear una casa.

—¡No tiene cara de malhechor!—añadió Sinang.

—No, sólo que su mirada es muy triste: no le he visto sonreír en toda la mañana—repuso pensativa María Clara.

Así pasó la tarde, hasta que llegó la hora de volver al pueblo.

XV

La víspera de la fiesta

Estamos á diez de Noviembre, la víspera de la fiesta de San Diego.

En todo el pueblo reinaba una actividad extraordinaria; las ventanas se cubrían de banderas y damascos de varios colores; resonaban en el espacio detonaciones y músicas.

Las *dalagas* ordenaban diferentes confituras de frutas del país en dulceras de cristal, sobre mesitas cubiertas con blancos manteles bordados. En el corral cacareaban las gallinas y gruñían los cerdos, asustados con el desusado barullo. Los criados subían y bajaban, llevando doradas vajillas y cubiertos de plata. En todas partes se charlaba, se reía, se hacían comentarios y reinaba la mayor alegría. Y todo este afán y esta fatiga eran para obsequiar á los huéspedes, que quizás no habían visto nunca, ni volverían á ver.

Los ricos, los que han estado en Manila y han visto algo más que los otros, han comprado cerveza, champagne, licores, vinos y comestibles de Europa, de los que apenas probará un bocado ó beberá un trago. Su mesa está preparada lujosamente.

En medio hay una gran piña artificial, muy bien

imitada, en que clavan palillos para dientes, primorosamente cortados por los presidiarios en sus horas de descanso. Figuran abanicos, ramilletes de flores, aves, todo tallado de una sola pieza de madera. A los lados de esta piña, que llaman *palillera*, levántanse, sobre fruteros de cristal, pirámides de naranjas, *lanzones*, *ates*, *chicos* y también *mangas*, á pesar de ser el mes de Noviembre. Después, en anchos platonos, sobre papeles calados y pintados con brillantes colores, se ven jamones de Europa y de China, grandes pasteles en forma de *Agnus Dei* ó de paloma, pavos rellenos y otros manjares. Y entre los aperitivos, frescos de *acharas* con caprichosos dibujos hechos de la flor de *bonga*, y otras legumbres y frutas cortadas artísticamente y pegadas con almíbar á las paredes de los garrafones.

Límpianse los globos de vidrio, que han venido heredándose de padres á hijos; se hacen brillar los aros de cobre; se desnudan las lámparas de petróleo de sus fundas rojas, que las libran de moscas y mosquitos durante el año. Al mismo tiempo que estas venerandas lámparas, salen también de sus escondites las labores de las jóvenes: trabajos de *crochet*, alfombritas y flores artificiales; y aparecen antiguas bandejas de cristal, cuyo fondo figura un lago en miniatura con pececitos, caimanes, moluscos, algas, corales y rocas de vidrio de brillantes colores. Estas bandejas se llenan de puros, cigarrillos y diminutos *buyos*, torcidos por los delicados dedos de las solteras.

El suelo de la casa brilla como un espejo; cortinas de piña ó *jusi* adornan las puertas; de las ventanas cuelgan faroles de cristal ó de papel de colores; la casa se llena de plantas y tiestos colocados sobre pedestales de loza de China; hasta los santos y reliquias se engalanan, se les sacude el

polvo, se limpian los cristales y cuelgan de sus marcos ramilletes de flores.

En las calles, de trecho en trecho, se levantan caprichosos arcos de caña labrada de mil maneras, llamados *sinkabán*, rodeados de *kaluskús*, cuya sola vista alegra el corazón de los muchachos. Alrededor del patio de la iglesia está el grande y costoso entoldado, sostenido por troncos de caña, para que pase la procesión. Debajo de éste corren los chicos, saltan y rompen las nuevas camisas que les han hecho para el día de la fiesta.

Allá en la plaza se ha levantado el tablado, escenario de caña, nipa y madera: allí dirá maravillas la comedia de Tondo, y competirá con los dioses en milagros inverosímiles; allí cantarán y bailarán Marianito, Chananay, Balbino, Ratia, Carvajal, Yeyeng, Liceria y otros.

El filipino gusta del teatro y asiste con pasión á las representaciones dramáticas; oye silencioso el canto, admira el baile y la mímica; no silba, pero tampoco aplaude. ¿No le gusta la representación? pues masca su buyo ó se marcha sin turbar á los otros que acaso se divierten. Sólo algunas veces aulla el bajo pueblo cuando los actores besan ó abrazan á las actrices, pero no pasa de ahí. En otro tiempo se representaban únicamente dramas; el poeta del pueblo componía una pieza en que necesariamente había de haber combates cada dos minutos y metamorfosis terroríficas. Pero desde que los artistas de Tondo se pusieron á pelear cada quince segundos é hicieron cosas más inverosímiles aún, mataron á sus colegas provincianos. El gobernadorcillo, que era muy aficionado al teatro, escogió, de acuerdo con el cura, la comedia. «El príncipe Villardo ó los clavos arrancados de la infame cueva», pieza con magia y fuegos artificiales.

De tiempo en tiempo repican alegremente las campanas, las mismas campanas que diez días antes doblaban tan tristemente. Ruedas de fuego y morteretes atruenan el aire: el pirotécnico filipino, que aprendió su arte sin maestro ninguno conocido, va á desplegar sus habilidades, prepara toros, castillos de fuego con luces de Bengala, globos de papel inflados con aire caliente, bombas y cohetes.

¿Resuenan lejanos acordes? pues ya corren los muchachos precipitadamente hacia las afueras de la población para recibir á las bandas de música. Son cinco las alquiladas, además de tres orquestas. La música de Pagsanghan, propiedad del escribano, no debe faltar, ni la del pueblo S. P. de T., célebre porque la dirigía el maestro Austria, el vagabundo *Cabo Marino*, que lleva, según dicen, la fama y la armonía en el extremo de su batuta.

La música entra en el pueblo tocando alegres marchas, seguida de chicos medio desnudos; quien viste la camisa de su padre, quien los pantalones.

Entretanto, van llegando en carromatos, calestras ó coches, los parientes, los amigos, los desconocidos, los tahures con sus mejores gallos y sacos de oro, dispuestos á arriesgar sus fortunas sobre el tapete verde ó dentro de la *rueda* de la gallería.

—¡El alférez tiene cincuenta pesos cada noche! —murmura un hombre pequeñito y rechoncho al oído de los recién llegados; —capitán Tiago va á venir y pondrá banca; capitán Joaquín trae diez y ocho mil pesos. Habrá *liam-pó*. El chico Carlos pone también banca con un capital de diez mil pesos. De Tananan, Lipa y Batangas, así como de Santa Cruz, vienen grandes puntos. Se va á jugar en grande. Y ¿cómo está la familia?

—¡Bien, bien! ¡gracias! —contestaban los forasteros; —¿y el padre Dámaso?

—El padre Dámaso predicará por la mañana y tallará con nosotros por la noche.

—¡Mejor! ¡mejor! ¡No hay entonces peligro ninguno!

—¡Sí, sí, estamos seguros! El chino Carlos suelta además una buena propina.

Y el hombre rechoncho hizo ademán de contar con los dedos.

Fuera del pueblo, los montañeses, los *kasamá*, se ponen sus mejores trajes para llevar á casa de los socios capitalistas bien cebadas gallinas, jabalíes, venados, aves; éstos cargan en los pesados carros leña, frutas y las plantas más raras que crecen en el bosque; otros llevan *bigá* de anchas hojas y *tikas-tikas* de color de fuego para adornar las puertas de las casas.

Pero donde reina la mayor animación es en una especie de ancha meseta, á algunos pasos de la casa de Ibarra. Rechinan poleas, y se oyen confundidos con los gritos, el ruido metálico de la piedra que se pica y el chocar de los martillos. Cavan la tierra multitud de hombres y abren un ancho y profundo foso; otros ponen en fila piedras sacadas de las canteras del pueblo, descargan carros, amontonan arena, disponen tornos y cabrestantes.

—¡Aquí! ¡allá eso! ¡vivo!—gritaba un viejecillo de fisonomía animada é inteligente, que tenía por bastón un metro con cantos de cobre, al cual va arrollada la cuerda de una plomada. Era el maestro de obras, ñor Juan, arquitecto, albañil, carpintero, blanqueador, cerrajero, pintor, picapedrero y en ocasiones escultor.

—¡Es menester terminarlo hoy mismo! ¡Mañana no se puede trabajar y pasado es la ceremonia! ¡Vivo!

Y repetía á cada nuevo forastero que se acercaba lo que ya mil veces había dicho.

—¿Sabéis lo que vamos á construir? Pues es una escuela, modelo en su género, como las de Alemania, mejor aun. El plano lo ha trazado el arquitecto y yo dirijo la obra. Sí, señor, ved: esto va á ser un palacio con dos alas; una para los niños y otra para las niñas. Aquí en medio un gran jardín con tres surtidores: en los costados arboledas, pequeñas huertas para que los chicos siembren y cultiven plantas en las horas de recreo. Las niñas tendrán jardín con bancos, columpios, alamedas para el juego de la comba, surtidores y pajareras. ¡Esto va á ser magnífico!

Y *ñor* Juan se frotaba las manos, pensando en la fama que iba á adquirir dirigiendo aquella gran obra.

A alguna distancia de allí se veían dos kioskos, unidos entre sí por una especie de emparrado cubierto de hojas de plátano.

El maestro de escuela con unos treinta muchachos tejían coronas y sujetaban banderas á los delgados pilares de caña, cubiertos de lienzo blanco abollonado.

—¡Procurad que las letras estén bien escritas! —decía á los que dibujaban inscripciones;—va á venir el alcalde, asistirán muchos curas y quizás también el capitán general, que está en la provincia. Si ven que dibujáis bien os premiarán.

El proyecto de Ibarra de levantar una escuela había encontrado eco en casi todos. El cura había pedido apadrinar y bendecir él mismo la colocación de la primera piedra, ceremonia que tendría lugar el último día de la fiesta, siendo una de sus mayores solemnidades. El mismo coadjutor se había acercado tímidamente á Ibarra, ofreciéndole

cuantas misas le pagasen los devotos hasta la conclusión del edificio.

Estas y otras cosas más pasaban la víspera de la fiesta antes de ponerse el sol.

XVI

Al anochecer

En casa de Capitán Tiago se habían hecho también grandes preparativos. Su afición al fausto y su orgullo de manileño debían humillar en esplendidez á los provincianos. Otra razón había además que le obligaba á procurar eclipsar á los otros; estaban allí su hija María Clara y su futuro yerno, del cual hablaba todo el mundo con elogio.

En efecto: uno de los más serios periódicos de Manila le había dedicado un artículo en su primera plana, colmándole de alabanzas. Entre otras cosas le llamaba el *ilustrado joven y rico capitalista*; dos líneas más abajo, el *distinguido filántropo*; en el siguiente párrafo, el *alumno de Minerva que había ido á la Madre Patria para saludar el genuino suelo de las artes y de las ciencias*, y un poco más abajo, el *español filipino*. Capitán Tiago ardía en noble emulación y pensaba en levantar á su costa un convento.

Días antes habían llegado á la casa que habita-

ban María Clara y su tía Isabel, multitud de cajas de comestibles de Europa, espejos colosales, cuadros y el piano de la joven.

Capitán Tiago se presentó la víspera de la fiesta: al besarle su hija la mano le regaló un hermoso relicario de oro con brillantes y esmeraldas, conteniendo una astilla de la barca de San Pedro, donde se había sentado Nuestro Señor durante la pesca.

La entrevista con el futuro yerno no pudo ser más cordial; se habló naturalmente de la escuela, y Capitán Tiago propuso que se llamase escuela de San Francisco.

—¡Créame usted—decía;—San Francisco es un buen patrón. Si usted la llama escuela de Instrucción primaria no gana usted nada. ¿Quién es Instrucción primaria?

Llegaron algunas amigas de María Clara y la invitaron á salir á paseo.

—Vuelve pronto—dijo Capitán Tiago á su hija;—ya sabes que esta noche cena con nosotros el padre Dámaso, que acaba de llegar.

Y volviéndose á Ibarra que se había puesto pensativo, añadió:

—Cene usted también con nosotros; en su casa estará usted solo.

—Con muchísimo gusto, pero debo estar en casa por si van visitas—contestó balbuceando el joven, esquivando la mirada de María Clara.

—Traiga usted á sus amigos—replicó Capitán Tiago;—en mi casa siempre hay comida abundante... Quisiera, además, que usted y el padre Dámaso se entendiesen.

—¡Ya habrá tiempo para eso!—contestó Ibarra sonriendo con sonrisa forzada, y se dispuso á acompañar á las jóvenes.

Bajaron las escaleras.

María Clara iba en medio de Victoria é Iday; la tía Isabel seguía detrás.

La gente se apartaba respetuosa para abrirles paso. Clara estaba hermosísima; su palidez había desaparecido y sus labios sonreían dulcemente. Con esa amabilidad de la doncella feliz, saludaba á los antiguos conocidos de su niñez, hoy admiradores de su dichosa juventud. En menos de quince días había vuelto á recobrar aquella franca confianza, aquella charla infantil que parecían haberse alejargado entre los estrechos muros del beaterio.

Las casas principales comenzaban á iluminarse, y en las calles que recorría la música encendíanse las arañas de caña y madera, imitación de las de la iglesia.

Desde la calle, á través de las abiertas ventanas, se veía la gente bullir en las casas en medio de una atmósfera de luz y de los acordes de pianos y orquestas. Cruzaban las calles chinos, españoles, filipinos, vistiendo éstos ya el traje europeo, ya el del país. Confundíanse y codeábanse criados cargados de gallinas, estudiantes vestidos de blanco, hombres y mujeres, exponiéndose á ser atropellados por coches y calesas, que á pesar del *tabi* ó aviso de los conductores, difícilmente se abrían paso.

Delante de la casa de Capitán Basilio, algunos jóvenes saludaron á nuestros conocidos y los invitaron á que visitaran la casa. La alegre voz de Sinang, que descendía las escaleras corriendo, puso fin á toda excusa.

—Subid un momento para que yo pueda salir con vosotras. Me aburre estar entre tantos desconocidos, que sólo hablan de gallos y barajas.

Subieron. La sala estaba llena de gente. Algunos se adelantaron á saludar á Ibarra, y los demás

quedáronse extasiados contemplando la hermosura de María Clara. Algunas viejas murmuraban mientras mascaban buyo: «¡Parece la Virgen!»

Allí tuvieron que tomar chocolate. Capitán Basilio se había hecho íntimo amigo y defensor de Ibarra desde el día de la jira campestre.

Después de tomar el chocolate, nuestros jóvenes tuvieron que oír el piano, tocado por el pianista del pueblo.

—¿Quiere usted venir con nosotros esta noche? —preguntó Capitán Basilio al oído á Ibarra en el momento de despedirse.—El padre Dámaso va á poner una pequeña banca.

Ibarra se sonrió y no aseguró nada.

—¿Quién es ese?—preguntó María Clara á Victoria, señalando con una rápida mirada á un joven que las seguía.

—Ese... es un primo mío—contestó algo turbada.

—¿Y el otro?

—Ese no es primo mío—contestó vivamente Sinang.

Pasaron por delante de la casa parroquial, que por cierto no era de las menos animadas. Sinang no pudo contener una exclamación de asombro al ver que ardían las lámparas de una forma antiquísima que el padre Salví no dejaba nunca encender por no gastar petróleo. Oíanse gritos y sonoras carcajadas; veíase á los frailes pasear lentamente fumando ricos cigarros y lanzando bocanadas de humo. Los seculares que entre ellos estaban procuraban imitar cuanto hacían los buenos religiosos. Por el traje europeo que vestían, debían ser empleados ó autoridades de la provincia.

María Clara distinguió los abultados contornos del padre Dámaso al lado de la correcta silueta

del padre Sibyla. Inmóvil en su sitio estaba el misterioso y taciturno padre Salví.

—¡Está triste!—observó Sinang;—piensa en lo que le van á costar tantas visitas. Pero ya veréis como no lo paga él, sino los sacristanes.

—¡Sinang!—exclamó Victoria en tono de reprensión.

—No le puedo sufrir; yo ya no me confieso con él.

Entre todas las casas se distinguía una que ni estaba iluminada ni tenía las ventanas abiertas: era la del alférez. Extrañóse de ello María Clara.

—¡La bruja! ¡La musa de la Guardia civil, como la llaman!—exclamó la terrible Sinang.—¿Qué tiene ella que ver con nuestras alegrías? ¡Estará rabiando! Deja que venga el cólera y verás como da un convite.

—¡Pero Sinang!—volvió á exclamar su prima.

—Nunca la he podido sufrir, y menos desde que turbó nuestra fiesta con sus guardias civiles. A ser yo arzobispo, la casaba con el padre Salví... Mira que hacer prender al pobre piloto que se arrojó al agua por complacer...

No pudo concluir la frase: en el ángulo de la plaza, donde un ciego cantaba al son de una guitarra el romance de los peces, se presentaba un raro espectáculo.

Era un hombre cubierto con un ancho salakot de hojas de palma y vestido miserablemente. Consistía su traje en una levita hecha jirones y unos calzones anchos, como los de los chinos, rotos en diferentes sitios. Miserables sandalias calzaban sus pies. Su rostro quedaba todo en sombras, gracias á su salakot. Era alto y por sus movimientos debía creerse que era joven. Depositaba un cesto en tierra, y se alejaba después pronunciando soni-

dos extraños, incomprensibles; permanecía de pie completamente aislado, como si él y la muchedumbre se esquivasen mutuamente. Entonces acercábanse algunas mujeres á su cesta, depositaban frutas, pescado, arroz y otras viandas. Cuando ya no había nadie que se acercase, lanzaba otros sonidos menos lastimeros como en acción de gracias; recogía su cesta y se alejaba para repetir lo mismo en otro sitio.

María Clara preguntó llena de interés quién era aquel hombre.

—Es el lazarino—contestó Iday.—Hace cuatro años ha contraído esa enfermedad; unos dicen por cuidar á su madre, otros por haber estado en la prisión. Vive en el campo, cerca del cementerio de los chinos; no se comunica con nadie; todos huyen de él por temor de contagiarse. ¡Si vieras su choza! Es la choza de Giring-giring; el viento, la lluvia y el sol entran y salen como la aguja en la tela. Le han prohibido tocar nada que pertenezca á la gente. Un día cayó un chiquillo en el canal, y él, que pasaba por allí cerca, le ayudó á salir. Súpolo el padre, se quejó al gobernadorcillo y éste le mandó dar seis azotes en medio de la calle, quemando después el bejuco. ¡Aquello era atroz! El lazarino corría, el azotador le perseguía y el gobernadorcillo le gritaba: ¡Aprende! ¡Más vale que uno se ahogue que enferme como tú!

—¡Es verdad!—murmuró María Clara.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, acercóse rápidamente á la cesta del desgraciado y depositó en ella el relicario que acababa de regalarle su padre.

—¿Qué has hecho?—le preguntaron sus amigas.

—¡No tenía otra cosa!—contestó disimulando con una sonrisa las lágrimas de sus ojos.

—¿Y qué va él á hacer con tu relicario?—le dijo

Victoria.—Un día le dieron dinero, pero con una caña lo alejó de sí. ¿Para qué lo quería si nadie acepta nada que venga de él? ¡Si el relicario pudiera comerse!

María Clara miró con envidia á las mujeres que vendían comestibles, y se encogió de hombros. Pero el leproso se acercó á la cesta, cogió la alhaja que brilló entre sus manos, se arrodilló, la besó y después, descubriéndose hundió la frente en el polvo que la joven había pisado.

María Clara ocultó el rostro detrás de su abanico y se llevó el pañuelo á los ojos.

Entretanto se había acercado una mujer al desgraciado, que parecía orar. Traía la larga cabellera suelta y desgredada, y á la luz de los faroles se vieron las facciones extremadamente demacradas de la loca Sisa.

Al sentir su contacto, el lazarino lanzó un grito y se levantó de un salto. Pero la loca se agarró á su brazo, con gran horror de la gente, y decía:

—¡Recemos, recemos! ¡Hoy es el día de los muertos! ¡Recemos por mis hijos!

—¡Separadla, que se va á contagiar la loca!

Pero nadie se atrevía á acercarse.

—¿Ves aquella luz en la torre? ¡Aquella es mi hijo Basilio que baja por una cuerda! ¿Ves aquella allá en el convento? Aquella es mi hijo Crispín; pero yo no voy á verlos porque el cura está enfermo y tiene muchas onzas y las onzas se pierden. ¡Recemos, recemos por el alma del cura! Yo le llevaba amargoso y zarzalidas; mi jardín estaba lleno de flores y tenía dos hijos.

Y soltando al leproso se alejó cantando:

—¡Yo tenía jardín y flores; yo tenía hijos, jardín y flores!

—¿Qué has podido hacer por esa pobre mujer?
—preguntó María Clara á Ibarra.

—¡Nada! Estos días había desaparecido del pueblo y no se la podía encontrar—contestó el joven.
—He estado además muy ocupado, pero no te aflijas; el cura prometió ayudarme, recomendándome mucho tacto y sigilo, pues parece que se trata de la Guardia civil. ¡El cura parece que se interesa mucho por ella!

—¿No decía el alférez que haría buscar á los niños?

—¡Sí, pero entonces estaba un poco... bebido!
Apenas acababa de decir esto, cuando vieron á la loca, arrastrada más bien que conducida por un soldado. Sisa oponía resistencia.

—¿Por qué la prendéis? ¿Qué ha hecho?—preguntó Ibarra.

—¿Qué? ¿No habéis visto cómo ha alborotado?
—contestó el custodio de la pública tranquilidad.

El leproso recogió precipitadamente su cesto y se alejó.

María Clara quiso retirarse, pues había perdido la alegría y el buen humor.

Al llegar á la puerta de su casa sintió aumentarse su tristeza al ver que su novio se negaba á subir y se despedía.

—¡Es necesario!—decía el joven.

María Clara subió las escaleras, enjugándose con el bordado pañuelo de piña las lágrimas que brotaban de sus hermosos ojos negros.

XVII

Correspondencias

No habiendo sucedido nada importante á nuestros personajes, prescindiríamos de la descripción de las fiestas, si no considerásemos que acaso algún lector extranjero desea conocer cómo se celebran aquéllas en Filipinas. Para esto copiaremos al pie de la letra varias cartas, una de ellas la del corresponsal de un importante periódico de Manila.

El digno corresponsal escribía así:

«Señor Director:

»Jamás presencié ni espero ver en Manila fiesta religiosa tan solemne, espléndida y conmovedora como la que se celebró en este pueblo por los muy reverendos y virtuosos padres franciscanos.

»La concurrencia fué grandísima; aquí he tenido la dicha de saludar á casi todos los españoles residentes en esta provincia, á tres reverendos padres de la provincia de Batangas, á dos dominicos, uno de ellos el muy reverendo padre fray Hernando de la Sibyla, que ha venido con su presencia á honrar este pueblo, lo cual no deben olvidar jamás sus dignos habitantes. He visto también á gran

número de principales de Cavite y Pampaga, á muchos ricos de Manila. Acudieron muchas bandas de música, entre ellas la de Pagsanjan, propiedad del señor escribano don Miguel Guevara, y multitud de chinos é indios, que con la curiosidad que caracteriza á los primeros y religiosidad de los últimos, esperaban con ansia el día en que había de celebrarse la solemne fiesta, para asistir al espectáculo cómico, mímico, lírico, coreográfico y dramático, para cuyo fin se había levantado un gran tablado en medio de la plaza.

»A las nueve de la noche del día 10, la víspera de la fiesta, después de la opípara cena con que nos obsequió el hermano mayor, llamaron la atención de cuantos españoles y frailes estábamos en el convento los acordes de dos músicas, que, con acompañamiento de apiñada multitud y al ruido de cohetes y bombazos y precedidas por los principales del pueblo, venían á buscarnos para conducirnos al sitio preparado para nosotros, á fin de que pudiésemos presenciar el espectáculo.

»Tuvimos que ceder á tan galante ofrecimiento, por más que yo hubiera preferido descansar en brazos de Morfeo y dar grato reposo á mis miembros doloridos, gracias á las sacudidas del vehículo que nos proporcionó el gobernadorcillo del pueblo de B.

»Bajamos, pues, y fuimos á buscar á nuestros compañeros, que cenaban en la casa que aquí tiene el piadoso y opulento don Santiago de los Santos. El cura del pueblo, fray Bernardo Salví, fray Dámaso Verdolagas, que ya está por especial favor del Altísimo restablecido de la dolencia que mano impía sobre él causara, en compañía de fray Hernando de la Sibyla y el virtuoso cura de Tananan, con otros españoles más, eran los invitados en casa

del Creso filipino. Allí hemos tenido la dicha de admirar, no solamente el lujo y el buen gusto de los dueños de la casa, que no es común entre los naturales, sino también á la bellísima y rica heredera, que demostró ser una consumada discípula de Santa Cecilia, tocando en su elegante piano, con una maestría que me hizo recordar á la Gálvez, las mejores composiciones alemanas é italianas. Lástima que tan perfecta señorita sea tan excesivamente modesta y oculte sus méritos á la sociedad, que para ella sólo tiene admiradores. No debo dejar en el tintero que en casa del anfitrión nos hicieron tomar champaña y finos licores con la profusión y esplendidez que caracterizan al conocido capitalista.

»Asistimos al espectáculo. Ya conoce usted á nuestros artistas Ratia, Carvajal y Fernández; sus gracias sólo fueron comprendidas por nosotros, pues la clase no ilustrada no pescó de ello ni una jota. A los indios, sobre todo al gobernadorcillo, gustó mucho la comedia tagala: este último se frotaba las manos y nos decía que era una lástima que no hubiesen hecho pelear á la princesa con el gigante que la había robado.

»Excuso decirle que durante el espectáculo no permitió que faltase nada la amabilidad del Rothschild filipino: sorbetes, limonadas, refrescos, dulces y vinos de todas clases, corrían con profusión entre los que estábamos allí. Notóse mucho la ausencia del conocido é ilustrado joven don Juan Crisóstomo Ibarra que, como usted sabe, debe mañana presidir la bendición de la primera piedra para el gran monumento que tan filantrópicamente hace levantar. Este digno descendiente de los Pelayos y Elcanos (pues, según he sabido, uno de sus abuelos paternos era de nuestras heroicas y nobles

provincias del Norte, acaso uno de los primeros compañeros de Magallanes ó Legazpi) tampoco se dejó ver en el resto del día á causa de un pequeño malestar. Su nombre corre de boca en boca y sólo lo pronuncian con alabanzas.

»Hoy 11 por la mañana presenciarnos un espectáculo altamente conmovedor. Este día es la fiesta de la Virgen de la Paz, y la celebran los hermanos del Santísimo Rosario. Mañana será la fiesta del patrón San Diego y toman parte en ella principalmente los Hermanos de la V. O. T. Entre estas dos corporaciones hay una emulación piadosa para servir á Dios, y esta piedad llega hasta el extremo de provocar santos disgustos entre ambas, como sucedió últimamente por disputarse el gran predicador de reconocida fama, el tantas veces nombrado fray Dámaso, que ocupará mañana la cátedra del Espíritu Santo, pronunciando un sermón que será, según creencia general, un acontecimiento religioso y literario.

»Pues, como íbamos diciendo, presenciarnos un espectáculo altamente edificante y conmovedor. Seis jóvenes religiosos, tres que debían decir misa y los otros tres de acólitos, salieron de la sacristía, y postrados ante el altar, entonó el celebrante, que era fray Hernando de la Sibyla, el *Surge Domine* con que debía empezar la procesión alrededor de la iglesia, con aquella magnífica voz y religiosa unción que todo el mundo le reconoce y le hacen tan digno de la admiración general. Terminado el *Surge Domine*, el gobernadorcillo, vestido de frac, con el guión, seguido de cuatro acólitos con incensarios, empezó la procesión. Tras ellos iban los ciriales de plata, la municipalidad, las preciosas imágenes vestidas de raso y oro, representando á Santo Domingo, San Diego y la Virgen de la Paz,

con un magnífico manto azul bordado de plata, regalo del virtuoso exgobernadorcillo don Santiago de los Santos. Todas estas imágenes iban en carros de plata. Tras estas imágenes íbamos los españoles y los otros religiosos: el oficiante caminaba protegido por un palio que llevaban los cabezas de barangay, y cerraba la procesión el benemérito cuerpo de la Guardia civil. Creo inútil decir que una multitud de indios formaban las dos filas de la procesión, llevando con gran piedad cirios encendidos. La música tocaba religiosas marchas, y al mismo tiempo se oía el estrépito de las bombas y de las ruedas de fuego.

»Terminada la procesión, se dió principio á la misa, ejecutada por la orquesta y los artistas del teatro.

»Concluída la ceremonia religiosa, subimos al convento juntamente con los principales del pueblo y otras personas de importancia, donde fuimos obsequiados con la finura, atención y prodigalidad que caracterizan al padre Salví.

»Durante el día no faltó nada para hacer alegre la fiesta y para conservar la animación característica de los españoles, que en ocasiones tales no les es posible contenerse, demostrando ya con canciones ó bailes que las penas no les abaten y que basta se reúnan en un sitio dado tres de ellos para que la tristeza y malestar de allí se ausenten. Rindióse, pues, culto á Terpsícore en muchas casas, pero principalmente en la del ilustrado millonario filipino, adonde fuimos todos invitados á comer. Excuso decirle á usted que el banquete, brillantemente servido, fué la segunda edición corregida y aumentada de las famosas bodas de Camacho. Mientras gozábamos de los placeres de la mesa, tocaba la orquesta armoniosas melodías. La hermosa seño-

rita de la casa lucía un traje de mestiza y valiosos brillantes, y fué como siempre la reina de la fiesta. Todos deploramos en el fondo de nuestra alma que una ligera torcedura de su lindo pie la haya privado de los placeres del baile, pues si hemos de juzgar por las perfecciones que en todo demuestra, la señorita de los Santos debe bailar como una sílfide.

»Su afectísimo amigo q. b. s. m.,

EL CORRESPONSAL:»

Esto escribía el bueno del corresponsal. Veamos ahora lo que escribía Capitán Martín á su amigo Luis Chiquito.

«Querido Choy:

»Ven corriendo si puedes, que la fiesta es muy alegre; figúrate que Capitán Joaquín está casi desbancado. Capitán Tiago le ha doblado tres veces y las tres en puerta, con lo que Cabezang Manuel, el dueño de la casa, está loco de contento. El padre Dámaso rompió de un puñetazo una lámpara, porque hasta ahora no ha ganado una carta; el cónsul ha perdido con sus gallos y en la banca todo lo que nos ha ganado en la fiesta de Biñang en el Pilar de Santa Cruz.

»Esperábamos que Capitán Tiago nos trajese á su futuro yerno, el rico heredero de don Rafael, pero parece que quiere imitar á su padre, porque ni siquiera se ha dejado ver.

»El chino Carlos está haciendo una gran fortuna con el *liam-pó*; sospecho que lleva algo oculto, tal vez un imán; se queja continuamente de dolores de cabeza, que lleva vendada, y cuando el cubo

del *liam-pó* se para poco á poco, se inclina casi hasta tocarle, como si quisiese observarlo bien. Estoy escamado, porque sé otras historias parecidas.

»Adiós, Choy; mis gallos van bien y mi mujer está alegre y se divierte.

»Tu amigo,

MARTÍN ARISTORENAS.»

Ibarra había recibido también un billetito perfumado, que Andeng, la hermana de leche de María Clara, le había entregado.

«Crisóstomo:

»Hace dos días que no te dejas ver; he oído que estás algo enfermo; he rezado por ti y encendido dos cirios, por más que papá dice que no estás enfermo de gravedad. Anoche y hoy me han aburrido mandándome tocar el piano é invitándome á bailar. ¡No sabía que hubiese tantos fastidiosos! Si no fuera por el padre Dámaso, que procura distraerme, me hubiera encerrado en mi cuarto. Escribeme. Te envío á Andeng para que te cuide. Si no vienes mañana tampoco iré yo á la ceremonia.

MARÍA CLARA.»

XVIII

La mañana

Las bandas de música tocaron diana á los primeros albores de la aurora, despertando con aires alegres á los fatigados vecinos del pueblo.

La vida y la animación renacieron, las campanas volvieron á repicar y las detonaciones comenzaron.

Era el último día de la fiesta. Se esperaba ver mucho más que el día anterior. Los hermanos de la V. O. T. eran más numerosos que los del Santísimo Rosario, y sus cofrades sonreían piadosamente, seguros de humillar á sus rivales. Habían comprado mayor número de velas. Los chinos cereros habían hecho su Agosto, y en agradecimiento, pensaban bautizarse. Algunos aseguraban, sin embargo, que no hacían esto por fe en el catolicismo, sino por el deseo de tomar mujer.

La gente engalanóse con sus mejores trajes y sacaron del fondo de las arquillas las más ricas alhajas. Hasta los tahures y jugadores lucían bordadas camisas con botones de gruesos brillantes, pesadas cadenas de oro y blancos sombreros de jipijapa.

El patio de la iglesia estaba lleno de gente: hombres y mujeres, viejos y niños, vestidos con sus mejores trajes, entraban y salían por las estrechas puertas. Olía á pólvora, á flores y á incienso; bombas, cohetes y buscapiés hacían correr y gritar á las mujeres y reír á los chiquillos. Una banda de música tocaba delante del convento: otras recorrían las calles, donde ondeaban multitud de banderas. Las campanas no cesaban de repicar; cruzábanse coches y calesas, cuyos caballos á veces se espantaban encabritándose y poniéndose de manos, lo cual, aunque no figuraba en el programa de la fiesta, constituía un espectáculo gratis de los más interesantes.

El Hermano Mayor de este día había enviado sus criados á la calle para que invitasen á todo el que pasase, imitando de este modo á un personaje bíblico. Se invitaba casi á la fuerza á tomar chocolate, café y dulces.

Iba á celebrarse la misa mayor, la misa que llaman de dalmática, como la de que había hablado el corresponsal del periódico de Manila, sólo que ahora el celebrante sería el padre Salví, y entre las personas que iban á oírla estaría el alcalde de la provincia con otros muchos españoles y gente ilustrada, deseosa de escuchar el sermón del padre Dámaso.

Tal fama tenía el padre Dámaso, que ya el corresponsal había escrito de antemano al director del periódico lo siguiente:

«Como le había anunciado á usted en mis mal pergeñadas líneas de ayer, hemos tenido la especial dicha de oír al muy reverendo padre Dámaso Verdolagas, antiguo cura de este pueblo, trasladado hoy á otro más importante en premio de sus buenos servicios. El insigne orador sagrado ocupó la

cátedra del Espíritu Santo, pronunciando un elocuentísimo sermón», etc., etc.

El confiado corresponsal por poco no se ve obligado á borrar cuanto había escrito. El padre Dámaso se quejaba de cierto ligero catarro que había cogido la noche anterior.

Después de cantar unas alegres peteneras había cometido la imprudencia de meter entre pecho y espalda tres vasos de sorbete, que lo habían dejado casi afónico. A consecuencia de esto quería renunciar á ser el intérprete de Dios para con los hombres, pero no encontrándose otro que se hubiese aprendido la vida y milagros de San Diego, no tuvo más remedio que subir al púlpito. Antes, sin embargo, su antigua ama de llaves le untó pecho y cuello con unguentos y aceites, le envolvió en paños templados y le sobó de lo lindo. Aquella mañana, el buen fraile sólo tomó para desayunarse un vaso de leche, una taza de chocolate y una docenita de bizcochos, renunciando heroicamente á su acostumbrado pollo frito y á su medio queso de la Laguna, porque, según el ama, pollo y queso tenían sal y grasa y podrían provocar la tos.

—¡Todo por ganar el cielo y convertirnos!—decían conmovidas las hermanas de la V. O. T. al enterarse de estos sacrificios.

—¡La Virgen de la Paz le castiga!—murmuraban las hermanas del Santísimo Rosario, que no le podían perdonar el haberse inclinado del lado de sus enemigas.

A las ocho y media salió la procesión á la sombra del entoldado de lona. Era por el estilo de la del día anterior, si bien había una novedad: la Hermandad de la V. O. T. Viejos y viejas iban ataviados con largos hábitos de *guingón*. El hábito de los pobres era de tela basta, y el de los ricos de seda

ó de guingón franciscano, llamado así por usarlo los frailes. Todos aquellos sagrados hábitos venían del convento de Manila, donde el pueblo los adquiría á *prix fixe*, si se permite la frase. Este precio fijo podía aumentarse, pero no disminuirse. Además de estos hábitos, vendíanse también otros en el mismo convento y en el monasterio de Santa Clara, que poseían la gracia especial de procurar muchas indulgencias á los muertos que se amortajaban con ellos y la gracia más especial aún de ser más caros cuanto más viejos, raídos é inservibles estaban. Escribimos esto por si algún piadoso lector necesita de tales reliquias sagradas, ó algún tuno trapero de Europa quiere hacer fortuna llevándose á Filipinas un cargamento de hábitos zurcidos y mugrientos, pues llegan á venderse á más de diez y seis pesos.

San Diego de Alcalá iba en un carro adornado con planchas de plata repujada. El santo tenía una expresión severa y majestuosa, á pesar del abundante cerquillo rizado como el de los negritos. Su vestidura era de raso bordado de oro.

Seguía nuestro venerable padre San Francisco y después la Virgen. El sacerdote que iba debajo del palio era esta vez el padre Salví y no el elegante padre Sibyla. Si al primero le faltaba hermoso continente, le sobraba en cambio unción. Llevaba las manos juntas en actitud mística, los ojos bajos y el cuerpo medio encorvado. El coadjutor, de sobrepelliz, iba de un carro á otro agitando el incensario, con cuyo humo regalaba el olfato del cura, que cada vez se ponía más serio.

Así marchaba la procesión, lenta y pausadamente, al son de las bombas, cantos y religiosas melodías lanzadas al aire por las bandas de música, que segufan detrás de cada carro.

Frente á una casa en cuyas ventanas, adornadas de vistosas colgaduras, se asomaban el alcalde, Capitán Tiago, María Clara, Ibarra, varios españoles y señoritas, detúvose la comitiva. El padre Salví levantó la vista, pero no hizo el más pequeño gesto que demostrase saludo: únicamente se irguió, y entonces la capa pluvial cayó sobre sus hombros con cierta elegancia.

En la calle, debajo de la ventana, había una joven de rostro simpático, vestida con mucho lujo, llevando en sus brazos un niño de corta edad. Nodriza ó niñera debía ser, pues el chico era blanco y rubio y ella morena, y sus cabellos más negros que el azabache.

Al ver al cura, extendió el tierno infante sus manecitas sonriendo alegremente y gritó balbuceando en medio de un breve silencio:

—¡Papá! ¡papaíto!

La joven se estremeció, puso precipitadamente su mano en la boca del niño y alejóse llena de confusión.

El niño prorrumpió entonces en amargo llanto, á la par que continuaba gritando de un modo desesperado:

—¡Papá! ¡papaíto!

Los maliciosos hicieron un guiño picaresco, y los españoles testigos de la corta escena sonrieron benévolaemente. La habitual palidez del padre Salví trocóse entonces en encendido color.

XIX

El sermón

El padre Dámaso atravesó la multitud, precedido de dos sacristanes y seguido de otro fraile que llevaba un gran cuaderno. Desapareció al subir la escalera de caracol, pero pronto reapareció su redonda cabeza, después del grueso cogote, seguido inmediatamente de su cuerpo. Miró á todas partes con seguridad, lanzando una tosecilla; vió á Ibarra: un pestañeo particular dió á entender que no se olvidaría de él en sus oraciones; después dirigió una mirada de satisfacción al padre Sibyla y otra de desdén al padre Manuel Martín, el predicador del día anterior. Concluída esta revista, volvióse disimuladamente al compañero, diciéndole: «¡Atención, hermano.» Este abrió el cuaderno.

Fray Dámaso empezó lentamente, pronunciando á media voz:

«Et spirituum tuum bonum dedisci, qui doceret eos, et manna tuum non prohibuisti ab ore eorum, et aquam dedisti eis in siti.» «Y les diste tu espíritu bueno para que los enseñase y no quitaste tu maná de su boca y les diste agua en su sed.»

«Palabras que dijo el Señor por boca de Esdras, libro II, cap. IX, vers. 20.»

El padre Sibyla miró sorprendido al predicador; el padre Manuel Martín palideció y tragó saliva: el discurso iba á ser mejor que el suyo.

Sea que fray Dámaso lo notara ó estuviese aún ronco, es el caso que tosió varias veces, poniendo ambas manos sobre el antepecho de la santa tribuna. El Espíritu Santo estaba sobre su cabeza, acabado de pintar, blanco, limpio, con las patitas y el pico color de rosa.

«¡Excelentísimo señor (al alcalde), virtuosísimos sacerdotes cristianos, hermanos en Jesucristo!»

Aquí hizo solemne pausa, paseando de nuevo sus miradas por el auditorio, cuya atención y recogimiento le satisficieron.

La primera parte del sermón debía de ser en castellano y la segunda en tagalo: *loquebantur omnes linguas*.

Después de la pausa extendió majestuosamente la mano derecha hacia el altar, fijando la vista en el alcalde; luego se cruzó los brazos lentamente sin decir una palabra, pero, pasando de esta calma á la movilidad, echó hacia atrás la cabeza, señaló hacia la puerta mayor, cortando el aire con el borde de la mano con tanto ímpetu, que los sacristanes interpretaron el gesto por un mandato y cerraron las puertas; el alférez se inquietó y estuvo dudando sobre si salir ó quedarse, pero ya el predicador empezaba á hablar con voz fuerte, llena y sonora. Decididamente la antigua ama era inteligente en medicina.

«Esplendoroso y relumbrante es el altar; el aire es el vehículo de la santa palabra divina que brotará de mi boca; oíd, pues, con los oídos del alma y del corazón para que las palabras del Señor no caigan en terreno pedregoso y las coman las aves del infierno, sino que crezcan y broten como una

santa simiente en el campo de nuestro venerable y seráfico padre San Francisco! Vosotros, grandes pecadores, cautivos de los moros de la vida eterna en poderosas embarcaciones, vosotros que estáis cargados con los grilletes de la lascivia y concupiscencia y remáis en las galeras de Satán infernal, ved ahí, con reverente compunción, al que rescata las almas de la cautividad del demonio, al esforzado David, al victorioso Roldán del cristianismo, al guardia civil celestial, más valiente que todos los guardias civiles juntos, habidos y por haber—el alférez arruga el ceño,—que sin más arma que una cruz de palo vence con denuedo al eterno *tulisán* de las tinieblas y á todos los secuaces de Luzbel, y habría extirpado á todos para siempre si los espíritus no fuesen inmortales. Esta maravilla de la creación divina, este portento, es el bienaventurado Diego de Alcalá.»

Los rudos indios, según expresión del correspondal, no pescaron del párrafo otra cosa que las palabras *guardia civil, tulisán, San Diego y San Francisco*; observaron la mala cara que había puesto el alférez y el gesto belicoso del predicador y dedujeron que le regañaba á aquél porque no perseguía á los malhechores. San Diego y San Francisco se encargarían de ello, como ya había hecho éste último en otro tiempo, según atestiguaba una pintura existente en el convento de Manila, en que San Francisco, con sólo su cordón, había contenido la invasión china de los primeros años del descubrimiento. Alegráronse, pues, no poco los devotos, agradeciendo á Dios esta ayuda, y no dudando que una vez desaparecidos los tulisanes, San Francisco destruiría también á los guardias civiles. Redoblaron, pues, la atención escuchando al padre Dámaso, que continuó:

«¡Humilde y recogido santo, tu cruz de palo—la que tenía la imagen era de plata,—tu modesto hábito honra al gran Francisco, de quien somos hijos é imitadores! Nosotros propagamos tu santidad en todo el mundo, en todas las ciudades y todos los pueblos, sin distinguir el blanco del negro, sufriendo abstinencias y martirios: tu santa fe que sostiene al mundo en equilibrio y le impide que caiga en el abismo de la perdición.»

Los oyentes, hasta el mismo Capitán Tiago, bostezaban y se aburrían. María Clara no atendía al sermón; sabía que Ibarra estaba cerca y pensaba en él, mientras miraba abanicándose el toro de uno de los evangelistas, que tenía todas las trazas de un pequeño carabao.

«Todos debíais saber de memoria las Santas Escrituras, la vida de los santos, y así no tendría yo que predicaros, pecadores; debíais saber cosas tan importantes y necesarias como el padrenuestro, que muchos de vosotros habéis olvidado viviendo como herejes, que no respetan á los ministros de Dios, ¡como los chinos! ¡Os vais á condenar si antes de la muerte no hacéis méritos suficientes para salvaros!»

—¡Abá cosa ese pale Dámaso, ese!—murmuró el chino Carlos mirando con ira al predicador, que seguía improvisando, desencadenando una serie de apóstrofes é imprecaciones:

«¡Moriréis en la impenitencia final, raza de herejes! ¡Dios os castiga ya desde esta tierra con cárceles y prisiones! Las mujeres debían huir de vosotros, los gobernantes os deberían ahorcar á todos, para que no se extienda la semilla de Satanás en la viña del Señor!... Jesucristo dijo: «Si tenéis un miembro malo que os induce al pecado, cortadlo, arrojadlo al fuego...»

Fray Dámaso estaba nervioso, había olvidado su sermón y su retórica.

—¿Oyes?—preguntó un joven estudiante de Manila á su compañero.—¿Te lo cortas?

—¡Ca! ¡Que lo haga él antes!—contestó el otro señalando al predicador.

Ibarra estaba inquieto. No oía nada ni veía á María Clara, que ahora, para distraer su aburrimiento, contemplaba el cuadro de las benditas ánimas del purgatorio, almas en forma de hombres y mujeres en cueros, con mitras, capelos y tocas, asándose en el fuego y agarrándose al cordón de San Francisco, que á pesar de tanto peso no se rompía.

El espíritu santo fraile, con aquella improvisación, había perdido el hilo del sermón y saltado tres largos párrafos, apuntando mal el padre Dámaso.

Todos se arrodillaron, levantando un murmullo como el zumbido de mil moscardones. El alcalde dabló trabajosamente una rodilla, moviendo la cabeza disgustado; el alférez estaba pálido y contrito.

Entretanto el padre Dámaso, en vez de rezar el avemaría, reñía á su espíritu santo por haber saltado tres de sus mejores párrafos, y tomaba dos merengues y un vaso de Málaga, seguro de encontrar en ellos mayor inspiración que en todos los espíritus santos, ya fuesen de madera en figura de paloma, ya de carne bajo la forma de un distraído fraile. Iba á empezar con el sermón tagalo.

El padre Dámaso improvisaba en este idioma, no porque lo poseyese mejor, sino porque, teniendo á los filipinos de provincias por ignorantes en retórica, no temía cometer disparates delante de ellos.

Empezó con un *maná capatir con cristiano*, al que siguió una avalancha de frases intraducibles; habló del alma del infierno, del *mahal na santo pintacasi*, de los pecadores indios y de los virtuosos padres Franciscanos.

—¡Menche!—dijo uno de los irreverentes estudiantes manileños á su compañero;—eso está en griego para mí; yo me voy.

Y viendo cerradas las puertas, se salió por la sacristía, con gran escándalo de la gente y del predicador, que se puso pálido y se detuvo á la mitad de una frase; algunos esperaban un violento apóstrofe; pero el padre Dámaso se contentó con seguirle con la vista y prosiguió su sermón.

Se desencadenó en maldiciones contra el siglo, contra la falta de respeto y la naciente irreligiosidad. Este asunto parecía su fuerte, pues se mostraba inspirado y se expresaba con energía y claridad. Habló de los pecadores que no se confiesan, que mueren en las cárceles sin sacramentos, de familias malditas, de *mesticillos* orgullosos, de jóvenes *sabihondos*, *filosofillos* ó *pilosopillos*, *abogadillos* y *estudiantillos* pedantes.

Ibarra lo oía todo y comprendía las alusiones. Conservaba no obstante su aparente tranquilidad.

Entretanto, el entusiasmo del predicador subía por grados. Hablaba de los antiguos tiempos en que todo filipino al encontrar á un sacerdote se descubría, doblaba una rodilla en tierra y le besaba la mano.—«Pero ahora—añadía—sólo os quitáis el *salakot* ó el sombrero de castorillo, que colocáis medio ladeado sobre vuestra cabeza para no desarreglar el peinado. Os contentáis con decir: buenos días, *among*, y hay orgullosos estudiantillos que por haber estudiado en Manila ó en Europa se creen con derecho á estrecharnos la mano, en

lugar de besarla... ¡Ah! el día del juicio pronto viene, el mundo se acaba, muchos santos lo han profetizado, va á llover fuego, piedra y ceniza para castigar vuestra soberbia!»

Y exhortaba al pueblo á que no imitase á esos *salvajes*, sino que huyese de ellos y los aborreciese, porque estaban excomulgados.

«¡Oíd lo que dicen los santos concilios!—decía.—Cuando un indio encontrase en la calle á un cura, doblará la cabeza y ofrecerá el cuello para que el *among* se apoye en él; si el cura y el indio van á caballo, entonces el indio se parará, se quitará el *salakot* ó sombrero reverentemente; en fin, si el indio va á caballo y el cura á pie, el indio bajará del caballo y no volverá á montar hasta que el cura le diga *sulung* ó esté ya muy lejos. Esto dicen los santos concilios, y el que no obedezca estará excomulgado.»

—¿Y cuando uno monta un carabao?—pregunta un escrupuloso labriego á su vecino.

—Entonces... sigue adelante!—contesta éste, que era un casuista.

Pero á pesar de los gritos y gestos del predicador, muchos se dormían ó distraían, pues aquel discurso era el mismo de siempre. En vano algunas devotas trataron de suspirar y lloriquear por los pecados de los impíos, pues tuvieron que desistir de su empresa, porque no hubo quien les hiciese coro. La misma hermana Puté pensaba todo lo contrario. Un hombre sentado á su lado se había dormido de tal manera, que se cayó sobre ella, descomponiéndole el hábito; la buena anciana cogió su zueco y á golpes empezó á despertarle, gritando:

—¡Quita, salvaje, demonio, carabao, perro, condenado!

Movióse un tumulto, como era consiguiente. Paróse el predicador, levantó las cejas sorprendido de tamaño escándalo. La indignación ahogó la palabra en su garganta y sólo consiguió pronunciar algunas palabras incoherentes, golpeando con los puños la tribuna.

—«¡Aaah! ¡Aaah!—pudo al fin exclamar el indignado sacerdote cruzando los brazos y agitando la cabeza;—para eso os estoy predicando toda la mañana, salvajes! ¡Aquí en la casa de Dios reñís y decís malas palabras, desvergonzados! ¡Aaah! ¡ya no respetáis nada! ¡Esta es la obra de la lujuria é incontinencia del siglo! Ya lo decía yo: ¡aaah!»

Y sobre este tema siguió predicando por espacio de media hora. El alcalde roncaba; María Clara cabeceaba: la pobrecita no podía resistir el sueño, no teniendo ya ninguna pintura ni imagen que analizar ni con qué distraerse. A Ibarra ya no le hacían mella las alusiones; pensaba ahora en una casita en la cima de un monte, donde soñaba ser feliz con María Clara. ¡Que en el fondo del valle se arrastrasen los hombres y viviesen en sus miserables pueblos!

El padre Salví había hecho tocar dos veces la campanilla, pero esto era poner leña al fuego: fray Dámaso era terco y prolongaba más el sermón. Fray Sibyla se mordía los labios y arreglaba repetidas veces sus anteojos de cristal de roca montados en oro. Fray Manuel Martín era el único que parecía escuchar con placer, pues estaba sonriente.

Por fin se cansó el orador y bajó del púlpito.

Todos se arrodillaron para dar gracias á Dios. El alcalde se restregó los ojos, extendió un brazo, como para desperezarse, soltando un *aaah* profundo y bostezando.

Continuó la misa.

Cuando al cantar Balbina y Chananal el *Incar-natus est* todos se arrodillaban, un hombre murmuró al oído de Ibarra:

—En la ceremonia de la bendición no os alejéis del cura, no descendáis al foso, no os acerquéis á la piedra, que va la vida en ello.

Ibarra vió á Elías que, dicho esto, se perdía entre la muchedumbre.

XX

La cabria

Sobre ocho metros de altura se elevaba complicada andamiada: cuatro gruesos maderos, hundidos en el suelo, servían de almas, sujetos entre sí por colosales vigas cruzadas, formando diagonales, unidas unas á otras por gruesos clavos, hundidos sólo hasta la mitad, acaso porque, teniendo el aparato un carácter provisional, pudiera ser después fácilmente deshecho. Enormes cables, colgando por todos lados, daban un aspecto de solidez y grandiosidad al conjunto, coronado allá arriba por banderas de abigarrados colores, gallardetes y guirnaldas de flores artísticamente entretejidas.

De lo alto pendía sujeta por cuerdas y ganchos de hierro una descomunal polea de tres ruedas, sobre cuyos brillantes bordes pasaban tres cables

aun mayores que los otros, de los cuales estaba suspendido el enorme sillar, socavado en su centro, para formar con la excavación de la otra piedra ya descendida en el foso, el pequeño espacio destinado á guardar la historia del día, como periódicos, escritos, monedas, etc., y transmitirla á lejanas generaciones. Estos cables iban á arrollarse al cilindro de un torno sujeto en tierra merced á gruesos maderos. Este torno, que se podía poner en movimiento por medio de dos manubrios, centuplicaba la fuerza de un hombre merced á un juego de ruedas dentadas.

En los kioscos que vimos anteayer ocupar al maestro de escuela y á los alumnos, se preparaba ahora el almuerzo, opíparo y abundante. En la enramada que los unía estaban los asientos para los músicos y una mesa cubierta de dulces y confituras y frascos de agua coronados de hojas y flores para el sediento público.

El maestro de escuela había hecho levantar cucañas, y colgar sartenes y ollas para alegres juegos.

La multitud, luciendo trajes de alegres colores, se aglomeraba, huyendo del sol ardiente, bajo la sombra de los árboles y del emparrado. Los muchachos se subían á las ramas y sobre las piedras para ver mejor la ceremonia, y miraban con envidia á los chicos de la escuela, que limpios y bien vestidos, ocupaban un sitio destinado para ellos.

Pronto se oyeron los lejanos acordes de la música, que se acercaba precedida de una abigarrada turba. El hombre encargado de la cabria se puso inquieto y examinó con una mirada todo su aparato. Un curioso campesino seguía su mirada y observaba todos sus movimientos: era Elías, que acudía también á presenciar la ceremonia; por su *salakot* y su manera de ir vestido casi no se le cono-

cía. Se había procurado el mejor sitio, casi al lado mismo del torno, al borde de la excavación.

Con la música venían el alcalde, los municipales, los frailes y los empleados españoles. Unicamente faltaba el padre Dámaso. Ibarra conversaba con el primero, de quien se había hecho muy amigo desde que le dirigiera unos finos cumplidos por sus condecoraciones y bandas: los humos aristocráticos eran el flaco de S. E. Capitán Tiago; el alférez y algunos ricos más acompañaban á las lindas jóvenes, que preservaban los rostros morenos de los rayos del sol bajo vistosas sombrillas de seda. El padre Salví seguía, como siempre, silencioso y pensativo.

—Cuenta usted con mi apoyo siempre que se trate de una buena acción—decía el alcalde á Ibarra;—yo le proporcionaré cuanto usted necesite, y si no haré que se lo proporcionen los otros.

A medida que se iban acercando sentía el joven palpar su corazón. Instintivamente dirigió una mirada á la extraña andamiada allí levantada; vió al hombre encargado de la cabria saludarle respetuosamente y fijar en él un momento la vista. Con sorpresa descubrió á Elías, que con un significativo pestañeo le dió á entender que se acordase de lo que le había dicho en la iglesia.

El cura se puso las vestiduras sacerdotales y empezó las ceremonias. El tuerto sacristán mayor tenía el libro, y un monaguillo el hisopo y la vasija de agua bendita. Los demás, en rededor, de pie y descubiertos, guardaban un profundo silencio.

Entretanto se habían colocado en la caja de cristal periódicos, medallas y monedas.

—Señor Ibarra, ¿quiere usted colocar la caja en su sitio?—murmuró el alcalde al oído del joven.

—Con mucho gusto—contestó éste,—pero usur-

paría ese honroso deber al señor escribano; él es quien debe dar fe del acto.

El escribano descendió entonces la alfombrada escalera que conducía al fondo de la excavación, y con la solemnidad conveniente depositó la cajita en el hueco de la piedra. El cura cogió el hisopo y roció las piedras con agua bendita.

Llegó el momento de poner cada uno su cucharada de mezcla sobre la superficie del sillar que yacía en el foso, para que el otro se adaptase bien y se agarrase.

Ibarra presentó al alcalde una pala de albañil, sobre cuya ancha hoja de plata estaba grabada la fecha del día; pero S. E. pronunció antes una alocución en castellano:

«¡Vecinos de San Diego!—dijo con grave acento:—Tenemos el honor de presidir una ceremonia de una importancia que vosotros comprenderéis sin que Nos os lo digamos. Se funda una escuela; la escuela es la base de la sociedad. Enseñadnos la escuela de un pueblo y os diremos qué pueblo es.

»¡Vecinos de San Diego! Bendecid á Dios que os ha dado virtuosos sacerdotes y al gobierno de la madre patria que difunde incansable la civilización en estas fértiles islas, amparadas por ella bajo su glorioso manto! Bendecid á Dios que se ha apiadado de vosotros trayendo estos humildes sacerdotes que os iluminan y os enseñan la divina palabra! Bendecid al gobierno que tantos sacrificios ha hecho, hace y hará por vosotros y por vuestros hijos!

»¡Y ahora se bendice la primera piedra de este importante edificio. Nos, alcalde mayor de esta provincia, en nombre de S. M. el rey, que Dios guarde, rey de las Españas, en nombre del preclaro gobierno español y al amparo de su pabellón inmaculado y siempre victorioso, Nos consagramos

este acto y principiamos la edificación de esta escuela!

»Vecinos de San Diego, ¡viva el rey! ¡Viva España! ¡Vivan los religiosos! ¡Viva la religión católica!»

—¡Viva! ¡Vivaaa!—contestaron muchas voces.—
¡Viva el señor alcalde!

Este descendió después majestuoso á los acordes de la música, que empezó á tocar; depositó unas cuantas paletadas de mezcla sobre la tierra y con igual majestad que había descendido volvió á subir.

Los empleados aplaudieron.

Ibarra ofreció otra pala de plata al cura que, después de fijar los ojos en él un momento, descendió lentamente.

A la mitad de la escalera levantó la vista para mirar la piedra que colgaba sujeta por los poderosos cables, pero sólo fué un segundo y continuó descendiendo.

Los frailes y los empleados bajaron también uno tras otro. Tampoco fué olvidado Capitán Tiago.

Faltaba Ibarra, y ya se iba á ordenar que el hombre amarillo hiciese descender la piedra, cuando el cura se acordó del joven, diciéndole en tono de broma y afectando familiaridad:

—¿No mete usted su cucharada, señor Ibarra?

—¡Ande usted!—dijo el alcalde empujándole suavemente;—si no doy orden que no descienda la piedra y nos estaremos aquí hasta el día del juicio.

Ante tan terrible amenaza, Ibarra tuvo que obedecer.

Elías le miraba con expresión indefinible; al verle se habría dicho que toda su vida se reconcentraba en sus ojos. El hombre amarillo contemplaba el abismo abierto á sus pies.

El joven quedó solo. Elías ya no le miraba: sus ojos estaban clavados en el hombre amarillo que, inclinado sobre el foso, seguía con ansia los movimientos del joven.

Oíase el ruido de la pala removiéndola masa de arena y cal, al través de un débil murmullo de los empleados que felicitaban al alcalde por su discurso.

De repente, la polea atada á la base de la cabria salta, y tras ella el torno que golpea el aparato como un ariete: los maderos vacilan, vuelan las ligaduras y todo se derriba en un segundo y con espantoso estruendo. Una nube de polvo se levanta; un grito de horror compuesto de mil voces llena el aire. La multitud huye en todas direcciones. Solamente María Clara y el padre Salví permanecen en su sitio sin poderse mover, pálidos y sin palabra.

Cuando la polvareda se hubo desvanecido un poco, vieron á Ibarra de pie entre vigas, cañas y cables, entre el torno y la enorme piedra, que al descender tan rápidamente lo había aplastado todo. El joven tenía aún en su mano la pala y miraba con ojos espantados el cadáver de un hombre que yacía á sus pies, medio sepultado entre las vigas.

—¡Milagro! ¡milagro!—gritaron algunos.

—¡Venid y desembarazad el cadáver de este desgraciado!—dijo Ibarra como despertando de un sueño.

Al oír su voz María Clara, cayó desmayada en brazos de sus amigas.

Reinaba una gran confusión: todos hablaban, gesticulaban, corrían de un lado á otro aturdidos y consternados.

—¿Quién es el muerto?—preguntaba el alférez.

Reconocieron entonces al hombre amarillo que estaba de pie al lado del torno.

—¡Que procesen al maestro de obras!—fué lo primero que pudo decir el alcalde.

Examinaron el cadáver, pusieron la mano sobre su pecho, pero el corazón ya no latía. El golpe le había alcanzado en la cabeza y la sangre le brotaba por las narices.

Los sacerdotes felicitaban calurosamente al joven, estrechando su mano.

—Que esto no impida que la fiesta continúe, señor Ibarra—decía el alcalde:—¡alabado sea Dios! ¡El muerto no es sacerdote ni español! ¡Hay que festejar su salvación de usted!

—¡El muerto no es más que un indio!

—¡Que siga la fiesta! ¡Música! ¡no resucita al muerto la tristeza! ¡Capitán, aquí se practicarán las diligencias! ¡Que venga el directorcillo! ¡Preso el maestro de obras!

—¡Al cepo con él! ¡Eh! ¡música! ¡música! ¡Al cepo el maestrillo!

—¡Señor alcalde—repuso gravemente Ibarra,—si la tristeza no ha de resucitar al muerto, menos lo conseguirá la prisión de un hombre sobre cuya culpabilidad nada sabemos. Yo salgo garante de su persona y pido su libertad por estos días al menos!

—Bien, bien, pero que otra vez tenga más cuidado.

Circulaban toda clase de comentarios. La idea del milagro era ya cosa admitida. Fray Salví, sin embargo, parecía alegrarse poco del portento atribuido á un santo de su corporación y de su parroquia.

XXI

El banquete

Ibarra había ido á casa á cambiarse de ropa. Estaba concluyendo de arreglarse, cuando un criado le anunció que un campesino preguntaba por él.

Suponiendo fuese uno de sus trabajadores, ordenó le introdujesen en su despacho.

Pero con gran extrañeza, se encontró con la misteriosa figura de Elías.

—Me habéis salvado la vida—dijo éste en tagalo;—os he pagado mi deuda á medias y no tenéis nada que agradecerme, antes al contrario. He venido para pedir os un favor...

—¡Habla!—contestó el joven en el mismo idioma, sorprendido de la gravedad de aquel campesino.

Elías fijó algunos segundos su mirada en los ojos de Ibarra y repuso:

—Cuando la justicia quiera aclarar este misterio, os suplico no habléis á nadie de la advertencia que os hice en la iglesia.

—Descuida—contestó el joven;—sé que te persiguen, pero yo no soy ningún delator.

—¡Oh! ¡no es por mí, no es por mí!—exclamó

con viveza y altivez Elías;—es por vos: yo no temo nada.

La sorpresa de nuestro joven se aumentó: el tono con que hablaba aquel hombre era nuevo y no parecía estar en relación ni con su estado ni con su fortuna.

—¿Qué quieres decir?

—Procuraré expresarme con claridad. Para mayor seguridad vuestra, es menester que os tengan por desprevenido y confiado vuestros enemigos.

—¿Mis enemigos? ¿Tengo yo enemigos?

—¡Todos los tenemos, señor!

Ibarra miró en silencio á Elías.

—¡Tú no eres piloto ni campesino!—murmuró.

—Tenéis enemigos—continuó Elías sin advertir las palabras del joven;—vuestro padre y vuestro abuelo tuvieron también enemigos porque tampoco eran seres vulgares, y en la vida no son los criminales los que más odios provocan.

—¿Conoces á mis enemigos?

—Conocí á uno, al que ha muerto—repuso.—

Ayer noche descubrí que algo tramaba contra vos por algunas palabras que cambió con un desconocido. «A este no le comerán los peces como á su padre: ya verás mañana»—decía.—Estas palabras llamaron mi atención, pues el que las pronunciaba hacía días se había presentado al maestro de obras con el deseo de dirigir los trabajos de la colocación de la piedra, no pidiendo gran salario y haciendo gala de grandes conocimientos. Yo no tenía motivo suficiente para creer en su mala voluntad, pero algo en mí me decía que mis presunciones eran ciertas, y por esto escogí para advertiros una ocasión en que no pudieseis hacerme preguntas. Lo demás ya lo visteis.

—¡Siento que ese hombre haya muerto!—repuso Ibarra.—¡De él se habría podido saber algo más!

—Si hubiese vivido se habría librado del castigo. No tengáis duda, el criminal debía tener cómplices poderosos. Por esto he venido á advertiros que viváis sobre aviso.

—¡Gracias! Antes de marcharte dime quién eres. ¿Cuándo te volveré á ver?

—Siempre que queráis y siempre que os pueda ser útil. Aun soy vuestro deudor.

Y aquel hombre extraño salió precipitadamente del despacho, dejando á Ibarra sumido en la mayor confusión.

Repúsose al fin, y decidió volver al sitio de la fiesta, donde le estaban esperando.

Bajo el adornado kiosco comían los grandes hombres de la provincia.

El alcalde ocupaba un extremo de la mesa; Ibarra el otro. A la derecha del joven se sentaba María Clara y el escribano á su izquierda. Capitán Tiago, el alférez, el gobernadorcillo, los frailes, los empleados y las pocas señoritas que se habían quedado se sentaban, no según su rango, sino según sus aficiones.

La comida era bastante animada y alegre. A la mitad de ella llegó un empleado de telégrafos con un parte para Capitán Tiago.

—¡Señores!—dijo éste todo azorado.—¡Su excelencia el capitán general viene esta tarde á honrar mi casa!

Y echó á correr sin nada á la cabeza y con la servilleta colgada al cuello.

El anuncio de la venida de los tulisanes no habría producido más efecto.

—¡Pero oiga usted! ¿Cuándo viene? ¡Cuéntenos usted!...

Capitán Tiago ya estaba lejos.

—¡Viene su excelencia y se hospeda en casa de Capitán Tiago!—exclamaron algunos sin considerar que estaban allí la hija y el futuro yerno.

—¡La elección no podía ser mejor!—repuso éste.

Los frailes se miraron unos á otros. La mirada quería decir: «El capitán general comete una de las suyas; nos ofende no hospedándose en el convento.»

—Ya me habían hablado de eso ayer—dijo el alcalde,—pero entonces su excelencia no estaba aún decidido.

—¡Aquí vienen otros partes!

Eran para el alcalde, el alférez y el gobernadorcillo: los frailes tuvieron otro disgusto al ver que ninguno iba dirigido á ellos.

—¡Su excelencia llegará á las cuatro de la tarde, señores!—dijo el alcalde solemnemente;—podemos comer con tranquilidad.

La conversación volvió á tomar su curso ordinario.

—¡Noto la ausencia de nuestro gran predicador!—dijo tímidamente uno de los empleados, de aspecto inofensivo, que no había abierto la boca hasta el momento de comer y hablaba ahora por primera vez en toda la mañana.

Todos los que sabían la historia del padre de Crisóstomo hicieron un movimiento y un guiño que querían decirle: «¡Te has lucido! ¡Al primer tapón, zurrapa!» Pero algunos más benévolos contestaron:

—Debe estar algo cansado.

—¿Qué algo?—exclamó el alférez.—Rendido debe estar, ó como dicen por aquí, *malunqueado*. ¡Cuidado con la plática!

—¡Un sermón soberbio, gigante!—dijo el escribano.

—¡Magnífico, profundo!—añadió el corresponsal.

—Para poder hablar tanto se necesita tener grandes pulmones—observó el padre Manuel Martín.

El agustino no le concedía más que pulmones.

Para que se cumpliese una vez más el refrán de que «cuando se habla del ruín de Roma, pronto asoma», no tardó en presentarse en el lugar del festín el padre Dámaso.

Estaban ya en los postres y el champaña espumaba en las copas.

El padre Dámaso sonrió nerviosamente cuando vió á María Clara sentada á la derecha de Crisóstomo; pero tomando una silla al lado del alcalde, preguntó en medio de un silencio significativo:

—¿Se hablaba de algo, señores? ¡Continúen ustedes!

—Se brinda—contestó el alcalde.—El señor Ibarra mencionaba á cuantos le habían ayudado en su filantrópica empresa y hablaba del arquitecto cuando vuestra reverencia...

—Pues yo no entiendo de arquitectura—interrumpió el padre Dámaso,—pero me río de los arquitectos y de los bobos que á ellos acuden. Yo tracé el plano de esa iglesia, y está construída perfectamente. ¡Para trazar un plano basta tener dos dedos de frente!

—Sin embargo—repuso el alcalde, viendo que Ibarra se callaba,—cuando se trata de ciertos edificios, por ejemplo, como esta escuela, necesitamos un perito...

—¡Peritos!—exclamó con burla el padre Dámaso.—Hay que ser más bruto que los indios, que se levantan sus propias casas, para no saber hacer construir cuatro paredes y ponerles una cubierta...

Todos miraron á Ibarra; pero éste, si bien se puso pálido, siguió conversando con María Clara.

—Pero considere usted...

—Vea usted—continuó el franciscano, no dejando hablar al alcalde,—vea usted cómo un lego nuestro, el más bruto que tenemos, ha construído un hospital. Hacía trabajar bien y no pagaba más que ocho cuartos diarios, aun á los que tenían que venir de otros pueblos. Ese sabía tratarlos, no como muchos chiflados y mesticillos que los echan á perder, pagándole tres ó cuatro reales.

—¿Dice V. R. que sólo pagaba ocho cuartos? ¡Imposible!

—Sí, señor, y eso debían imitar los que se precian de buenos españoles. Ya se ve, desde que el canal de Suez se ha abierto, la corrupción ha venido acá. Antes, cuando teníamos que doblar el Cabo, ni venían tantos perdidos, ni iban allá otros á perderse!

—Pero ¡padre Dámaso!...

—Usted ya conoce lo que es el indio; tan pronto como aprende algo se las echa de doctor. Todos esos mocosos que van á Europa...

—Pero ¡oiga V. R.!...—interrumpió el alcalde, que se inquietaba por lo agresivo de aquellas palabras.

—Todos van á acabar como merecen; la mano de Dios se ve en medio; se necesita estar ciego para no verlo. Ya en esta vida reciben el castigo los padres de semejantes víboras... se mueren en la cárcel, ¡je! ¡je! como si dijéramos, no tienen donde...

Pero no concluyó la frase. Ibarra, lívido, le había seguido con la vista; al oír la alusión á su padre, se levantó y de un salto dejó caer su robusta mano sobre la cabeza del sacerdote, que cayó de espaldas atontado.

Llenos de sorpresa y terror, ninguno se atrevió á intervenir.

—¡Lejos!—gritó el joven con voz terrible, y extendió su mano á un afilado cuchillo, mientras sujetaba con el pie el cuello del fraile.—¡El que no quiera morir que no se acerque!

Ibarra estaba fuera de sí; su cuerpo temblaba, sus ojos giraban en sus órbitas amenazadores. Fray Dámaso, haciendo un esfuerzo, se levantó, pero él, cogiéndole del cuello, le sacudió hasta ponerle de rodillas y doblarle.

—¡Señor Ibarra! ¡Señor Ibarra!—balbucearon algunos.

Pero ninguno, ni el mismo alférez, se atrevía á acercarse, viendo el cuchillo brillar, calculando la fuerza y el estado de ánimo del joven. Todos se sentían paralizados.

El joven respiraba trabajosamente, pero con brazo de hierro seguía sujetando al franciscano, que en vano pugnaba por desasirse.

—¡Sacerdote de un Dios de paz, que tienes la boca llena de santidad y religión y el corazón de miserias, tú no debiste conocer lo que es un padre... cuando te atreves á ofender de ese modo la memoria del mío! ¡Miserable!

La gente que le rodeaba, creyendo que iba á cometer un asesinato, hizo un movimiento.

—¡Lejos!—volvió á gritar con voz amenazadora; —¿qué? ¿teméis que manche mis manos con la sangre de este reptil? ¡Sí, quiero matarlo, quiero vengar al autor de mis días! Mi padre era un hombre honrado; preguntadlo á ese pueblo que venera su memoria. Mi padre era un buen ciudadano, que se ha sacrificado por el bien de su país. Su casa estaba abierta, su mesa dispuesta para el extranjero ó el desterrado que acudía á él en su miseria! Era

buen cristiano: hizo siempre el bien y jamás oprimió al desvalido, ni acongojó al miserable... A este canalla le abrió las puertas de su casa, le hizo sentar á su mesa para que saciase su gula desmedida y le llamó su amigo. ¿Cómo correspondió á este desinterés y á esta amistad?... Calumniándolo, persiguiéndolo, armando contra él la ignorancia, ultrajando su tumba, deshonorando su memoria. Ahora quiere repetir con el hijo lo que ha hecho con el padre. Yo he huído de él, he evitado su presencia. Vosotros le oísteis esta mañana profanar el púlpito, señalándome al fanatismo popular, y yo me he callado. Ahora viene aquí á buscar querrela conmigo y á insultarme delante de todos. ¡No lo volverá á hacer! ¡No lo volverá á hacer!

Levantó el brazo; pero una joven, rápida como el pensamiento, se puso en medio y con sus delicadas manos lo detuvo: era María Clara.

Ibarra la miró con una mirada que parecía reflejar la locura. Poco á poco se aflojaron los crispados dedos de sus manos, dejando caer el cuerpo del franciscano y el cuchillo, y cubriéndose la cara huyó á través de la multitud.

XXII

La primera nube

En casa de Capitán Tiago reinaba una gran confusión. María Clara no hacía más que llorar y no escuchaba las palabras de consuelo de su tía y

de Andeng, su hermana de leche. Le había prohibido su padre que hablase con Ibarra hasta tanto que los sacerdotes no le absolviesen de la excomuni6n que sobre 6l habían lanzado.

Capitán Tiago, que estaba atareadísimo preparando su casa para recibir dignamente al capitán general, había sido llamado al convento.

—No llores, hija—decía tía Isabel, pasando la gamuza sobre las brillantes lunas de los espejos; —ya le retirarán la excomuni6n, ya escribirán al Papa... haremos una gran limosna... El padre Dámaso no ha tenido más que un desmayo: no ha muerto.

Por fin Capitán Tiago llegó. Ellas buscaron en su rostro la respuesta á muchas preguntas; pero la cara del exgobernadorcillo anunciaba el mayor desaliento. El pobre hombre sudaba, se pasaba la mano por la frente y no conseguía articular una palabra.

—¿Qué hay, Santiago?—preguntó ansiosa la tía Isabel.

Este contestó con un suspiro, enjugándose una lágrima.

—¡Por Dios, habla! ¿Qué pasa?

—¡Lo que yo me temía!—prorrumpió al fin, medio llorando.—¡Todo está perdido! ¡El padre Dámaso manda que rompa el compromiso: de lo contrario me condeno en esta vida y en la otra! ¡Todos me dicen lo mismo, hasta el padre Sibyla! Debo cerrarle las puertas de mi casa y... ¡le debo más de cincuenta mil duros! He dicho esto á los padres, pero no han querido hacerme caso. ¿Qué prefieres perder—me decían,—cincuenta mil pesos ó tu vida y tu alma? ¡Ay, San Antonio! ¡Si lo hubiese sabido, si lo hubiese sabido!...

María Clara sollozaba.

—No llores, hija mía—añadió volviéndose á ésta.—El padre Dámaso me ha dicho que ha llegado ya un pariente suyo de España... y te lo destina por novio...

María Clara se tapó los oídos.

—¿Pero Santiago, estás loco?—le gritó tía Isabel; —¡hablarle de otro novio ahora! ¿Crees que tu hija muda de novios como de camisas?

—Eso mismo pensaba yo, Isabel; don Crisóstomo es rico... los españoles sólo se casan por amor al dinero... pero ¿qué quieres que haga? Me han amenazado con otra excomunión... dicen que corre gran peligro no sólo mi alma, sino también el cuerpo... ¿oyes? ¡el cuerpo!

—¡Pero tú no haces más que desconsolar á tu hija! ¿No es amigo tuyo el arzobispo? ¿Por qué no le escribes?

—El arzobispo también es fraile; el arzobispo no hace más que lo que los frailes le dicen. Pero María, no llores; vendrá el capitán general, querrá verte y tus ojos estarán encarnados. ¡Ay! ¡yo que pensaba pasar una tarde tan feliz! Sin esta gran desgracia todos me tendrían envidia... ¡Oálmate, hija mía; yo soy más desgraciada que tú y no lloro! ¡Tú puedes tener otro novio mejor, pero yo, yo pierdo cincuenta mil pesos! ¡Ay, Virgen de Antípolo! ¡si esta noche al menos tu viera suerte!...

Detonaciones, rodar de coches, galope de caballos y los acordes de la música que tocaba la Marcha Real, anunciaron la llegada de S. E. el gobernador general de las islas Filipinas. María Clara corrió á esconderse en su cuarto.

Mientras la casa se llenaba de gente, y fuertes pasos, voces de mando y ruido de sables y espuelas resonaban por todas partes, la atribulada joven se había arrodillado delante de la estampa de una

Virgen. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía el tallo de una azucena doblada por la tempestad.

María Clara era tan buena y piadosa cristiana como amante hija. No sólo le atemorizaba la excomunión: el mandato y la amenazada tranquilidad de su padre le exigían ahora el sacrificio de sus amores.

Quería orar, pero no podía. Se ora cuando se espera, y cuando no, y nos dirigimos á Dios, sólo exhalamos quejas.—«¡Dios mío!—gritaba su corazón.—¿Por qué separar así á un hombre, por qué negarle el amor de los demás? Tú no le niegas tu sol, ni tu aire, ni le ocultas la vista de tu cielo; ¿por qué quitarle el amor, cuando sin cielo, sin aire y sin sol se puede vivir, pero sin amor jamás?

Tía Isabel vino á sacarla de su dolor. Habían llegado algunas amigas y el capitán general deseaba hablarla.

—¡Tía, diga usted que estoy enferma!—suplicó la joven espantada;—¡me van á hacer tocar el piano y cantar!

—Tu padre lo ha prometido: ¿vas á poner en ridículo á tu padre?

María Clara se levantó, miró á su tía, retorcióse los hermosos brazos y balbuceó:

—¡Oh! si tuviese yo...

Pero no concluyó su frase y empezó á arreglarse.

XXIII

Su Excelencia

—¡Deseo hablar con ese joven!—decía S. E. á un ayudante;—ha despertado todo mi interés.

—¡Ya han ido á buscarle, mi general! Pero aquí hay un joven de Manila que pide con insistencia ser introducido. Le hemos dicho que V. E. no tenía tiempo y que no había venido para dar audiencias, sino para ver el pueblo y la procesión, pero ha contestado que V. E. siempre tiene tiempo disponible para hacer justicia...

S. E. se volvió al alcalde maravillado.

—Si no me engaño—contestó éste haciendo una ligera inclinación,—es el joven que esta mañana ha tenido una cuestión con el padre Dámaso con motivo del sermón.

—¿Aun otra? ¿Se ha propuesto ese fraile alborotar la provincia ó cree que él manda aquí? ¡Decid al joven que pase!

S. E. se paseaba nervioso de un extremo á otro de la sala. En la antesala había varios españoles, mezclados con militares y autoridades del pueblo de San Diego, agrupados en corros y conversando. Encontrábanse también allí todos los frailes, menos el padre Dámaso, y querían pasar para presentar sus respetos á S. E.

—S. E. el capitán general suplica á vuestras reverencias que se esperen un momento—dijo el ayudante;—¡pase usted, joven!

El manileño entró en la sala pálido y tembloroso.

Todos estaban llenos de sorpresa: muy irritado debía estar S. E. para atreverse hacer esperar á los frailes. El padre Sibyla decía:

—Yo no tengo nada que decirle... aquí estoy perdiendo el tiempo.

—Yo digo lo mismo—añadió un agustino.—¿Vámonos?

—¿No sería mejor que averiguásemos cómo piensa?—dijo el padre Salví;—evitaríamos un escándalo y podríamos recordarle sus deberes para con la religión.

—¡Vuestras reverencias pueden pasar si gustan!—dijo el ayudante acompañando al joven manileño, que ahora salía con el rostro brillante de satisfacción.

Fray Sibyla entró el primero; detrás iban el padre Salví, el padre Manuel Martín y los otros religiosos. Saludaron humildemente, menos el padre Sibyla, que conservó aún en la inclinación cierto aire de superioridad; el padre Salví, por el contrario, casi dobló la cintura.

—¿Quién de vuestras reverencias es el padre Dámaso?—preguntó de improviso el general, sin dirigirles las frases lisonjeras á que estaban acostumbrados tan altos personajes.

—El padre Dámaso no está, señor, entre nosotros—contestó casi con el mismo acento seco el padre Sibyla.

—Está en cama enfermo el servidor de vuecencia—añadió humildemente el padre Salví;—después de tener el placer de saludarle, como cumple

á todos los buenos servidores del rey y á toda persona de educación, veníamos también en nombre del respetuoso servidor de V. E., que tiene la desgracia...

—¡Oh!—interrumpió el general haciendo girar una silla sobre un pie y sonriendo nerviosamente. —Si todos mis servidores fuesen como su reverencia el padre Dámaso, me alegraría de quedarme sin ninguno.

Las reverencias adoptaron un aire compungido, comprendiendo que el general tenía malas pulgas.

—¡Tomen asiento vuestras reverencias!—añadió después de una breve pausa dulcificando un poco su voz.

Capitán Tiago, vestido de frac y caminando de puntillas, conducía en aquel momento de la mano á María Clara, vacilante y llena de timidez. No obstante, hizo un gracioso y ceremonioso saludo.

—¿Es la señorita hija de usted?—preguntó sorprendido el general.

—Y de V. E., mi general—contestó Capitán Tiago seriamente.

El alcalde y los ayudantes abrieron los ojos, pero S. E., sin perder la gravedad, tendió la mano á la joven y le dijo afablemente:

—¡Felices los padres que tienen hijas como usted, señorita! Me han hablado de usted con respeto y admiración... he deseado verla para darle las gracias por el hermoso acto que ha llevado á cabo este día. Estoy enterado de *todo*, y cuando escriba al gobierno de S. M. no olvidaré su generoso comportamiento. Entretanto permítame usted, señorita, que en nombre de S. M. el rey, que aquí represento, y que ama la *paz y tranquilidad* de sus fieles súbditos, y en el mío, en el de un padre que también tiene hijas de su edad de usted, le dé las

más expresivas gracias y la proponga para una recompensa...

—¡Señor!...—contestó temblorosa María Clara.

S. E. adivinó lo que ella quería decir, y repuso:

—Está muy bien, señorita, que usted se contente con su conciencia y con la estimación de sus conciudadanos. A fe que es el mejor premio, y nosotros no debíamos pedir más. Pero no me prive usted de una hermosa ocasión para hacer ver que si la justicia sabe castigar, también sabe premiar, y que no siempre es ciega.

—El señor don Juan Crisóstomo Ibarra aguarda las órdenes de V. E.—dijo en voz alta un ayudante.

María Clara se estremeció.

—¡Ah!—exclamó el general.—Permítame usted, señorita, que le exprese el deseo de volverla á ver antes de dejar este pueblo. Señor alcalde, V. S. me acompañará durante el paseo que quiero hacer á pie después de la conferencia que tendré á solas con el señor Ibarra.

—V. E. nos permitirá que le advirtamos—dijo el padre Salví humildemente—que el señor Ibarra está excomulgado...

S. E. le interrumpió diciendo:

—Me alegro mucho no tener que deplorar más que una ligera indisposición del padre Dámaso, á quien deseo sinceramente una curación completa, porque á su edad un viaje á España por motivos de salud no debe ser muy agradable. Pero esto depende de él... y entretanto, ¡que Dios conserve la salud á vuestras reverencias!

Unos y otros se retiraron.

—¡Y tanto como depende de él!—murmuró al salir el padre Salví.

—¡Veremos quién hará más pronto el viaje!—
añadió otro franciscano.

En la antesala se encontraron con Ibarra, su anfitrión de hacía algunas horas. No cambiaron ningún saludo, pero sí miradas que decían muchas cosas.

El alcalde, por el contrario, cuando ya los frailes habían desaparecido, le saludó y le tendió la mano familiarmente; pero la llegada del ayudante que buscaba el joven, no dió lugar á ninguna conversación.

En la puerta se encontró con María Clara: las miradas de ambos se dijeron también muchas cosas.

Ibarra presentóse sereno y saludó profundamente. El general se adelantó hacia él algunos pasos.

—Tengo suma satisfacción, señor Ibarra, al estrechar su mano.

S. E., en efecto, examinaba al joven con marcado interés.

—¡Señor... tanta bondad!...

—Estoy muy satisfecho de su conducta—dijo S. E. sentándose y señalándole un asiento,—y ya le he propuesto al gobierno para una condecoración por el filantrópico pensamiento de erigir una escuela... Si usted me hubiese avisado, yo habría presenciado con placer la ceremonia y acaso le habría evitado un disgusto.

—El pensamiento me parecía tan pequeño—contestó el joven,—que no creí oportuno distraer la atención de V. E. de sus numerosas ocupaciones.

Su excelencia movió la cabeza con aire satisfecho, y adoptando cada vez un tono más familiar, continuó:

—En cuanto al disgusto que usted ha tenido con el padre Dámaso, no guarde ni temor ni ren-

cores: no se le tocará un pelo de su cabeza mientras yo gobierne las islas, y por lo que respecta á la excomunión, ya hablaré con el arzobispo, porque es menester que nos amoldemos á las circunstancias. Aquí no podríamos reirnos de estas cosas en público como en la Península. Con todo, sea usted en lo sucesivo más prudente; se ha colocado frente á frente de las corporaciones religiosas que, por su significación y su riqueza, necesitan ser respetadas. Pero yo le protegeré, porque me gustan los buenos hijos que honran la memoria de sus padres. Yo también he amado á los míos, y ¡vive Dios! no sé lo que habría hecho en su lugar.

—Señor—contestó Ibarra,—mi mayor deseo es la felicidad de mi país, felicidad que quisiera se debiese á la madre patria y al esfuerzo de mis conciudadanos, unidos con eternos lazos de comunes miras y comunes intereses.

S. E. le miró por algunos segundos con una mirada que Ibarra sostuvo con naturalidad.

—¡Es usted el primer hombre con quien hablo en este país!—exclamó tendiéndole la mano.

El capitán general se levantó y se puso á pasear de un lado á otro de la sala.

—Señor Ibarra—exclamó parándose de repente (el joven se levantó también),—acaso dentro de un mes parta; su educación de usted y su modo de pensar no son para este país. Venda usted cuanto posee, arregle su maleta y véngase conmigo á Europa.

—¡El recuerdo de la bondad de V. E. lo conservaré mientras viva!—contestó Ibarra conmovido; —pero debo vivir en el país donde han vivido mis padres...

—¡Donde han muerto! diría usted más exactamente. Créame, acaso conozca su país mejor que

usted mismo... ¡Ah! ahora me acuerdo—exclamó cambiando de tono;—tiene usted relaciones con una adorable joven y le estoy deteniendo aquí. Vaya usted, vaya usted al lado de ella y para mayor libertad envíeme al padre—añadió sonriendo.—No se olvide usted, sin embargo, de que quiero que me acompañe á paseo.

Ibarra saludó y se alejó.

S. E. llamó á su ayudante.

—Estoy contento—dijo;—hoy he visto por primera vez cómo se puede ser buen español sin dejar de ser buen filipino y amar á su país; hoy les he demostrado á las reverencias que no todos somos juguetes suyos: este joven me ha proporcionado la ocasión, y pronto habré saldado todas mis cuentas con el fraile. Lástima que ese joven un día ú otro... pero llame usted al alcalde.

Este se presentó inmediatamente.

—Señor alcalde—le dijo al entrar;—para evitar que se repitan escenas como las que usía ha presenciado hoy, escenas que deploro porque desprestigian al gobierno y á los españoles todos, me permito recomendarle eficazmente al señor Ibarra, para que no sólo le facilite los medios de llevar á cabo sus patrióticos fines, sino también evite que en adelante le molesten personas de cualquier clase que fueren y bajo cualquier pretexto.

El alcalde comprendió la reprimenda y se inclinó para ocultar su turbación.

—Haga V. S. decir lo mismo al alférez que aquí manda la sección y averigüe si es verdad que este señor tiene ocurrencias que no dicen los reglamentos: he oído sobre esto más de una queja.

Capitán Tiago se presentó tieso y de rigurosa etiqueta.

—Don Santiago—le dijo S. E. en tono afectuoso,

—hace poco le felicitaba á usted por la dicha de tener una hija tan hermosa; ahora le felicito por su futuro yerno. ¿Se puede saber cuándo es la boda?

—¡Señor!...—balbuceó Capitán Tiago limpiándose el sudor que corría por su frente.

—¡Vamos, veo que aun no hay nada definitivo! Si faltan padrinos tendré sumo gusto en ser uno de ellos.

—¡Cómo agradecerle, señor!...—contestó Capitán Tiago, turbado por la emoción.

Ibarra habíase dirigido apresuradamente en busca de María Clara. Oyó voces femeniles en una de las habitaciones y llamó ligeramente á la puerta.

—¿Quién llama?—preguntó María Clara.

—¡Yo!

Las voces callaron y la puerta permaneció cerrada.

—Soy yo: ¿puedo entrar?—preguntó el joven, cuyo corazón latía violentamente.

El silencio continuó. Segundos después unos ligeros pasos se acercaron á la puerta y la alegre voz de Sinang murmuró á través del agujero de la cerradura.

—Crisóstomo, vamos al teatro esta noche; escribe lo que tengas que decir á María Clara.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuraba Ibarra pensativo, alejándose lentamente de la puerta.

XXIV

El derecho y la fuerza

Serían las diez de la noche. Los últimos cohetes subían perezosamente por el cielo obscuro, donde brillaban cual nuevos astros algunos globos de papel, elevados hacía poco tiempo. Algunos, adornados de fuegos artificiales, se habían incendiado, amenazando las casas todas; por esto veíase algunos hombres sobre los caballetes de los tejados, armados de una larga caña con un trapo á la punta y provistos de un cubo de agua. Sus negras siluetas destacábanse en la vaga claridad del aire y parecían fantasmas descendidos de los espacios para presenciar los regocijos de los hombres.

Habíanse quemado también multitud de ruedas, castillos, toros ó carabaos de fuego, y un gran volcán, que había superado en hermosura y grandiosidad á cuanto hasta entonces habían visto los habitantes de San Diego.

Ahora se dirige la gente hacia la plaza del pueblo para asistir por última vez al teatro. Acá y allá se ven luces de bengala, alumbrando fantásticamente los alegres grupos. El gran tablado está espléndidamente iluminado: miles de luces rodean los puntales y penden del techo.

Delante del escenario templa la orquesta los instrumentos. La principalía del pueblo, los españoles y los ricos forasteros ocupan poco á poco las alineadas sillas. La multitud se extiende por el resto de la plaza. Se oyen gritos, exclamaciones y carcajadas provocadas por un *reventador* que acaba de estallar en medio de un grupo de parlanchinas *babays*.

Aquí se le rompe el pie á un banco y caen al suelo los que le ocupan, entre carcajadas y silbidos; allí riñen y se vapulean porque se estorban unos á otros. Las jóvenes dalagas lanzan chillidos racionales al sentir que indiscretas y ocultas manos las pellizcan...

El teniente mayor don Filipo preside el espectáculo, pues el gobernadorcillo ha preferido quedarse jugando al *monte*.

Comenzó la función con *Crispino e la Comare*, en la cual Chananay y Marionito hacían las delicias del público. Todos tenían los ojos fijos en el escenario menos el padre Salví, que parecía haber ido allí solamente para vigilar á María Clara, cuya tristeza hacía más interesante su figura. La mirada del franciscano expresaba también más que nunca profunda melancolía.

Se concluía el acto cuando entró Ibarra; su presencia ocasionó un murmullo: todos se fijaron en él y en el cura. Pero el joven no pareció notarlo, pues saludó con naturalidad á María Clara y á sus amigas, sentándose á su lado. La única que habló fué Sinang.

—¿Has estado á ver los fuegos?—preguntó.

—No, he tenido que acompañar al general.

—¡Pues es lástima! Te hubieran gustado; eran muy bonitos.

El cura se levantó y acercóse á don Filipo con

quien pareció entablar una viva discusión. El cura hablaba con viveza, don Filipo con mesura y en voz baja.

—Siento no poder complacer á vuestra reverencia—decía éste;—el señor Ibarra es uno de los mayores contribuyentes y tiene derecho á sentarse aquí mientras no perturbe el orden.

—Pero ¿no es perturbar el orden escandalizar á los buenos cristianos? ¡Es dejar que un lobo entre en el rebaño! ¡Responderás de esto ante Dios y ante las autoridades!

—Siempre respondo de los actos que emanan de mi propia voluntad, padre—contestó don Filipo inclinándose ligeramente;—pero mi pequeña autoridad no me faculta para mezclarme en asuntos religiosos. Los que quieran evitar su contacto que no hablen con él.

—¡Pero es dar ocasión al peligro, y quien ama el peligro, en él perece!

—No veo peligro alguno, padre: el señor alcalde y el capitán general, mis superiores, han estado hablando con él toda la tarde, y no les he de dar una lección.

—Si no le echas de aquí salimos nosotros.

—Lo sentiría muchísimo, pero no puedo echar de aquí á nadie.

El cura se arrepintió de lo que acababa de decir, pero ya no había remedio. Hizo una seña á su compañero, que se levantó con pesar, y ambos salieron. Imitáronlos las personas adictas no sin lanzar antes una mirada de odio á Ibarra.

Los murmullos y cuchicheos subieron de punto. Acercáronse y saludaron entonces varias personas al joven diciendo:

—¡Nosotros estamos con usted; no haga usted caso de esos!

- ¿Quiénes son esos?—preguntó con extrañeza.
 —Esos que han salido para evitar su contacto.
 —¿Para evitar mi contacto?
 —¡Sí! dicen que está usted excomulgado.

Ibarra no supo qué contestar y miró á su alrededor. Vió entonces á María Clara, que ocultaba el rostro detrás del abanico. La joven sentía en el fondo del alma la nueva ofensa que acababan de inferir á su amado. Estaba á punto de estallar en sollozos. En vano quería disimular. Sinang le decía en voz baja palabras cariñosas. Aquello pasaría pronto. Lo que debían hacer era marcharse cuanto antes á Manila.

—¿Pero es posible—exclamó al fin el joven—que el fanatismo ó la hipocresía impere sobre la razón? ¿Qué se propone esa gente? ¿Qué mal les he hecho?...

Y acercándose á las jóvenes y cambiando de tono:

—Dispensadme—dijo;—voy á salir un momento; volveré para acompañaros.

—Quédate—le dijo Sinang;—Yeyeng va á bailar en *La Calandria*; baila divinamente.

—Me están esperando, ya volveré.

Redoblaron los murmullos de la multitud, que apenas hacía caso de la representación, atenta sólo á lo que pasaba en el grupo formado por María Clara y sus amigos.

Mientras Yeyeng salía vestida de chula, acercáronse dos soldados de la guardia civil á don Filipo, pidiendo que se suspendiese la representación.

—¿Y por qué?—preguntó éste sorprendido.

—Porque así lo ordena el alférez, que acaba de recibir quejas del señor cura, diciendo que lo que aquí se hace no es nada edificante y que sólo se puede tolerar en un pueblo de herejes.

—¡Ave María Purísima! ¡qué atrocidad! Diga usted al alférez que tenemos permiso del alcalde mayor, y que contra este permiso *nadie* en el pueblo tiene facultades, ni el mismo gobernadorcillo, que es *mi ú-ni-co su-pe-rior*. ¿Lo oye usted?

—¡Pues hay que suspender la función!—repite-ron los soldados.

Don Filipo les volvió la espalda. Los guardias se marcharon profiriendo amenazas.

Por no turbar la tranquilidad, don Filipo no dijo á nadie una palabra acerca del incidente.

Después del trozo de zarzuela, se presentó el príncipe Villardo retando á combate á todos los moros que tenían preso á su padre; el héroe les amenazaba con cortarles á todos la cabeza. El público se había olvidado ya de Ibarra y aplaudía con delirio su espectáculo favorito. Iban á empezar los interminables combates y las encarnizadas batallas entre moros y cristianos. Era tal el gozo que experimentaban la mayoría de los espectadores, que les caía la baba, teñida de color chocolate por el buyo, que masticaban con fruición, para que la dicha fuese completa. Afortunadamente para los moros, que se disponían al combate al son de una marcha guerrera que hacía correr escalofríos de entusiasmo por las espaldas de los indios, sobrevino un tumulto. Los individuos de la orquesta pararon de repente y arrojando los instrumentos saltaron al escenario, pues por el lado opuesto ocupado por la multitud, no podían salir. El valiente Villardo, tomándolos sin duda por aliados de los moros, arrojó también espada y escudo y emprendió la carrera; los moros, al ver que tan terrible cristiano huía, no tuvieron inconveniente en imitarle... Oyéronse gritos, imprecaciones y blasfemias; se apagaron las luces, y la gente, poseída de terrible pánico, se es-

trujaba despiadadamente, sin saber lo que pasaba ni adónde dirigirse.

—¡Fuego! ¡Fuego!—gritó una voz, y creció el espanto.

La causa verdadera del escándalo era que los guardias habían hecho callar vara en mano á los individuos de la orquesta, á fin de que terminase la representación.

El teniente mayor, con los cuadrilleros armados de sus viejos sables, logró detener á los feroces esbirros á pesar de su resistencia. Debían estar ebrios y sin duda se habían extralimitado en el cumplimiento de las órdenes que habían recibido del alférez, que también aquellos días estaba muy contento, porque con motivo de las fiestas no se cesaba de tirar de la oreja á Jorge.

—¡Conducidlos al tribunal!—gritaba don Filipo.
—¡Cuidado con soltarlos!

Ibarra había vuelto y buscaba á María Clara. Las atemorizadas jóvenes se agarraron á él temblorosas y pálidas; tía Isabel mascullaba oraciones, como tenía por costumbre en los casos apurados.

Repuesta algún tanto la gente del susto y habiéndose dado cuenta de lo que había pasado, la indignación estalló en todos los pechos. Llovieron piedras sobre el grupo de los cuadrilleros que conducían á los dos guardias civiles; hubo quien propuso incendiar el cuartel y asar á doña Consolación juntamente con el alférez.

—¡Para eso sirven—gritaba una mujer extendiendo los brazos,—para perturbar el pueblo! ¡No persiguen más que á los hombres honrados! ¡No harán daño, en cambio, á los tulisanes y jugadores que les dan dinero! ¡A incendiar el cuartel! ¡A incendiar el cuartel!

El escenario estaba lleno de artistas y gente

del pueblo, que hablaban todos á la vez. Chananay, el príncipe Villardo y los moros se esforzaban en consolar á los apaleados músicos. Algunos españoles iban de un lado á otro, procurando aquietar los ánimos y restablecer la tranquilidad.

Pero ya se había formado un grupo numeroso que profería gritos amenazadores y enarbolaba gruesos garrotes. Don Filipino supo lo que intentaban y corrió á contenerlos.

—¡No alteréis el orden!—gritaba.—Mañana pediremos satisfacción y se nos hará justicia.

—¡No!—contestaban algunos.—Lo mismo hicieron en Calamba; se prometió también justicia y el alcalde no hizo nada. ¡Hay que exterminar á esos bandidos, para que no vuelvan á apalearse á las gentes honradas! ¡Hay que exterminarlos!

—¡Señor Ibarra, por favor, deténgalos usted mientras yo busco cuadrilleros! A usted le estiman y le harán caso.

—¿Qué puedo hacer yo?—preguntó el joven perplejo.

Pero el teniente mayor ya estaba lejos.

Ibarra miró á su alrededor, buscando sin saber á quién. Por fortuna creyó distinguir á Elías, que presenciaba impasible el tumulto. Ibarra corrió hacia él, le cogió del brazo y le dijo en español:

—¡Por Dios, haz algo, si puedes, por apaciguar á esa gente!

El piloto respondió:

—¡Merecen un escarmiento! ¡El indio está ya cansado de sufrir que se le trate de un modo tan arbitrario y despótico! Pero haré lo que usted me manda.

Y se confundió en el grupo de los alborotadores.

Oyéronse vivas discusiones, interjecciones y amenazas; después, poco á poco, el grupo empezó

á disolverse, no sin que á la mayor parte de los que lo formaban les brillasen los ojos de ira y apretasen los puños.

¡Ya llegaría el día, ya llegaría el día en que tomaran justa venganza de los opresores y de los que los defienden con sus armas!...

Ya era tiempo, pues los soldados salían armados con la bayoneta calada.

Entretanto, ¿qué hacía el cura, causa de aquel tumulto que hubiera podido terminar derramando sangre inocente?... El padre Salví, después de haber impulsado al alférez á que cometiese una arbitrariedad suspendiendo la representación, no se había acostado. De pie, apoyada la frente contra las persianas del *convento*, miraba hacia la plaza, inmóvil, dejando escapar de tiempo en tiempo un suspiro. Si no hubiese estado en la obscuridad, acaso se habría podido ver que se llenaban de lágrimas sus ojos. Así pasó casi una hora. La persecución constante de que hacía objeto á María Clara y aquellas lágrimas de despecho demostraban que el sombrío fraile sentía una pasión oculta por la joven.

De este estado le sacó el tumulto de la plaza. Siguió con ojos sorprendidos el confuso ir y venir de la gente, cuyas voces y gritos llegaban vagamente hasta él. Acostumbrado á la obediencia de los indios, creía que se habría suspendido la representación sin la menor protesta. Un criado entró casi sin aliento y le enteró de lo que pasaba.

Un pensamiento cruzó por su imaginación. Se le figuró ver á Crisóstomo llevar en sus brazos á María Clara desmayada. Tuvo celos. Sintió que se apoderaba de su alma la ira, una cólera espantosa que le nubló la vista y le hizo perder la noción de la realidad. Se olvidó de todo. No pensó siquiera en

el peligro á que se exponía al presentarse entre la multitud irritada. Bajó saltando las escaleras, sin sombrero, sin bastón, y como un loco se dirigió á la plaza.

Allí encontró á los españoles que trataban de aquietar los ánimos, miró hacia los asientos que ocupaban María Clara y sus amigas y los vió vacíos.

—¡Padre cura! ¡padre cura!—le gritaban los españoles, pero él sin hacer caso corrió en dirección de la casa de Capitán Tiago.

Allí respiró: vió á través del transparente caído, una silueta, la adorable silueta de María Clara, y la de la tía que llevaba tazas y copas.

¡Estaban solas! Sintió el corazón aliviado de un terrible peso al no ver al odiado Ibarra.

Tía Isabel no tardó en cerrar las conchas de la ventana y se borró la encantadora imagen de la joven.

El cura se alejó de aquel sitio sin ver á la multitud. Tenía delante de los ojos un hermoso busto de doncella durmiendo y respirando dulcemente; sus párpados estaban sombreados por largas pestañas; la pequeña boca sonreía, y todo el bello semblante respiraba bondad é inocencia.

El corresponsal del periódico de Manila relataba los sucesos que acabamos de referir con su imparcialidad acostumbrada:

«No hemos tenido que lamentar el derramamiento de sangre, gracias á la oportuna intervención del muy reverendo padre Salví, quien desafiando todo peligro, entre aquel pueblo enfurecido, en medio de la turba desenfrenada, sin sombrero, sin bastón, apaciguó las iras de la multitud usando

sólo de su persuasiva palabra, de la majestad y autoridad que nunca faltan al sacerdote de una religión de paz. ¡Los vecinos de San Diego no olvidarán, sin duda, este sublime acto de su heroico pastor y sabrán serle por toda la eternidad agradecidos!»

XXV

La gallera

Para santificar la tarde del domingo se va generalmente á la gallera en Filipinas, como á los toros en España. La riña de gallos, pasión introducida en el país y explotada hace un siglo, es uno de los vicios del pueblo, peor que el opio entre los chinos; allí va el pobre á arriesgar lo que tiene, deseoso de ganar dinero sin trabajar; allí va el rico para distraerse empleando el dinero que le sobra de sus festines y misas de gracia. El gallo es el favorito del indio, come y se acuesta con él y lo rodea de más cuidados y atenciones que al propio hijo.

Puesto que el gobierno lo permite y hasta casi lo recomienda, mandando que el espectáculo sólo se dé en *las plazas públicas, en días de fiesta* (para que todos puedan verlo y el ejemplo cunda) *después de la misa mayor hasta el obscurecer, vamos nosotros*

á asistir á este juego, donde seguramente encontraremos á algunos conocidos.

La gallera de San Diego no se diferencia de las de otros pueblos más que en algunos detalles. Consta de tres departamentos: el primero, ó sea la entrada, es un gran rectángulo de unos veinte metros de largo por catorce de ancho; á uno de sus lados se abre una puerta, que, generalmente, suele guardar una mujer, encargada de cobrar el *sa pintú*, ó sea el derecho de entrada. De esta contribución que cada uno pone allí percibe el gobierno una parte, algunos miles de pesos al año. Dicen que con este dinero, con que el vicio paga su libertad, se levantan escuelas, se construyen puentes y calzadas, se instituyen premios para fomentar la agricultura y el comercio... ¡Bendito sea el vicio que tan buenos resultados produce! En este primer recinto están las vendedoras de buyo, cigarros, golosinas y comestibles. Y allí pululan los muchachos que acompañan á sus padres ó parientes que les inician en los secretos de la vida.

Este recinto comunica con otro de proporciones un poco mayores, una especie de *foyer* donde el público se reúne antes de las *soltadas*. Allí están la mayor parte de los gallos, sujetos por una cuerda al suelo, mediante un clavo de hueso ó de palma brava; allí están los tahures, los aficionados y el perito atador de la navaja; allí se contrata, se medita, se pide prestado, se maldice y se ríe á carcajadas... Aquél acaricia su gallo pasándole la mano por encima del brillante plumaje; éste examina y cuenta las escamas de las patas; unos refieren las hazañas de los combatientes; otros, con el semblante mohino, llevan de las patas un cadáver desplumado... El animal que fué el favorito durante meses, mimado, cuidado día y noche, aho-

ra no es más que un cadáver y va á ser vendido por una peseta, para ser guisado con jengibre y comido aquella misma noche.

El perdidoso vuelve al hogar, donde le esperan su inquieta mujer y sus hijos, sin su dinero y sin el gallo.

En este *foyer* discuten los inteligentes, contemplan, extienden las alas y palpan los músculos de los animales destinados á la pelea. Unos van muy bien vestidos, seguidos y rodeados de los partidarios de sus gallos; otros, sucios, con el sello del vicio marcado en el escuálido semblante, siguen ansiosos los movimientos de los ricos y atienden á las apuestas, porque la bolsa puede vaciarse, pero no saciarse la pasión. Allí no hay rostro que no esté animado; allí desaparece el filipino indolente, apático y callado, y se convierte en un hombre vociferador, inquieto y vehemente.

De este lugar se pasa á la arena, que llaman *Rueda*. El piso, cercado de cañas, es más elevado que el de los dos anteriores. En los lados hay graderías para los jugadores. Durante el combate se llenan estas graderías de hombres y muchachos que gritan, sudan, riñen y blasfeman. En la *Rueda* están los prohombres, los ricos, los tahures famosos, el contratista y el sentenciador. Sobre el suelo, apisonado perfectamente, luchan los animales, y desde allí distribuye el destino á las familias alegrías ó tristezas.

A la hora que entramos vemos ya al gobernadorcillo, á Capitán Pablo, Capitán Basilio y á un tal Lucas, hermano del hombre amarillo muerto por la cabria.

Capitán Basilio se acerca á uno del pueblo y le pregunta:

—¿Sabes qué gallo trae Capitán Tiago?

—No lo sé, señor; esta mañana le han llegado dos; uno de ellos es el *lasak* que ganó al *talisain*.

—¿Crees que mi *bulik* puede luchar con él?

—¡Ya lo creo! ¡Pongo mi casa y mi camisa!

En aquel momento llegaba Capitán Tiago. Vestía, como los grandes jugadores, camisa de lienzo Cantón, pantalón de lana y sombrero de jipijapa. Detrás iban dos criados llevando el *lasak*, gallo blanco de colosales dimensiones.

—Sinang me ha dicho que María estaba enferma

—dijo Capitán Basilio.

—Sí; á causa de los disgustos de estos días; pero ya está mejor.

—¿Perdió usted anoche?

—Un poco; ya sé que usted ha ganado; voy á ver si me desquito.

—¿Quiere usted jugar el *lasak*?—preguntó Capitán Basilio mirando el gallo y pidiéndoselo al criado.

—Según, si hay apuesta.

—¿Cuánto pone usted?

—Menos de dos no lo juego.

—¿Ha visto usted mi *bulik*?—preguntó Capitán Basilio, y llamó á un hombre que cuidaba un pequeño gallo.

Capitán Tiago lo examinó, y después de pesarlo y de analizar las escamas lo devolvió al criado.

—¿Cuánto pone usted?

—Lo que usted.

—¿Dos y quinientos?

—¿Tres?

—¡Tres!

—¡Para la siguiente!

El corro de curiosos y jugadores esparce la noticia de que van á jugar dos célebres gallos; ambos tienen su historia y su fama conquistada. Todos

quieren ver á las dos celebridades, emiten opiniones y hacen profecías.

Entretanto, las voces crecen, aumenta la confusión y el público invade la *Rueda* y asalta las graderías. Los *soltadores* llevan á la arena dos gallos, uno blanco y otro rojo, armados ya, pero con las navajas envainadas todavía.

Se oyen gritos ¡al blanco! ¡al blanco! á los cuales contesta alguna que otra voz ¡al rojo! El blanco era el *llamado* y el rojo el *dejado*.

Entre la multitud circulan algunos guardias civiles; no llevan el uniforme del benemérito cuerpo, pero tampoco van de paisano. Visten pantalón de guingón con franja roja, camisa manchada de azul de la blusa desteñida y gorra de cuartel. Apuestan á la vez que vigilan, riñen y entran con el pretexto de mantener el orden.

Mientras se grita se tienden las manos, agitando monedas y haciéndolas sonar; mientras se busca en los bolsillos el último ochavo ó se empeña la palabra prometiendo vender el carabao ó la próxima cosecha, dos jóvenes, hermanos al parecer, siguen con ojos envidiosos á los jugadores, se acercan, murmuran tímidas palabras que nadie escucha, se ponen cada vez más sombríos y se miran entre sí con disgusto y despecho.

Lucas los observa con disimulo, sonrío malignamente, hace sonar monedas de plata, pasa cerca de los dos hermanos y mira hacia la *Rueda*, gritando:

—¡Pago cincuenta, cincuenta contra veinte por el blanco!

—Ya te decía yo—murmuraba el mayor—que no apostases todo el dinero. ¡Si me hubieses obedecido tendríamos ahora para el rojo!

El menor se acercó tímidamente á Lucas y le tocó en el brazo.

—¿Eres tú?—exclamó éste volviéndose y fingiendo sorpresa.—¿Acepta tu hermano mi proposición ó vienes á apostar?

—¿Cómo quieres que apostemos si lo hemos perdido todo?

—¿Entonces aceptáis?

—¡El no quiere! ¡Si pudieses prestarnos algo, ya que dices que nos conoces!...

—Sí que os conozco; sois Társilo y Bruno, jóvenes y fuertes. Sé que vuestro valiente padre murió de resultas de los cien azotes diarios que le daban esos soldados; sé que no pensáis vengarle...

—No te entrometas en nuestra vida—interrumpió Társilo, el mayor.—¡Si no tuviésemos una hermana ya haría tiempo que estaríamos ahorcados!

—¿Ahorcados? Sólo ahorcan al que no tiene dinero ni protección. Además, el monte está cerca para los que poseen unas piernas ligeras como vosotros.

—¡Ciento contra veinte, voy al blanco!—gritó uno al pasar.

—Préstanos cuatro pesos... tres... dos—suplicó el más joven:—luego te devolveremos el doble; la soltada va á empezar.

Lucas rascóse de nuevo la cabeza.

—¡Tts! Este dinero no es mío, me lo ha dado don Crisóstomo para los que le quieran servir. Pero veo que no sois como vuestro padre; aquel sí que era valiente; el que no lo es que no busque diversiones.

Y se alejó de ellos unos pasos.

—Aceptamos: ¿qué más da? Lo mismo tiene morir ahorcado que de un tiro. Los indios pobres no servimos para otra cosa.

Entretanto se había despejado el redondel é

iba á empezar la pelea. Se despejó la *Rueda*, se callaron las voces y los dos soltadores y el perito atador de navajas se quedaron en medio. A una señal del presidente el perito desnuda los aceros y brillaron amenazadoras las finas hojas.

Los dos hermanos se acercaron tristes y silenciosos al cerco, apoyando la frente contra la caña. Los soltadores sujetan á los dos gallos, cuidando de no herirse. Reina un silencio solemne. Acercan un gallo sujetándole la cabeza para que el otro le picotee y se irrite. Después les hacen verse cara á cara, con lo que los pobres animalitos saben con quién deben luchar. Erízase el plumaje del cuello, se miran con fijeza y rayos de ira se escapan de sus redondos ojos. Entonces ha llegado el momento; los depositan en tierra á cierta distancia y les dejan el campo libre.

Avanzan lentamente. Oyense sus pisadas sobre el duro suelo; nadie habla, nadie se mueve. Bajando y subiendo la cabeza, como midiéndose con la mirada, los dos gallos lanzan sonidos tal vez de amenaza ó de desprecio. Han divisado la brillante hoja que lanza fríos y azulados reflejos; el peligro los anima y dirígense uno á otro decididos, pero á un paso de distancia se detienen y con la mirada fija bajan la cabeza y vuelven á erizar sus plumas. Hay un momento de espectación, de horrible incertidumbre. Mil miradas convergen hacia el lugar donde los gallos permanecen amenazadores é inmóviles, como recogiendo alientos para la inevitable y encarnizada lucha. Reina en la gallera un silencio solemne, en medio del cual se podría oír el zumbar de una mosca.

Al fin los combatientes se lanzan impetuosamente uno contra otro; chocan pico contra pico, pecho contra pecho, acero contra acero y ala con-

tra ala: los golpes se han parado con maestría y sólo han caído algunas plumas. Vuelven á medirse de nuevo; de repente, el blanco vuela, se eleva agitando la mortífera navaja, pero el rojo ha doblado las patas, ha bajado la cabeza y el blanco sólo ha azotado el aire; mas al tocar el suelo, evitando ser herido de espaldas, vuélvese con rapidez y hace frente. Atácale entonces el rojo con furia, pero él se defiende con serenidad; no en vano el público lo ha declarado su favorito y ha apostado por él. Todos siguen trémulos y ansiosos las peripecias del combate, soltando alguno que otro involuntario grito. El suelo se va cubriendo de plumas rojas y blancas, teñidas de sangre. Los golpes menudean, pero la victoria sigue indecisa. Por fin, tentando un supremo esfuerzo, el blanco se lanza para dar el último golpe y clava su navaja en el ala del rojo; pero á su vez ha sido herido en el pecho, y ambos, desangrados, extenuados, jadeantes, permanecen inmóviles hasta que el blanco cae, arroja sangre por el pico y agoniza, agitando las patas de un modo lúgubre; el rojo se mantiene á su lado y cierra lentamente los ojos...

Entonces el sentenciador, de acuerdo con lo que prescribe el reglamento, declara vencedor al rojo.

Una salvaje gritería saluda la sentencia. El que oye el estrépito de lejos comprende que el que ha ganado es el *dejado*; de lo contrario el júbilo no sería tan ruidoso y duraría menos.

—¿Ves?—dijo Bruno con despecho á su hermano,—si me hubieses creído, ahora tendríamos cien pesos. ¡Por tí estamos sin un cuarto!

Társilo no contestó, pero miró á su alrededor como buscando á alguien.

—Allí está hablando con Pedro—añadió Bruno,—y le da dinero.

En efecto, Lucas contaba sobre la mano del marido de la loca Sisa monedas de plata. Cambiaron algunas palabras en secreto, y se separaron, al parecer satisfechos.

—¡Lo habrá contratado! ¡Ese sí que es decidido!
—suspiró Bruno.

Társilo permanecía mudo y pensativo.

—Hermano—exclamó Bruno,—yo voy si tú no te decides.

—¡Espera!—contestó Társilo,—voy contigo; tienes razón; vengaremos al padre, que murió apaleado.

Acercáronse á Lucas, y éste les vió venir y se sonrió.

—¿Qué hay?

—¿Cuánto das?—preguntaron los dos.

—Ya lo he dicho: si os encargáis de buscar otros para sorprender el cuartel, os doy treinta pesos á cada uno de vosotros y diez á cada compañero. Si todo sale bien, recibirá ciento cada uno y vosotros el doble. Ya sabéis que don Crisóstomo es rico.

—¡Aceptado!—exclamó Bruno;—venga el dinero.

—Ya sabía yo que erais valientes como vuestro padre. Venid, que no nos oigan esos que le mataron—dijo Lucas señalando á los guardias civiles.

Y llevándolos á un rincón les dijo mientras les daba el dinero:

—Mañana llega don Crisóstomo y trae armas; pasado mañana á la noche, cerca de las ocho, id al cementerio y os comunicaré sus últimas disposiciones. Tenéis tiempo de buscar compañeros.

XXVI

Planes siniestros

Ibarra había pasado en Manila algunos días. Gracias al afecto del general, no le fué difícil ser recibido por el arzobispo, que se dignó escuchar sus explicaciones, y después de darle buenos consejos, le levantó la excomunión que sobre él había lanzado el padre Dámaso.

El joven creía conjurado para siempre todo peligro, y se apresuró á volver cuanto antes al pueblo de San Diego, con objeto de adelantar su boda con la hija de Capitán Tiago.

Una vez realizada la ilusión de toda su vida, emprendería un largo viaje en compañía de su esposa. De este modo conseguiría que se amortiguasen antiguos resentimientos y no volvería á ver más á su irreconciliable enemigo el padre Dámaso.

Cuando llegó al pueblo, el pobre joven experimentó una decepción horrible. María Clara había cambiado por completo. Mostrábase triste y reservada y se negaba á tener una explicación con él. Durante su ausencia había estado muy enferma, y tanto el padre Salví como el padre Dámaso no habían cesado de aconsejarla. Sobre todo, este último pareció haberla convencido, después de una

larga entrevista, de que no debía casarse con Ibarra. El padre Dámaso que, como sabemos, era el padrino de María Clara y ejercía sobre ésta gran influencia, había triunfado.

Sin embargo, no estaba todavía contento hasta conseguir la completa ruina del joven. Para esto había fraguado un siniestro plan en colaboración con el padre Salví.

Durante la ausencia de éste, había llegado al pueblo de San Diego un joven español llamado Linares, emparentado con el padre Dámaso, el cual se apresuró á presentarlo en casa de Capitán Tiago. Linares era el esposo que ahora destinaban á María Clara. Sólo el padre Salví no se mostraba conforme con este proyecto.

Ibarra, entretanto, sufría horribilmente.

Permanecía días enteros sin salir de casa, abismado en tristes cavilaciones, y todo se le volvía escribir cartas á María Clara, sin obtener respuesta.

Comprendía que el padre Dámaso era el causante de su desdicha, y más de una vez había cruzado por su imaginación la idea de matarlo. Pero el temor de un nuevo escándalo, que sólo haría empeorar su difícil situación, le hacía refrenar su cólera.

Para distraer su pena entregábase á difíciles estudios en su laboratorio.

Un hombre entró de improviso una noche en el cuarto de estudio.

—¡Ah! ¿Eres tú, Elías?

El piloto continuaba mostrando al joven una lealtad y un agradecimiento sin límites.

—Vengo á comunicaros graves noticias. No hay tiempo que perder. Es preciso que recojáis vuestros papeles y huyáis de aquí.

Ibarra miró sorprendido á Elías, y al ver la ex-

presión alterada de su semblante se le cayó la pluma que tenía en la mano. Le dió un vuelco el corazón. Comprendió que le amagaba una nueva desgracia y esperaba anhelante que se explicase su fiel amigo.

—¡Quemad cuanto os pueda comprometer y po-
neos á salvo!

—¿Y por qué?

—Quemad todo papel escrito por vos ó para
vos: el más inocente puede comprometeros.

—Pero ¿por qué? ¡Explícate, Elías!

—Porque acabo de descubrir una conspiración
que se os atribuye para perderos.

—¿Una conspiración? ¿Y quién la trama?

—Me ha sido imposible averiguar el autor de
ella, aunque no es difícil adivinarlo. ¡Quizá el pa-
dre Dámaso! Los frailes nunca perdonan, y menos
ese, que es el más soberbio y cruel de todos. Hace
un momento que acabo de hablar con uno de los
desgraciados pagados para ello y á quien no he po-
dido disuadir.

—¿Y no te ha dicho quién le paga?

—¡Cree que sois vos!

—¡Dios mío, cuánta maldad!—exclamó Ibarra,
y se quedó aterrado.

—¡Señor, no dudéis: no perdamos tiempo, que
la conjuración acaso estalle esta noche mismo!

Ibarra, con los ojos desmesuradamente abiertos
y las manos en la cabeza, parecía no oírle.

—El golpe no se puede impedir—continuó Elías;
—es demasiado tarde, desconozco á sus jefes...
¡Salvaos, señor! ¡Os va en ello el honor y la vida!

—¿Y adónde he de huir?

—A otro pueblo cualquiera, á Manila, á casa
de alguna autoridad, á cualquier parte, para que
no se diga que dirigáis el movimiento.

—¿Y si yo mismo denuncio la conspiración?

—¡Imposible!— exclamó Elías mirándole y retrocediendo;— pasaríais por traidor y cobarde á los ojos de los conspiradores y por pusilánime á los ojos de los otros; se diría que les tendisteis un lazo para hacer méritos...

—¿Qué debo hacer entonces?

—Ya os lo dije: destruir cuantos papeles tengáis que se relacionen con vuestra persona, huir y esperar los acontecimientos... Yo procuraré indagar vuestro paradero y continuar siéndoos útil.

Elías desapareció.

Y el joven, aturdido, atontado por la terrible noticia, abría y cerraba cajones, recogía papeles y rasgaba cartas. Obedecía maquinalmente la orden de Elías, sin saber todavía lo que iba á hacer ni qué partido tomar. ¡Querían perderle! ¡Querían separarle para siempre de María Clara! El padre Dámaso se proponía hacer con el hijo lo que ya había hecho con el padre. Lo encerrarían en un calabozo, lo matarían de tristeza y luego arrojarían su cadáver por una sima. Ahora sentía no haberse vengado ya de aquel hombre, no haberle dado muerte como á una bestia dañina. Al fin su suerte iba á ser bien desgraciada, y los culpables quedarían sin castigo. Sintió que en aquellos momentos se hundía para siempre, en el fondo de su alma, la escasa fe que aun tenía. Y sus dolores, las persecuciones de que le hacían objeto sin motivo justificado, le hicieron pensar en la triste condición de sus paisanos, tiranizados por aquellos hombres crueles y lascivos que se titulaban representantes de una amorosa religión de paz. Y aunque le indignaba la burda comedia inventada para perderle, comprendía que algún día concluiría por conspirar de veras para vengarse de lo que le estaban haciendo sufrir,

para conseguir la rehabilitación de su raza y la libertad de su país.

Rompía cartas y papeles, que humedecía con las lágrimas que caían de sus ojos. No había en ellas nada que pudiese comprometerle, pero obedecía á Elías porque se acordaba de lo que el teniente Guevara le había contado de su padre.

Tan pronto sentía inmensa cólera al acordarse del padre Dámaso, como se apoderaba de su alma profundo desconsuelo al pensar que su felicidad iba á ser truncada para siempre y que ya no podría casarse con María Clara. El plan no podía estar mejor combinado para perderle. Por lo menos conseguirían que las gentes dudasen y que las autoridades le retirasen su protección y aprecio. Y el rubor subía á su rostro al pensar que el general, que tan bondadoso se había mostrado con él, tal vez le creyese capaz de corresponder á su conducta noble y justa con una villanía.

La campana del convento anunciaba la oración de la tarde. Al oír el religioso tañido deteníanse los transeúntes y los hombres se quitaban el sombrero. Los labradores que regresaban del campo montados en sus carabaos deteníanse un momento y murmuraban un rezo; las mujeres se persignaban en medio de la calle y movían con afectación los labios para que nadie dudase de su devoción...

Sólo el padre Salví caminaba de prisa y con el sombrero puesto, sin acordarse de representar su papel. ¡Importante asunto debía preocuparle para olvidarse así de sus propios deberes y de los de la Iglesia!

Subió precipitadamente las escaleras y llamó con impaciencia á la puerta del alférez, que apareció cejijunto, seguido de su cara mitad.

—¡Ah, padre cura! Ahora mismo iba á verle á usted, para decirle que sus cabritas no dejan planta sana en mi jardín.

—Vengo para un asunto importantísimo.

—No puedo permitir que me rompan el cerco, y les pego un tiro si vuelven.

—¡Eso si vive usted mañana!—dijo el cura jadeante, dirigiéndose á la sala.

El fraile señaló la puerta, que el alférez cerró de un puntapié.

—¡Ahora, desembuche usted!—dijo al cura tranquilamente.

El fraile se le acercó y preguntó con misterio:

—¿No sabe usted nada nuevo?

El alférez se encogió de hombros.

—¡De modo que confiesa usted que no sabe nada absolutamente! ¡Vaya!—dijo el fraile lentamente y con cierto desdén.—Ahora se convencerá una vez más de la importancia que tenemos los religiosos.

Y bajando la voz con mucho misterio, dijo:

—¡He descubierto una conspiración!

El alférez dió un salto y miró al fraile lleno de estupor.

—Una terrible y bien urdida conspiración que ha de estallar esta misma noche.

—¡Esta misma noche!—exclamó el alférez corriendo á coger su revólver y su sable colgados de la pared.

—¿A quién prendo? ¿A quién prendo?—gritó.

—¡Cálmese usted, aun hay tiempo, gracias á la prisa que me he dado! Hasta las ocho...

—¡Los fusilaré á todos!

—¡Escuche usted! Esta tarde, una mujer cuyo nombre no debo decir (es un secreto de confesión), se ha acercado á mí y me lo ha descubierto todo.

Pretenden apoderarse del cuartel por sorpresa, saquear el convento, apresar la falúa y asesinarlos á todos los españoles.

El alférez estaba aturdido.

—La mujer no me ha dicho más que esto—añadió el cura.

—¿No ha dicho más? ¡Pues la prendo!

—No lo puedo consentir; el tribunal de la penitencia es el trono del Dios de las misericordias.

—¡No hay Dios ni misericordias que valgan! ¡La prendo!

—Está usted divagando. Lo que usted debe hacer es prepararse; arme usted silenciosamente á los soldados y póngalos en emboscada; mándeme cuatro guardias para el convento y advierta á los de la falúa.

—¡La falúa no está! ¡Lo que haré es pedir auxilio á las otras secciones!

—No, porque entonces lo notarán y no se atreverán á dar el golpe. Lo que importa es cogerlos vivos y hacerlos cantar; digo, usted les hará cantar; yo, en calidad de sacerdote, no debo mezclarme en estos asuntos. ¡Atención! Aquí puede usted ganarse cruces y estrellas; sólo pido que haga constar que soy yo quien le ha prevenido.

—¡Constará, padre, constará, y acaso le caiga una mitra!—contestó el alférez radiante, mirándose las mangas de su uniforme.

—Conque mándeme usted cuatro guardias disfrazados, ¿eh? ¡Mucha discreción! ¡Esta noche á las ocho llueven estrellas y cruces!...

XXVII

La catástrofe

A las ocho de la noche el pueblo de San Diego se sintió sobrecogido de espanto. Se oyeron gritos, detonaciones y carreras. Las tímidas *babays* encendieron cabos de cera bendita delante de las santas imágenes colgadas de las paredes y se postraron de rodillas implorando misericordia. Los chiquillos quedáronse al principio mudos de terror, prorrumpiendo después en gritos y lloros. Algunos curiosos asomaron las narices por las rendijas de puertas y ventanas, pero el olor de la pólvora y el ruido de los disparos hiciéronles retirarse apresuradamente. Unos pocos valientes pretendieron salir á enterarse de lo que pasaba, pero sus mujeres echáronles los brazos al cuello y con súplicas y lágrimas lograron disuadirles de semejante temeridad.

Nadie sabía lo que pasaba ni á qué obedecía aquel tumulto. Creían los tranquilos vecinos que una formidable partida de *tulisanes* había invadido el pueblo. La campana del convento tocaba á rebato. Ladraban los perros de una manera furiosa, y las tranquilas aves de corral, sorprendidas en su primer sueño, armaban una algarabía de mil diablos.

Debía librarse una verdadera batalla á juzgar por las repetidas detonaciones.

Ibarra, al oírlas, salió del aletargamiento en que se encontraba. Hacía dos ó tres horas que estaba sin saber qué resolución tomar. Había roto cartas y papeles maquinalmente, y cansado al fin de aquella tarea, quedóse aniquilado y sin voluntad. Pensó en la fatalidad y en el destino irremediable. Un hado cruel le perseguía desde que había venido al mundo. ¡Hasta la riqueza era para él causa de desdichas y quebrantos! Si en vez de criarse en la opulencia hubiese nacido pobre, quizás fuese más feliz. No codiciarían entonces su oro y nadie le tendrí­a envidia. Sería un ignorante como la mayoría de sus paisanos y sufriría como ellos, resignado, sin que en su alma se despertasen anhelos de libertad y de justicia.

Poco á poco le acudían á la mente todos los recuerdos de su vida. Recordaba, sobre todo, los días felices de su infancia pasados en compañía de María Clara, á la que había amado siempre. Y volvía á ver la muchacha morena de ardientes ojos negros y abundante cabellera de ébano, para la cual tejía coronas de azahar y olorosas sampagas, cuando se bañaban en el lago y paseaban los días enteros correteando por el bosque. ¡Luego sobrevino la dolorosa separación! Su padre quería hacer de él un hombre instruído y lo envió á Europa. Su alma de adolescente sintió entonces emociones indecibles. Cruzó mares de esmeralda y contempló desde la toldilla del vapor países de ensueño. Experimentó en aquel tiempo la sensación dulcísima del pajarillo que por primera vez extiende las alas y se pierde en el cielo azul. El espectáculo del mundo aumentó su ingénita bondad. Ante su vista desplegaronse nuevos y dilatados horizontes. Al princi-

pio se sintió deslumbrado... Durante la larga travesía del vapor que lo conducía á Europa, pasaba las noches enteras sentado en la cubierta contemplando los astros y la estela fosforescente que dejaba en pos de sí el gallardo navío. Pensaba entonces como todos los jóvenes enamorados, y aunque su espíritu rebosaba alegría infinita, complacíase en las ideas tiernas y melancólicas. Y veía en los rayos de la luna pliegues de flotantes vestiduras que le recordaban los vaporosos encajes con que se adornaba la hija de Capitán Tiago. ¡Y de sus ojos brotaban lágrimas dulcísimas semejantes á un rocío primaveral!...

La civilización europea le había fascinado al principio. Los grandes bulevares, los magníficos *squares* y soberbios edificios le hicieron pensar con tristeza en la humilde y primitiva aldehuela de cañas y nipa donde se había criado y en las vetustas y agrietadas murallas de Manila. Pero lo que más le sorprendió fué la consideración y el respeto con que le trataban en todas partes, y que ofrecían singular contraste con las humillaciones que hacían sufrir á cada paso á los mestizos de bronceado rostro los españoles de Filipinas. No tardó, sin embargo, en descubrir el secreto. En Europa ya no había preocupaciones, ni creencias, ni pureza de sangre, ni distinción de linajes. Sólo se adoraba á un dios, y era éste el becerro de oro. Las consideraciones y respetos que le tenían no eran para él, sino para su dinero. De todos modos, se sentía halagado y se consideraba feliz muchas veces al ver que por un puñado de monedas le servían humildemente los hombres blancos, tan orgullosos y despóticos en los países conquistados. Mas conforme transcurría el tiempo cambiaba de pensar y experimentaba una piedad infinita por los

pobres pueblos europeos donde, á pesar de los progresos realizados, todavía existía la esclavitud. Y al ver las multitudes famélicas y sucias que vivían amontonadas en los suburbios de la ciudades y se agolpaban á las puertas de los asilos y de los cuarteles en busca de un plato de bazofia repugnante, y los labriegos de fisonomía bestial, con el cerebro duro como los terrones que arañaban desde tiempos seculares, y las manadas de obreros que á cambio de un salario irrisorio trepaban á los andamios, se achicharraban en las fraguas y se consumían en las minas, pensaba que los indios filipinos eran más felices, porque nunca les faltaba un plato de arroz y frutas de los árboles para alimentarse...

Se sucedían los recuerdos de una manera vertiginosa.

De nuevo se encontraba en su país. La alegría de pisar otra vez el suelo natal veíase amargada por la noticia de la muerte de su padre. La felicidad de ser todavía correspondido por María Clara, había sido casi eclipsada por el conocimiento de una historia horrible. Las palabras del teniente Guevara resonaban nuevamente de una manera lúgubre en sus oídos. Imaginábase á su desgraciado padre encarcelado, abandonado de todos, moribundo, y surgía ante sus ojos, iluminados por la ira, la vengativa figura del padre Dámaso. Crueles remordimientos hacían presa de su alma. ¡Era un mal hijo que no había sabido vengarse de los verdugos de su padre! ¡Lo había cegado el amor! El deseo de ser feliz al lado de la mujer amada le había hecho olvidar los agravios. De poco le había servido su egoísta conducta. Sus implacables enemigos, los que habían asesinado al autor de sus días y ni siquiera habían respetado sus cenizas, le

asestaban ahora, en pago de su generoso proceder, un terrible golpe para labrar definitivamente su ruina. No era difícil pronosticar su suerte. Le esperaban la cárcel, la deshonra y el desprecio de todos. El siniestro plan que acababa de revelarles Elías estaba hábilmente urdido y produciría los efectos que sus autores deseaban.

Ante esta villanía, ante este nuevo atentado contra su dicha, experimentaba una desesperación sin límites. Todas sus energías parecían haberse agotado de repente. ¡Era su destino! ¡Era la fatalidad que les perseguía desde la cuna! ¡Era la triste suerte de sus antepasados! ¡La suerte del abuelo ahorcado en la rama del *baliti*, en medio del bosque!... ¡La suerte del padre, lanzando el último suspiro en un oscuro calabazo!... ¡No quería luchar más! ¡Que los implacables enemigos de su familia terminasen su obra!...

Ibarra sollozaba como un niño, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. El ruido de los disparos le volvió á la realidad. ¡Estaba perdido! Y sin pérdida de tiempo, se dispuso á poner en práctica el consejo de Elías. Se levantó como un loco, entró en el gabinete y quiso preparar una maleta. Abrió una caja de hierro, sacó todo el dinero que allí había y lo metió en un saco. Recogió sus alhajas, descolgó un retrato de María Clara y se puso al cinto un puñal y un revólver.

En aquel instante tres fuertes golpes resonaron en la puerta.

—¿Quién va?—preguntó Ibarra con voz alterada.

—¡Abra en nombre del rey, abra en seguida ó echamos la puerta abajo!—contestó una voz imperiosa en español.

Ibarra miró hacia la ventana; brillaron sus ojos

y amartilló su revólver; pero, cambiando de idea, dejó el arma y fué á abrir él mismo en el momento que acudían los criados.

Tres guardias le cogieron al instante.

—¡Dése usted preso en nombre del rey!—dijo el sargento.

—¿Por qué?

—Ya se lo dirán á usted.

El joven reflexionó un momento, y no queriendo tal vez que los soldados descubriesen sus preparativos de huída, cogió el sombrero y dijo:

—¡Estoy á su disposición!

—Si usted promete no escaparse, no le maniataremos; el alférez le hace esta gracia; pero si hace la menor intención de huir le levantaremos la tapa de los sesos.

Elías, que había estado rondando por el pueblo á fin de adquirir noticias y por los alrededores de la casa de Ibarra, al ver salir á éste, conducido por los guardias, saltó la tapia, trepó por la ventana y penetró en el gabinete.

Elías vió los papeles, los libros, las armas y los saquitos que contenían el dinero y las alhajas. Reconstituyó en su imaginación lo que allí había pasado, y viendo tantos papeles que podían comprometer pensó recogerlos y enterrarlos.

Lanzó una mirada al jardín y á la luz de la luna vió relucir las bayonetas y capacetes de dos guardias civiles que venían hacia la casa.

Entonces tomó una resolución: amontonó ropas y papel en medio del gabinete, vació encima una lámpara de petróleo y prendió fuego. Ciñóse precipitadamente las armas, cogió los dos sacos de dinero y saltó por la ventana.

Ya era tiempo; los guardias civiles penetraban en la casa.

Repartieron unos cuantos culatazos entre los criados y subieron las escaleras. Mas no pudieron entrar en las habitaciones, de las cuales salía una espesa humareda y grandes lenguas de fuego que lamían puertas y ventanas.

—¡Fuego! ¡fuego!—gritaron todos, y su primera intención fué apagar el incendio.

Pero bien pronto se convencieron de que esto era imposible y sólo pensaron en ponerse á salvo.

Ibarra era aficionado á los estudios químicos y tenía un pequeño laboratorio. Cuando llegaron á él las llamas, estalló una detonación formidable que concluyó de aterrorizar á los pobres habitantes de San Diego.

El viejo edificio, tanto tiempo respetado por los elementos, estaba convertido en una espantosa hoquera. Crepitaban las maderas y se desplomaban los techos. En el sitio donde estaba el laboratorio surgían llamaradas verdes y azules. Sobre la inmensa fogata veíase una bandada de blancas palomas que huían asustadas.

Los criados indios, sentados en cuclillas, contemplaban tranquilamente la obra destructora del incendio mascando buyo. Los guardias imitaron su ejemplo y se sentaron también.

Aquellos amarillos semblantes no expresaban alegría ni pena. Parecían los misteriosos sacerdotes del elemento sagrado y purificador.

En el cielo brillaba la luna, cuyos pálidos rayos parecían más blancos al lado de los rojizos resplandores del incendio.

Reinaba un silencio solemne. La bandada de candidas palomas habíase posado en lo alto de un cocotero, quizás para contemplar también la destrucción del viejo edificio que solían engalanar con una fimbria de rizadas plumas y patitas de co-

lor de rosa. El pueblo de San Diego habíase sumido de nuevo en el reposo. Las campanas del convento habían cesado de tocar á rebato y la alta torre semejaba un mudo fantasma, acariciado por la luz de la luna. Sólo se escuchaba de cuando en cuando el lúgubre ladrido de un can. De la parte del bosque llegaban mil ruidos confusos que parecían aumentar el majestuoso silencio de la noche. Eran zumbar de insectos, silbidos de serpientes y desperezos de alas.

Los indios continuaban contemplando impasibles el devastador incendio. Del pueblo no llegaba tampoco ningún auxilio, y las llamas, coronadas de inquietas chispas y penachos de humo, apenas tenían ya cosa que consumir en el vasto edificio.

Cantó un gallo y pronto le contestó una algarabía infernal. De las casas, de los árboles y del bosque se elevó en el aire un cacareo infinito.

Comenzaron á palidecer las estrellas y el cielo á hacerse transparente.

En el sitio que había ocupado la casa sólo había un montón de pavesas.

Los criados continuaban como petrificados en contemplativo éxtasis.

—¡Abá! ¡Se acabó!—murmuró uno de ellos levantándose.

Los otros le imitaron y se dirigieron al pueblo, quizás á inquirir noticias de su amo.

Otro incendio empezaba entonces á inflamar el cielo y abrasar la tierra.

¡Había salido el sol!...

XXVIII

¡Væ victis!

Acababa de amanecer.

La calle donde estaban el cuartel y el tribunal continuaba desierta y silenciosa.

Sin embargo, poco á poco se fueron abriendo con cautela algunas ventanas y asomándose á ellas semblantes curiosos.

Al cuarto de hora, la calle estaba animadísima. Primero salieron de las casas los perros, las gallinas y los cerdos; á estos animales siguieron unos cuantos chicuelos cogidos del brazo, que fueron acercándose recelosamente al cuartel; después algunas viejas con el pañuelo atado debajo de la barba y un rosario en la mano, aparentando rezar para que los soldados les dejaran el paso libre. Cuando se vió que se podía andar sin recibir un tiro, empezaron á salir los hombres afectando indiferencia. Al principio se limitaron á dar pequeños paseos delante de sus casas, acariciando el gallo. Después se fueron alejando hasta llegar al tribunal.

Circulaban diferentes versiones sobre los sucesos de la noche. Una de ellas era que Ibarra, con sus criados, había querido robar á María Clara, á

quien había defendido Capitán Tiago ayudado por la guardia civil. Habían resultado treinta muertos, y Capitán Tiago, que estaba también herido, se marchaba precipitadamente á Manila con su familia.

A las siete y media la versión era ya clara y detallada.

—Acabo de estar en el tribunal, donde he visto preso á don Crisóstomo—decía un hombre en medio de un corro de gente.—He hablado con uno de los cuadrilleros que están de guardia y me ha enterado de todo. Como, según parece, Capitán Tiago trata ahora de casar á su hija con un joven español, don Crisóstomo, ofendido, quiso vengarse matando á todos los españoles, incluso al cura, y anoche, al frente de unos cuantos bandoleros, atacó el cuartel y el convento. Ellos fueron los que hicieron los disparos que nos llenaron de espanto. Gracias á la misericordia de Dios, el cura no estaba en el convento y á esto debe su salvación. Los guardias civiles quemaron la casa de don Crisóstomo, y por poco le queman á él también.

—¿Le quemaron la casa? ¡Qué lástima! ¡Tan grande! ¡Tan hermosa!...

—¡Ved cómo todavía se ve desde aquí el humo! —dijo el narrador.

Todos se volvieron hacia el sitio que ocupaba la casa de Ibarra. Una ligera columna de humo subía aún lentamente al cielo. Todos hacían comentarios más ó menos piadosos, más ó menos acusadores.

—¡Pobre joven!—exclamó un viejo, marido de la Puté.

—¡No digas eso! Todavía no ha mandado decir una misa por su padre, que sin duda la necesitará más que los otros.

—Pero, mujer, ¿no tienes compasión?

—¿Compasión de los excomulgados? Es un peca-

do tenerla con los enemigos de Dios, dicen los curas. ¿Os acordáis? ¡En el camposanto andaba como en un corral, pisándolo todo, sin respeto á nada!

—Y ¿qué es el camposanto de San Diego, más que un corral donde pastan las cabras del cura y se guarecen los cerdos?

—¡Vamos!—gritó Hermana Puté fuera de sí.— ¡No defiendas de ese modo á quien Dios tan claramente castiga! ¡Verás cómo te prenden á ti también! ¡Es una estupidez querer sostener una casa que se cae!

El marido se calló ante el argumento.

—¡Después de pegar al padre Dámaso sólo le faltaba matar al padre Salví!—prosiguió la vieja.

—No me puedes negar que era bueno cuando chico—contestó el hombre para disculparse.

—Sí, era bueno—replicó la vieja,—pero se fué á España, y todos los que se van á España se vuelven herejes, según dicen los curas.

—Y el cura—replicó el marido,—y todos los curas, y el arzobispo, y el Papa, y la Virgen, ¿no son de España? ¡Abá! ¿Son también herejes?

Los guardias civiles paseábanse con aire siniestro delante de la puerta del tribunal, amenazando con la culata de su fusil á los atrevidos chicuelos que se encaramaban á las rejas para ver lo que pasaba dentro.

Sobre una mesa de la sala emborronaban papeles el directorcillo y dos escribientes. El alférez paseábase de un lado á otro, mirando de cuando en cuando con aire feroz hacia la puerta. Más orgulloso no habría parecido Temístocles en los Juegos Olímpicos, después de la batalla de Salamina. Doña Consolación bostezaba en un rincón, enseñando dos hileras negras de dientes. Había conseguido de su marido, á quien la victoria había hecho

amable, le dejase presenciar el interrogatorio y acaso las torturas consiguientes. La hiena olía el cadáver, se relamía y le aburría el retardo del suplicio.

El gobernadorcillo estaba muy compungido. Su sillón, aquel sillón colocado debajo del retrato de S. M., estaba vacío y parecía destinado á otra persona.

Cerca de las nueve el cura llegó, pálido y ceji-junto.

—¡Caramba! ¡Cuánto se ha hecho usted esperar! —le dijo el alférez.

—¡Preferiría no asistir! —contestó el padre Salví hipócritamente.

—¿Ya sabe usted que salen esta tarde?

—¿Todos?

—Ibarra, el teniente mayor y los ocho detenidos. Bruno murió á media noche, pero ya consta su declaración.

El teniente mayor había sido detenido también como sospechoso. Los frailes no podían perdonarle el desprecio que les había hecho no expulsando á Ibarra del local donde se celebraba la representación el último día de la fiesta.

El cura saludó á doña Consolación, que respondió con un bostezo, y ocupó el sillón debajo del retrato de S. M.

—¡Podemos empezar! —dijo.

—¡Sacad á los dos que están en el cepo! —ordenó el alférez con voz que procuró hacer lo más terrible posible.

Y volviéndose al cura, añadió cambiando de tono:

—¡Están metidos saltando dos agujeros!

Para los que no conocen los instrumentos de tortura empleados en Filipinas, les diremos que el

cepo es uno de los más inocentes. Los agujeros en que se introducen las piernas de los detenidos distan poco más ó menos un palmo; saltando dos agujeros, la abertura entre las extremidades inferiores es de más de una vara, y el preso, en posición tan molesta, sufre horribles dolores. Esta tortura no produce la muerte sino después de bastante tiempo.

El carcelero, seguido de cuatro soldados, retiró el cerrojo y abrió la puerta. Un olor nauseabundo y un aire espeso y húmedo se escaparon de la densa obscuridad, á la vez que se oyeron algunos lamentos y sollozos. Un soldado encendió un fósforo, pero la llama se apagó en aquella atmósfera viciada y corrompida, y tuvieron que esperar á que el aire se renovase.

A la vaga claridad que entró por la puerta se columbraron algunas formas humanas: hombres abrazados á sus rodillas y ocultando la cabeza entre ellas, tendidos boca abajo, en actitudes desesperadas... Oyéronse terribles golpes y rechinar de cadenas, acompañados de juramentos: se abría el cepo.

Doña Consolación estaba inclinada hacia adelante, tendidos los músculos del cuello, los ojos salientes clavados en la entreabierta puerta.

El padre Salví, sentado en el sillón, con el rostro macilento y los ojos hundidos, evocaba el recuerdo de los grandes inquisidores de su raza. Como ellos, era un histérico, un cerebro perturbado por las ideas místicas, un temperamento lascivo devorado por ardientes deseos. Su aire compungido y su palidez cada vérica no podían disimular el gozo que experimentaba en aquellos instantes. El ruido de las cadenas, de los golpes y de los lamentos le producían una sensación voluptuosa. No era un bárbaro cruel, como el padre Dámaso, capaz de toda clase de des-

plantes y violencias. Inclinabáse más bien á los clásicos refinamientos inquisitoriales, á torturar con *suavidad*, con arte, usando instrumentos raros, inventados por hombres perversos. Aquel hombre había nacido para fraile ó para esbirro. Lo primero era menos expuesto, y por eso había abrazado el estado eclesiástico. Pertenecía á la infame ralea de seres cobardes que apalean á hombres maniatados é indefensos. Era de los que saben arrastrarse y fingir humildad para luego poner el pie sobre el cuello de sus enemigos. ¡No había más que negruras en su alma! Su mayor placer hubiera sido desempeñar el papel de verdugo ejecutando un reo de muerte. Sin duda alguna habría sentido entonces deliciosos espasmos. Padecía esa clase de erotismo que siente el mayor goce en los actos genésicos acompañados de las torturas de la carne. ¡Pobre María Clara, si algún día llegaba á caer en sus manos!...

El alférez, por su parte, también representaba á las mil maravillas su papel de soldadote brutal. Se afilaba los enormes bigotes, lanzaba terribles miradas con sus vidriosos ojos de borracho, y carraspeaba á menudo en son de amenaza.

Entre dos soldados salió una figura sombría, Társilo, el hermano de Bruno. Llevaba las manos sujetas con esposas, y sus ropas estaban desgarradas. Sus ojos se fijaron insolememente en la mujer del alférez.

—Este es el que se defendió con más bravura y mandó huir á sus compañeros—dijo el alférez al padre Salví.

Detrás salió otro preso lamentándose y llorando como un niño: cojeaba al andar y tenía el pantalón manchado de sangre.

—¡Misericordia, señor, misericordia!—gritaba el infeliz.

—Es un tunante—observó el alférez hablando con el cura;—quiso huir, pero ha sido herido en el muslo.

—¿Cómo te llamas?—preguntó á Társilo.

—Társilo Alasigán.

—¿Qué os prometió don Crisóstomo para que atacaseis el cuartel?

—Don Crisóstomo jamás ha hablado con nosotros.

—¡No lo niegues!

—¡Es la verdad! Matasteis á mi padre á palos, y mi hermano Bruno y yo quisimos vengarlo.

Silencio y sorpresa general.

—¡Nos vas á decir quiénes son tus otros cómplices!—amenazó el alférez blandiendo un bejuco.

Una sonrisa de desprecio asomó á los labios del reo.

—¡No sabréis nada más! ¡Matadme si queréis!

El alférez conferenció algunos instantes en voz baja con el cura, y volviéndose á los soldados, ordenó:

—¡Conducidlo adonde están los cadáveres!

En un rincón del patio, sobre un carretón viejo, estaban amontonados cinco cadáveres, medio cubiertos por un pedazo de estera rota. Un soldado se paseaba de un extremo á otro.

—¿Los conoces?—preguntó el alférez levantando la estera.

Társilo no respondió; vió el cadáver del marido de la loca, el de su hermano acribillado de bayonetazos y el de Lucas, al cual también habían dado muerte para que no dijese la verdad y descubriese la espantosa trama inventada por los frailes.

Su mirada se volvió sombría y se escapó de su pecho un profundo suspiro.

—¿Los conoces?—le volvieron á preguntar.

Társilo permaneció mudo.

Un silbido rasgó el aire, y el bejuco azotó sus espaldas. Hizo un supremo esfuerzo para no lanzar un quejido. Cerró los ojos, apretó los dientes y sus músculos se contrajeron. Los bejucazos se repitieron, pero Társilo siguió impasible.

—¡Que le den de palos hasta que reviente ó declare!—gritó el alférez exasperado.

—Habla—le dijo el gobernadorcillo,—si no vas á perder la piel.

Társilo hizo como que no oía, y continuó guardando silencio.

Volvieron á conducirlo á la sala donde el otro preso invocaba á los santos temblando como un azogado.

—¿Conoces á ese?—preguntó el padre Salví.

—¡Es la primera vez que le veo!—continuó Társilo mirando al otro con cierta compasión.

El alférez le dió un puñetazo en las mejillas que le hizo brotar sangre de la boca.

Un rayo de cólera cruzó por los tristes ojos del prisionero. El alma del pobre indio protestaba contra aquel nuevo ultraje inferido á la dignidad humana. Pudo dominarse no obstante. Perdería la vida, si era preciso, pero no sabrían nada por él. Creía de buena fe que su jefe era Ibarra, y prometía no comprometerle más de lo que estaba con sus palabras. ¡Algún día los vengarían á todos!... Y al pensar esto sintió un consuelo infinito, un valor sin límites. Los vengarían á todos y someterían á aquellos verdugos á los mismos tormentos.

—¡Atadle á un banco!

Sin quitarle las esposas, manchadas de sangre, fué sujetado á un banco de madera. El infeliz miró en derredor suyo como buscando algo, vió á doña Consolación y rióse sardónicamente.

—No he visto mujer más fea que esa en los días de mi vida—exclamó Társilo en medio del silencio general.—Sólo un hombre tan estúpido como el alférez podía enamorarse de semejante estantigua.

La ofendida señora se levantó, como si la hubiese picado una víbora, y corrió hacia el preso con ánimo de abofetearle.

—¡Amordazadle!—gritó el alférez temblando de ira.

Era lo único que deseaba Társilo, y sus ojos brillaron de satisfacción.

A una señal del alférez, un guardia, armado de un bejuco, empezó su triste tarea. Todo el cuerpo de Társilo se contrajo; se oyó un rugido prolongado á pesar del lienzo que le tapaba la boca; bajó la cabeza; sus ropas se mancharon de sangre.

El padre Salví, pálido y con la mirada extraviada, no perdía un detalle del horrible suplicio.

Al fin, el soldado dejó caer el brazo jadeante. El alférez, pálido de ira y asombro al ver que tampoco daba resultado esta nueva prueba á que había sido sometido el prisionero, mandó que le desatasen.

Doña Consolación se levantó entonces y murmuró al oído del marido algunas palabras. Este movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Al pozo con él!—dijo.

Los filipinos saben lo que esto quiere decir; en tagalo lo traducen por *timbain*.

No sabemos quién habrá sido el que ha inventado este procedimiento, pero juzgamos que debe de ser bastante antiguo. Por lo menos debe remontarse á la llegada de los españoles.

En medio del patio del tribunal se levantaba el brocal de un pozo, hecho groseramente con piedras vivas. Un rústico aparato de caña, en forma

de palanca, servía para sacar agua, viscosa, sucia y maloliente. Todos los cacharros rotos iban á parar á su fondo. Sin embargo, no se cegaba jamás. Algunas veces se condenaba á los presos á limpiarlo, no porque aquel castigo fuera útil, sino por las dificultades que el trabajo ofrecía; preso que descendía allí una vez, cogía una fiebre de la que moría regularmente.

Társilo contemplaba los preparativos de los soldados con la mirada fija. Estaba muy pálido y sus labios temblaban ó murmuraban una oración. Parecía haber desaparecido, ó por lo menos haberse debilitado su altivez.

Llevarónle al lado del brocal, seguido de doña Consolación, que sonreía. El desventurado lanzó una mirada de envidia hacia el montón de cadáveres y se escapó de su pecho un suspiro.

—¡Habla!—volvió á decirle el directorcillo.—
¡Te ahorcarán de todos modos, pero al menos morirás sin haber sufrido tanto!

Le quitaron la mordaza y le colgaron de los pies. Debía descender de cabeza y permanecer algún tiempo debajo del agua.

El alférez sacó un reloj para contar los minutos.

Entretanto Társilo pendía con la larga cabellera ondeante y los ojos cerrados.

—Si sois cristianos, si tenéis corazón—suplicó en voz baja,—bajadme con rapidez ó haced que mi cabeza choque contra la pared y me muera. Dios os premiará esta buena obra... ¡Quizás algún día os veáis como yo!

El alférez ordenó el descenso reloj en mano.

—¡Despacio! ¡despacio!—gritaba doña Consolación siguiendo al infeliz con la vista.

La palanca bajaba lentamente; Társilo rozaba

contra las piedras salientes y las plantas inmundas que crecían entre las grietas. Después la palanca cesó de moverse; el alférez contó los segundos.

—¡Arriba!—mandó secamente al cabo de medio minuto.

El ruido de las gotas al caer sobre el agua anunció la vuelta del reo á la luz. Esta vez, como el peso del balancín era mayor, subió con rapidez. Los pedruscos arrancados de las paredes caían con estrépito.

Cubiertas de asqueroso cieno la frente y la cbellera, llena la cara de heridas y rozaduras y el cuerpo mojado, apareció el pobre Társilo á los ojos de la multitud silenciosa.

—¿Quieres declarar?—le preguntaron.

El reo, con una tenacidad heroica, movió la cabeza negativamente.

La palanca rechinó nuevamente y el condenado volvió á desaparecer en el negro agujero. El alférez contó un minuto.

Cuando Társilo volvió á subir, sus facciones estaban contraídas y amoratadas.

—¿Declaras ó no?—volvió á preguntar el alférez.

Társilo movió la cabeza negativamente una vez más y volvieron á descenderle.

Cuando lo sacaron, las facciones de Társilo ya no estaban contraídas; los entreabiertos párpados dejaban ver el fondo blanco del ojo; de la boca salía agua cenagosa con estrías sanguinolentas... ¡Estaba muerto!

Todos se miraron en silencio, consternados. El alférez hizo una seña para que lo descolgasen y se alejó pensativo. El padre Salví, más pálido que nunca y con los ojos más hundidos, imitó su

ejemplo. Doña Consolación aplicó varias veces la punta de su cigarro á las piernas desnudas del reo, pero el desgraciado no se estremeció, porque ya hacía rato que había dejado de sufrir para siempre.

El otro preso contemplaba la escena temblando y mirando como un loco á todas partes.

El alférez encargó al directorcillo que le interrogase.

—¡Señor! ¡señor! ¡diré todo lo que vos queráis!...

XXIX

El maldito

Pronto se extendió por el pueblo la noticia de que los reos iban á partir.

Las familias de los desgraciados corrían como locas.

Iban del convento al cuartel, del cuartel al tribunal, y no encontrando en ninguna parte consuelo llenaban el aire de gritos y gemidos. El cura se había encerrado fingiéndose enfermo; el alférez había aumentado sus guardias, que recibían á culatazos á las mujeres suplicantes; el gobernadorcillo, ser completamente inútil, parecía más tonto y más inútil que nunca. Frente á la cárcel se agita-

ban gesticulando las mujeres que aun tenían fuerzas; las que no dejábanse caer en el suelo llamando á voces á las personas queridas.

El sol abrasaba y ninguna de aquellas infelices pensaba retirarse. Doray, la alegre y feliz esposa de don Filipo el teniente mayor, vagaba desolada llevando en brazos á su tierno hijo.

—Retiraos—le decían;—vuestro hijo va á coger una calentura.

—¿A qué vivir si no ha de tener un padre que lo eduque y mire por él?—contestaba la desconsolada mujer.

—¡Vuestro marido es inocente! ¡No tardará en volver!

Capitán Tinay lloraba y llamaba á su hijo Antonio, y la valerosa capitana María miraba hacia la pequeña reja, detrás de la cual estaban sus dos únicos hijos gemelos.

—De todo esto tiene la culpa don Crisóstomo—suspiraba una vjeja.

A las dos de la tarde un carro descubierto, tirado por dos bueyes, se paró delante del tribunal. El carro fué rodeado de la multitud, que quería desengancharlo y destrozarlo.

—¡No hagáis eso!—gritó Capitana María.—¿Queréis que vayan á pie?...

Esto detuvo á las familias. Veinte soldados salieron y rodearon el vehículo. Después salieron los presos.

El primero fué don Filipo, atado codo con codo. Saludó sonriendo melancólicamente á su esposa, que rompió á llorar, y quiso atravesar por el medio de los guardias para darle el último abrazo. Antonio, el hijo de Capitana Tinay, apareció llorando como un niño, con lo cual se aumentó grandemente el dolor de su familia. Albino, el exe-

minarista, estaba también maniatado, lo mismo que los dos gemelos de Capitana María. Estos tres jóvenes aparecían tranquilos. El último que salió fué Ibarra, conducido por dos guardias civiles.

—¡Ese es el que tiene la culpa!—gritaron muchas voces.—¡Tiene la culpa y va suelto!

Ibarra se volvió á sus guardias:

—¡Atadme!

—¡No tenemos orden!

—¡Atadme!

Los soldados obedecieron.

El alférez apareció á caballo, armado hasta los dientes y seguido de quince soldados más.

Todos los presos tenían familias, esposas ó hermanas que llorasen por ellos. ¡Ibarra no tenía á nadie!

El dolor de las familias se trocó en ira contra el joven, acusado de haber promovido el motín. El alférez dió la orden de partir. La multitud se arremolinó amenazadora. Resonaron con más fuerza los gritos y lamentos. Los soldados tenían que hacer grandes esfuerzos para no ser arrollados.

—¡Cobarde!—gritaba una vieja amenazando con los puños á Ibarra.—Mientras los otros se peleaban por ti, tú te escondías, ¡cobarde!

—¡Maldito seas!—le decía un anciano siguiéndole;—¡maldito el oro amasado por tu familia para turbar nuestra paz! ¡Maldito! ¡Maldito!

—¡Ojalá te ahorquen, hereje!—le gritaba una pariente de Albino, y sin poderse contener, cogió una piedra y se la arrojó.

El ejemplo fué pronto imitado, y sobre el desgraciado joven cayó una lluvia de piedras.

Ibarra sufrió impasible, sin ira, sin quejarse. Más de una vez estuvo á punto de gritar que era inocente y de pronunciar los nombres de los ver-

daderos culpables. Pero no despegó los labios. Nadie le hubiera hecho caso, ó más bien, sólo habría conseguido aumentar la cólera de los que le creían el jefe de la descabellada conspiración.

El alférez trató de contener á la multitud, pero las pedradas y los insultos no cesaron.

El cortejo se alejó, sin que Ibarra viese á uno solo de los que se titulaban sus amigos.

Vió el joven las humeantes ruinas de su casa, de la casa donde había nacido y se habían deslizado los días felices de su niñez... Las lágrimas, largo tiempo reprimidas, brotaron al fin de sus ojos... Dobló la cabeza y se entregó á su profundo dolor. ¡Ya no tenía hogar, ni nada de lo que hace grata la existencia!... ¡Sus terribles enemigos se lo habían arrebatado todo en un momento!...

XXX

Patria é intereses

El telégrafo comunicó sigilosamente el suceso á Manila, y algunas horas después hablaban de él con mucho misterio los periódicos, convenientemente revisados por el fiscal. Las noticias particulares, emanadas de los conventos, fueron las que primero corrieron de boca en boca. El hecho, desfi-

gurado de mil maneras, era creído con más ó menos facilidad, según adulaba ó contrariaba las pasiones y el modo de pensar de cada uno.

Sin que la pública tranquilidad apareciese turbada, al menos aparentemente, se alteraba la paz de muchos hogares. Comenzaron las persecuciones, las delaciones y las venganzas. Los naturales del país de carácter un poco independiente, fueron objeto de un vil espionaje. Los frailes aprovecharon la ocasión para apretar los tornillos de la máquina, que hasta entonces había obedecido solamente á su omnimoda voluntad, y que parecía aflojarse. El capitán general tuvo que someterse á ellos incondicionalmente y comenzó á creer en la perfidia de los mestizos. El golpe dado por el padre Dámaso en colaboración con el padre Salví, producía los efectos apetecidos. El general sintió verdadera indignación al enterarse de la intentona cuya dirección atribuían á Ibarra, y se propuso ser inexorable. El buen señor había caído en el lazo como los demás habitantes del archipiélago. Inmediatamente se inventó una leyenda que convirtió en héroes al cura de San Diego y al alférez de la guardia civil. El mismo general, que en medio de su *bonhomie* era un sujeto aprovechado, trató de sacar partido del malhadado suceso. Telegrafió á la Península diciendo que en el pueblo de San Diego, vecino á la capital, se había levantado una numerosa partida, felizmente disuelta gracias á la buena organización del ejército y á confidencias que personalmente había recibido en su reciente viaje; al mismo tiempo enviaba una extensa lista, proponiendo recompensas para sus amigos y paniaguados.

Mientras una parte de la población vislumbraba cruces, condecoraciones, empleos y dignidades, la otra veía levantarse en el horizonte obscura nube,

en cuyo fondo se dibujaban negras siluetas, rejas y cadenas y aun el fatídico palo de la horca.

En los conventos reinaba la mayor agitación. No cesaban de entrar y salir carruajes llevando á los provinciales, que celebraban entre sí conferencias secretas. En el palacio de Malacañán no se interrumpían por un solo momento las visitas de conspicuos personajes y frailes de todas castas que iban á ofrecer su apoyo *al gobierno, que corría gravísimo peligro.*

—¡Un *Te Deum*, un *Te Deum!*—decía un fraile franciscano;—¡esta vez que nadie falte en el coro! No es poca bondad de Dios hacer ver, precisamente en estos momentos de impiedad, cuánto valemos nosotros.

—Con esta leccioncita se estará mordiendo los labios el generalillo Mal-Agüero—contestaba otro.

—¡Qué habría sido de él sin las corporaciones!

—Y para mejor celebrar el triunfo, que adviertan al hermano cocinero y al procurador... ¡Gaudemus por tres días!

—¡Amén! ¡Amén! ¡Viva Salví!

—¡Vivaaa!

En otro convento se hablaba de distinta manera.

—¿Veis? Ese es un alumno de los jesuitas; del Ateneo salen los filibusteros—decía un fraile.

—Y los antirreligiosos.

—Yo ya lo dije: los jesuitas pierden al país, corrompen á la juventud; pero se les tolera porque tienen fama de sabios y anuncian los terremotos...

—Cualquier indio los pronostica.

—Ya verán ustedes como á río revuelto, ganancia de pescadores. Ya están los periódicos pidiendo poco menos que una mitra para el padre Salví.

—¡Y se la darán! ¡Vaya si se la darán!

—¿Lo cree usted así, hermano?

—¡Pues no! Hoy por cualquier cosa la dan.

Estas y otras cosas más se decían en los conventos. Conduzcamos ahora al lector á casa de un particular, para que forme cabal idea de la impresión que produjo en Manila el famoso *alzamiento* de San Diego.

En el rico y espacioso salón de su casa de Tondo está Capitán Tinong, sentado en una butaca, pasandose las manos por la frente con ademán de desconuelo, mientras que su señora, la capitana Tinchang, llora y le sermonea delante de las dos hijas, que oyen desde un rincón conmovidas y en silencio.

—¡Ay! ¡Virgen de Antípolo! ¡Ay! ¡Virgen del Rosario y de la Correa! ¡Estamos perdidos!—gritaba la mujer.

—¡*Nanay!*... — exclamó la más joven de las hijas.

—¡Ya te lo decía yo!—continuó la mujer en tono de recriminación.—¡Ya te lo decía yo! ¡La Virgen del Carmen nos socorra!

—¡Pero si tú no me has dicho nada!—se atrevió á contestar Capitán Tinong.—Al contrario, me aconsejabas que frecuentase la casa y conservase la amistad de Capitán Tiago, porque era rico, y además me dijiste...

—¿Qué? ¿Qué te dije? ¡Yo no te he dicho eso, no te he dicho nada! ¡Ay, si me hubieses escuchado!...

—¡Ahora me echas la culpa á mí!—replicó en tono amargo el marido, dando una palmada sobre el brazo del sillón.—¿No me decías que debía invitarle á que comiese con nosotros? ¡Abá!

—Es verdad que yo te dije eso, porque tú no hacías más que alabarle; *don Ibarra* aquí, *don Iba-*

rra allá, don Ibarra en todas partes. Pero yo no te aconsejé que fueras á casa de todo bicho viviente, dándote tono con su amistad.

Capitán Tinong no supo qué contestar.

Capitana Tinchang, no contenta con esta victoria, quiso anonadarle, y acercándose con los puños cerrados,

—¿Para eso he estado trabajando años y años, para que tú con tus torpezas echas á perder el fruto de mis fatigas?—le increpó.—Ahora vendrán á llevarte desterrado y nos despojarán de nuestros bienes. ¡Ah, si yo fuese hombre, si yo fuese hombre!

Y viendo que su marido bajaba la cabeza, empezó á sollozar, pero siempre repitiendo:

—¡Ah, si yo fuese hombre, si yo fuese hombre!

—Y si fueses tú hombre—preguntó al fin picado el marido,—¿qué harías?

—¿Qué? ¡Pues... pues hoy mismo me presentaría al capitán general para ofrecerme á pelear contra los insurrectos!

—Pero ¿no has leído lo que dice *El Diario*? ¡Lee! «La traición infame y bastarda ha sido reprimida con energía y pronto los enemigos de la patria y sus cómplices sentirán todo el peso y la severidad de las leyes...» ¿Ves? ¡Ya no hay alzamiento!

—No importa; debes presentarte, como lo hicieron el 72.

—¡Sí! También lo hizo el padre Burg...

Pero no pudo concluir la palabra; la mujer, corriendo, le tapó la boca.

—¡Pronuncia ese nombre para que mañana mismo te ahorquen en Bagumbayan! ¿No sabes que basta pronunciarlo para ser sentenciado sin formación de causa?

Cuatro ó cinco horas más tarde, en una tertulia de pretensiones en intramuros, se comentaban los sucesos del día. Formaban la reunión viejas y solteras, casadas, mujeres ó hijas de empleados, vestidas de bata, abanicándose y bostezando. Entre los hombres había un señor de edad, pequeño y manco, á quien trataban con mucha consideración y que guardaba, con respecto á los demás, un desdeñoso silencio.

—A la verdad, antes no podía sufrir á los frailes y á los guardias civiles, por lo mal educados que son—decía una señora gruesa:—pero ahora que veo su utilidad y servicios me casaría gustosa con cualquiera de ellos. ¡Yo soy patriota!

—¡Lo mismo digo!—añadió una flaca.—¡Qué lástima que no tengamos el anterior gobernador!... ¡Aquel dejaría el país limpio como una patena!

—¡Y se acabaría la ralea de filibusterillos!

—¡No dicen que quedan muchas islas por poblar? ¿Por qué no deportan allá tantos indios chiflados? ¡Si yo fuera el capitán general!...

—Señoras—dijo el manco;—el capitán general sabe su deber; según he oído está muy irritado, pues había colmado de favores á ese Ibarra.

—¡Colmado de favores!—repetía la flaca, abanicándose furiosa.—¡Miren ustedes lo ingratos que son estos indios! ¿Se les puede tratar acaso como á personas? ¡Jesús!

—¿Y saben ustedes lo que he oído?—preguntaba un militar.

—¿A ver?

—¿Qué es?

—¿Qué dicen?

—Personas fidedignas—dijo el militar en medio del mayor silencio—aseguran que todo aquel ruido de levantar una escuela era puro cuento.

—¡Jesús! ¿Ustedes han visto?—exclamaron ellas á coro.

—La escuela era un pretexto; lo que querían era levantar un fuerte para poderse defender bien cuando fuésemos á atacarlos...

—¡Jesús! ¡qué infamia! Sólo un indio es capaz de tener tan cobardes pensamientos—exclamaba la gorda.—Si fuera yo la que mandase, verían... ya verían...

—¡Lo mismo digo!—exclamaba la flaca dirigiéndose al manco.—Prendía á todos los abogadillos y cleriguillos indios, y sin formación de causa los mandaba desterrados á las Carolinas. ¡El mal arrancado de raíz!

—¡Pues se dice que el filibusterillo ese es descendiente de españoles!—observó el manco sin mirar á nadie.

—¡Ya!—exclamó impertérrita la gorda.—¡Tenían que ser los criollos! ¡ningún indio entiende de revolución! ¡Cría cuervos... cría cuervos!...

—¿Saben ustedes lo que he oído decir?—preguntó una criolla para llevar la conversación á otro terreno.—La mujer de Capitán Tinong... ¿se acuerdan ustedes? Aquel en cuya casa bailamos y cenamos en la fiesta de Tondo...

—¿Aquel que tiene dos hijas?... ¿y qué?

—¡Pues la mujer acaba de regalar esta tarde al capitán general un anillo de mil pesos de valor!

El manco se volvió rápidamente.

—¿De veras? ¿y por qué?—preguntó con ojos brillantes de codicia.

—La mujer lo presentó como regalo de Pascua...

—Pero si todavía falta un mes para la Pascua...

—Temerá que le caiga el chaparrón encima—observó la gorda.

—Y se pone á cubierto—añadió la flaca.

—Satisfacción no reclamada, culpa confesada.

—En eso pensaba yo; usted ha puesto el dedo en la llaga.

—Es menester bien eso—observó pensativo el manco;—me temo que hay gato encerrado.

—Gato encerrado, eso, eso iba yo á decir—repi-
tió la flaca.

—Y yo—añadió otra, arrebatándole la palabra;—la mujer de Capitán Tinong es muy avara... aun no nos ha enviado ningún regalo, á pesar de haber estado en su casa. Conque cuando una agarrada y codiciosa suelta un regalito de mil pesos...

—Pero ¿es cierto eso?

—¡Y tan cierto! Se lo ha dicho á mi prima su novio, el ayudante de S. E. Y estoy por creer que es el mismo anillo que llevaba la hija mayor el día de la fiesta. Va siempre llena de brillantes!

—¡Parece un escaparate andando!

—¡Una manera de hacer reclamo como otra cualquiera!

El manco abandonó la tertulia dando un pre-
texto.

Y dos horas después, cuando ya todos dormían, recibieron la visita de la guardia civil... La autoridad no podía consistir que ciertas personas de posición y de dinero durmiesen en casas tan mal guardadas. En la fortaleza de Santiago y otros edificios del gobierno el sueño sería más tranquilo y reparador. Entre estas personas favorecidas estaba incluido el infeliz Capitán Tinong.

¡Se había olvidado de enviar otro anillo de mil pesos al manquito de la tertulia, que por lo visto era algún importante miembro de la justicia!...

XXXI

El casorio de María Clara

Capitán Tiago estaba muy contento. En toda aquella terrible temporada nadie se había ocupado de él. No le habían encarcelado, no le habían sometido á incomunicaciones, interrogatorios, máquinas eléctricas, pediluvios continuos en habitaciones subterráneas y otros procedimientos profusamente empleados en aquella ocasión por personas que se tenían por civilizadas. Sus amigos, es decir, los que lo habían sido (pues nuestro hombre había renegado de sus amigos filipinos desde el instante en que fueron sospechosos para el gobierno), habían vuelto también á sus casas después de pasar algunos días en los edificios del Estado. El capitán general había ordenado que se les pusiera en libertad, con gran disgusto del manco y de otras personas de orden que querían celebrar las próximas Pascuas á costa de los prisioneros, que para hacer menos triste su situación desprendíanse de sus alhajas y los colmaban de regalos.

Capitán Tinong volvió á su casa enfermo, y tan cambiado que permanecía largas horas silencioso, sin que pudiesen devolverle la alegría y la tranquilidad los mimos y halagos de su familia. El pobre hombre ni siquiera se atrevía á salir de casa por no correr el peligro de saludar á un filibustero.

Historias parecidas á las de Capitán Tinong eran perfectamente conocidas de Capitán Tiago. El hombre rebosaba de gratitud, sin saber á punto fijo á quién debía tan señalados favores. Tía Isabel atribuía el milagro á la Virgen de Antípolo. Capitán Tiago no negaba el milagro, pero añadía:

—Lo creo, Isabel, pero no lo habrá hecho únicamente la Virgen de Antípolo: mis amigos habrán ayudado también, y principalmente mi futuro yerno el señor Linares, que tiene mucha influencia.

Y el buen exgobernadorcillo no podía menos de bendecir su suerte y de considerarse el hombre más feliz del mundo, cada vez que oía hablar acerca del proceso á que estaban sometidos los revolucionarios y sospechosos. Se cuchicheaba por lo bajo que Ibarra sería ahorcado, que si bien faltaban muchas pruebas para condenarle, últimamente había aparecido una que confirmaba la acusación: los peritos habían declarado que en efecto, las obras de la escuela podían pasar por una fortificación, si bien algo defectuosa, como no se podía menos de esperar de los indios ignorantes.

De igual manera que Capitán Tiago y su prima divergían en su opiniones, los amigos de la familia se dividían también en dos partidos, uno milagrero y otro gubernamental. Los milagreros estaban subdivididos; el sacristán mayor de Binondo, la vendedora de velas y el jefe de una cofradía veían la mano de Dios, movida por la Virgen del Rosario; el chino cerero, su proveedor, cuando iba á Antípolo, decía, por el contrario, abanicándose:

—No siya osti gongong; Milingen li Antípulo esf. Esf pueli más con tolo; no siya osti gongong (1).

(1) No sea usted tonto; es la Virgen de Antípolo. Esa puede más que todos. No sea usted tonto.

Capitán Tiago, hombre prudente y temeroso, no sabía por quién decidirse.

En estas dudas se hallaba cuando llegó el partido gubernamental, compuesto de doña Victorina, don Tiburcio y Linares.

Doña Victorina, aquella mestiza que conocimos en uno de los primeros capítulos, y que por seguir la moda europea se pintaba como un payaso, mencionó las visitas de Linares al capitán general, é insinuó repetidas veces la conveniencia de emparentar con una persona de categoría.

La esposa del doctor Espadaña estaba perfectamente ensayada por el padre Dámaso.

—Venimos precisamente á hablar con usted de este asunto.—Y guiñó el ojo maliciosamente, señalando á María Clara.—Tenemos que hablar de negocios, Capitán Tiago.

La joven comprendió que debía retirarse y se despidió lo más afectuosamente que pudo de la entrometida vieja y de sus acompañantes. Ya que no había podido ser la esposa del desgraciado Ibarra, por cuya triste suerte había derramado lágrimas muy amargas, jamás entregaría su mano á ningún otro hombre. ¡Podían hablar y hacer todos los proyectos que quisieran! ¡No estaba dispuesta á dejar que jugasen con sus sentimientos y su corazón!

Lo que en aquella conferencia se dijo es tan bajo y mezquino que preferimos no referirlo. Basta decir que cuando se despidieron estaban todos alegres.

Cuando se quedó solo Capitán Tiago dijo á Tía Isabel:

—Tienes que avisar á la fonda, pues mañana damos una fiesta. Ve preparando á María Clara, pues la casamos dentro de poco.

Tía Isabel le miró espantada.

—¡Ya lo verás! Cuando el señor Linares sea nuestro yerno se morirán todos de envidia.

Y así fué como á las ocho de la noche del siguiente día estaba llena otra vez la casa de Capitán Tiago, sólo que ahora sus invitados eran únicamente españoles y chinos.

Allí estaban la mayor parte de nuestros conocidos; el padre Sibyla y el padre Salví entre varios franciscanos y dominicos; el viejo teniente de la guardia civil Guevara, más serio y triste que cuando le conocimos; el alférez, que ha ascendido á teniente con grado de comandante y cuenta por milésima vez su famosa hazaña de San Diego; el doctor Espadaña y su cara mitad doña Victorina. Linares no había llegado aún, pues como personaje importante, debía presentarse un poco más tarde que los otros convidados.

En el grupo de las mujeres era Maria Clara el objeto de la murmuración; la joven las había saludado y recibido ceremoniosamente sin perder su aire de tristeza.

—¡Psh! No es feílla—decía una;—pero el joven Linares podía haber escogido otra que no tuviese el color tan subido y con menos cara de tonta.

—¡El dinero, chica, el dinero; estos buenos mozos no van más que á caza de dotes! ¡En el pecado llevan la penitencia! ¡Mira que presentar como esposa á esa *chonga* en sociedad! Por supuesto, que después que se casan las dejan en un rincón y ellos se van á correrla con otras y á gastar los cuartos.

En otra parte se decía:

—¡Mire usted que casarse cuando el primer novio está para ser ahorcado!

—¡Estas indias no tienen corazón!...

La joven comprendía que se trataba de ella y

continuaba observando una actitud triste y á la vez desdeñosa. Demasiado conocía ella lo que eran las mujeres de los empleados españoles. Llegaban muertas de hambre, casi sin camisa, y al poco tiempo se las veía cubiertas de alhajas que decían haber heredado de sus antepasados. Lo que no les compraban sus maridos se lo proporcionaban ellas asaltando las tiendas de los chinos y vendiéndoles protección. Cuando acudían á las reuniones y fiestas de los filipinos tenían éstos que abrir cien ojos, pues desaparecían como por encanto los cubiertos de plata. Otras, más francotas, cuando veían algo de su agrado, se lo apropiaban tranquilamente delante del amo, que se veía forzado á sonreír y á mostrarse generoso. Había esposa de gobernador civil ó militar que se prendaba de todos los caballos que veía y luego los vendía á buen precio... María Clara sabía estas cosas porque las había visto en su propia casa, y por eso sentía menosprecio y desdén por aquellas orgullosas mujeres, que iban por todas partes luciendo sus carnes blancas y fingían escandalizarse al ver los desnudos y lindos pies de las indias... Estuvo tentada de retirarse, poniendo por disculpa un dolor de cabeza, pero el fin decidió permanecer en la reunión, para enterarse de lo que proyectaban respecto á su boda y para saber noticias de Ibarra.

En el círculo de los hombres la conversación era en voz alta, y naturalmente, versaba sobre los últimos acontecimientos. Todos hablaban menos el padre Sibyla, que guardaba un desdeñoso silencio.

—¿He oído decir que deja vuestra reverencia el pueblo, padre Salví?—preguntó el nuevo teniente, á quien había hecho más amable su inesperada suerte.

—Nada tengo que hacer ya en él; voy á fijarme para siempre en Manila... ¿y usted?

—Dejo también el pueblo—contestó estirándose;—el gobierno me necesita para que con una columna volante desinfecte las provincias de filibusteros y tulisanes.

Fray Sibyla le miró rápidamente de pies á cabeza y le volvió las espaldas despreciativamente.

—¿Se sabe ya de cierto qué va á ser del cabezalla Ibarra?—preguntó un empleado.

—Lo más probable y más justo es que sea ahorcado como los del 72.

—¡Va desterrado!—dijo secamente el viejo Guevara.

—¡Desterrado! ¿Nada más que desterrado? ¡Pero será un destierro perpetuo!—exclamaron varios á la vez.

—Si ese joven—prosiguió el teniente Guevara en voz alta y severa—hubiese sido más precavido, si hubiera confiado menos en ciertas personas, otra habría sido su suerte...

Esta declaración del viejo teniente y el tono de su voz produjeron una gran sorpresa en el auditorio, que no supo qué decir. El padre Salví volvió la cabeza, quizás para no ver la mirada sombría que le dirigía el anciano.

Durante la comida, en la cual Capitán Tiago se mostró tan espléndido como siempre, el joven Linares, que actuaba ya de futuro yerno, no cesó de abrumar á obsequios á la pobre María Clara.

Las españolas se atiborraban como energúmenos, y entablaban íntimos coloquios con los rollizos frailes.

Los cachazudos marinos hacían entretanto la vista gorda y procuraban consolarse de las peque-

ñas infidelidades de sus costillas, vaciando botellas de champaña y canecos de ginebra.

Capitán Tiago estaba radiante de felicidad, y todo le parecía poco para obsequiar á sus convidados.

XXXII

El cabecilla

La ciudad dormía; sólo se oía de tiempo en tiempo el ruido de un coche pasando el puente de madera sobre el río, cuyas tranquilas aguas reflejaban la luz de la luna.

María Clara levantó los ojos al cielo, de una limpidez de zafir. Habíase asomado á la azotea que daba al río, porque no podía conciliar el sueño. Llevaba la negra y hermosísima cabellera tendida sobre la espalda como espléndido manto de seda que le llegaba hasta los pies. Tenía puesto aún el lujoso traje que había lucido en la fiesta. Vista á la luz de la luna parecía una reina morena y dulce, de un país exótico, de ríos azules y bosques de cocoteros y palmeras. Crujía al andar su rica falda de tisú de brillantes colores y larga cola, y á la pálida luz de la luna despedían mil fulgores las piedras preciosas de su peineta. Las anchísimas mangas de encaje de la valiosa *camisa*, al mover

la joven los brazos, producían el efecto de transparentes alas, y las cadenillas de oro que adornaban su delicado busto resonaban de un modo armonioso y suave. Sus chinelas de raso azul, bordadas de oro, escamas y perlas, más que para pisar el suelo, parecían estar hechas para servir de estuche á costosas alhajas. María Clara estaba verdaderamente encantadora. Su misma tristeza hacía su figura más interesante. Su tez fina y aterciopelada, sus ojos grandes y ardientes respiraban voluptuosidad y amor. Se comprendía al verla la preferencia que muchos españoles, como el padre Salví, concedían á las mujeres filipinas. Las caricias que prodigase al hombre amado María Clara, debían ser más apasionadas que las de las demás mujeres. Debía de haber más calor en sus besos y más dulzura en sus palabras. Debían de ser sus brazos como cadenas amorosas de las cuales difícilmente podría uno desprenderse. Debía de ser su carne virgen, como pila eléctrica que hiciese sentir profundas sacudidas é intensísimas sensaciones de placer...

María Clara estaba triste, profundamente triste y desolada. No podía olvidarse de su primer amor. No podía olvidarse de Ibarra. A pesar de lo que había oído decir de él á las gentes continuaba creyéndolo un hombre digno de ser amado. No se le ocultaba á su fina perspicacia femenil que en la mayor parte de los hechos que se atribuían al cariñoso compañero de su niñez había mucho de invención y de calumnia. ¡Cuánto daría por verle, por explicarle su conducta para con él, para decirle que nunca había dejado de quererle, que antes y después de su prisión no había cesado de verter amargas lágrimas! ¡Se lo diría todo, hasta la tremenda revelación que cuando estaba enfer-

ma le había hecho el padre Dámaso! Entonces comprendería él por qué se había negado á recibirle y por qué no había contestado á sus cartas... No se casaría con él, pero jamás sería de otro hombre... Entraría en un convento y allí lloraría hasta el día de la muerte su desgracia...

Una *banca* cargada de zacate se detuvo al pie del embarcadero que tenía la casa, como todas las situadas á orillas del río. Uno de los hombres que la tripulaban subió la escalera de piedra, saltó el muro, y segundos después se oían sus pasos subiendo la escalera de la azotea.

María Clara le vió detenerse al descubrirla, pero sólo fué un momento, porque el hombre avanzó lentamente y, á tres pasos de la joven, volvió á detenerse. María Clara retrocedió.

—¡Crisóstomo!—murmuró llena de terror.

—¡Sí, soy Crisóstomo!—repuso Ibarra con voz grave.—Un amigo fiel, el piloto Elías, acaba de sacarme con exposición de su vida de la prisión donde me habían arrojado mis enemigos.

A estas palabras siguió un triste silencio. María Clara inclinó la cabeza y dejó caer los brazos en actitud desolada.

Ibarra continuó:

—¡Cuando todavía era niño juré hacerte feliz! ¡No han permitido que cumpliese mi palabra! ¡No ha sido mía la culpa! A pesar de tu inconstancia y del olvido de los juramentos que también me hiciste he querido verte por última vez y decirte que te perdono. Por eso al huir de la cárcel lo primero que he hecho es venir á buscarte... Ahora sé feliz con ese español que seguramente no te querrá tanto como yo te he querido y todavía te quiero. ¡Adiós!...

Ibarra trató de alejarse, pero la joven lo detuvo.

—¡Crisóstomo!—dijo.—Dios te ha enviado para salvarme de la desesperación... ¡Oyeme y júzgame!

Ibarra quiso deshacerse dulcemente de ella.

—No he venido á pedirte cuentas... ¡Quería verte, quería decirte adiós por última vez y nada más!... ¡Me queda quizás tan poco tiempo de vida!... ¡Tendré que marcharme tan lejos si vivo!...

—¡Crisóstomo, por piedad, escúchame; no me desprecies injustamente; no me guardes rencor!

Ibarra sonrió con amargura.

—Has dudado de mí, has dudado de la amiga de tu infancia, que jamás te ha ocultado un solo pensamiento—exclamó con dolor la joven.—¡Tenías razón! ¡Me acusaban las apariencias! Sin embargo, cuando sepas mi historia, la triste historia que me revelaron durante mi enfermedad, te compadecerás de mí y no te sonreirás irónicamente de mi dolor.

María Clara se calló un momento; luego continuó:

—En una de las dolorosas noches de mi enfermedad, un sacerdote me reveló el nombre de mi verdadero padre y me prohibió tu amor... á no ser que mi padre mismo te perdonara el agravio que le habías inferido.

Ibarra retrocedió y miró espantado á la joven.

—¿Qué estás diciendo?... ¿Te has vuelto loca?... ¿Tu padre?... ¿El tu padre?... ¿El infame, el asesino, el sacrílego?... ¿El padre Dámaso tu padre?... Sí, tenías razón; hiciste bien en olvidarme; yo no podía casarme con la hija de un hombre que persiguió á mi padre hasta después de muerto... ¡Yo no podía casarme con la hija del padre Dámaso, que me arrebató con saña cruel la honra y la felicidad!... ¡Ahora comprendo por qué ese hombre me

perseguía y me maltrataba sin descanso!... ¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Le parecía poco un mestizo, casi un indio, un pobre indio, para su hija!... Quería un español, aunque fuese un presumido sin fortuna como Linares... Pero ¡las pruebas!... ¿Dónde están las pruebas de que eres la hija de ese fraile cruel, de ese engendro de Satanás? ¿Dónde están las pruebas?...—exclamó Crisóstomo convulso, con los ojos saliéndole de las órbitas y el cabello erizado.

La joven estaba horrorizada al ver el terrible aspecto de Ibarra.

—¡Cálmate, por Dios! ¡Si no me hubiesen enseñado las pruebas tampoco yo lo hubiera creído!... ¡Es espantoso!... ¡Figúrate lo que habré sufrido mi corazón!... Demasiado sé que mi padrino ha sido contigo muy cruel, pero á pesar de todo, no he podido dejar de quererle y de obedecer sus mandatos... Antes de saber que fuese mi verdadero padre, ya lo quería más que al otro... Cuando niña me colmaba de caricias y de regalos, y los afectos de la infancia no se borran fácilmente... No trato de disculpar su conducta para contigo... Te digo la verdad, toda la verdad, para que veas que he obrado lealmente... ¡Quizás en su empeño de hacerme feliz, labró tu desgracia y la mía!... ¡No lo dudes, Crisóstomo!... ¡A pesar de sus consejos y de sus ruegos yo no he cesado de amarte!... ¡Si no te hubiesen prendido, hubiera entrado en un convento, guardando allí mi secreto!... Hoy las circunstancias han cambiado, y antes de separarnos para siempre he querido decírtelo todo para que no me guardes rencor!... ¡Figúrate lo que habré sufrido al tener que perder los dos grandes cariños de mi vida!...

—Pero ¿las pruebas? ¿Dónde están las pruebas?—exclamó Ibarra otra vez, lleno de impaciencia.

—¡Dos cartas de mi madre, dos cartas escritas en medio de sus remordimientos cuando me llevaba en sus entrañas!

Ibarra sentía una horrible pena. Aunque él no lo creía, pocos momentos antes todavía abrigaba en su pecho una remota esperanza de ser feliz, que iluminaba débilmente su alma. Ahora aquella luz se había apagado definitivamente y su espíritu se había hundido en las más espantosas tinieblas.

María Clara prosiguió:

—Ahora que sabes la triste historia de tu pobre María Clara, ¿te acordarás de ella con rencor?

—¿Con rencor?... ¡Tú no sabes lo que dices!... ¡Aunque me hubieses escupido y cruzado el rostro con un látigo como al más vil de los esclavos, te hubiera amado siempre!... ¡Y ahora te amo más que nunca!... ¡Desgraciado, errante, perseguido de la justicia y de los hombres, tu recuerdo no se apartará de mí!... Y si te llegas á casar con otro hombre, si te llegas á casar, María Clara... ¡ojalá seas muy feliz!... Unicamente te ruego que te acuerdes alguna vez del pobre Ibarra, de aquel que cuando jovencito colocaba sobre tus negros cabellos coronas de sampagas llamándote su adorada Cloe!...

Crisóstomo prorrumpió en sollozos. Por las morenas mejillas de María Clara hacía tiempo que se deslizaban abundantes lágrimas.

—¡Jamás me casaré con otro hombre! ¡Te lo juro!

—¡No sabes cuán feliz me haces en este momento, hermana mía, Clara de mi corazón!—exclamó Ibarra tendiendo los brazos á la joven, que permaneció en ellos medio desmayada algunos instantes.

—¡Dame un beso!

María Clara le besó en la frente.

—¡Otro! ¡El último! ¡En la boca!

Fué un beso largo, silencioso, de amarga voluptuosidad.

Ibarra hubiera querido morir en aquel instante.

María Clara se desprendió de sus brazos, acometida de súbito terror.

—¡Huye! ¡Huye! ¡Que pueden venir á prenderte!...

En aquel instante Elías, que se había quedado en la *banca*, lanzaba un síbido.

El joven se tambaleó como un borracho. Hizo un supremo esfuerzo, y con un gesto desesperado exclamó:

—¡Adiós! ¡Adiós para siempre!...

Saltó otra vez el muro y entró en la *banca*. María Clara permaneció apoyada sobre el antepecho de la azotea hasta que la ligera embarcación se perdió de vista.

Cuando ya no vió nada, lanzó un grito y cayó desmayada, envuelta en su espléndida caballera, que ahora semejava el negro manto de la viudez...

XXXIII

La caza en el lago

—Oíd, señor, el plan que he meditado—dijo Elías pensativo, mientras se dirigían á San Gabriel.—Os ocultaré ahora en casa de un amigo mío,

en Mandaluyong; os traeré todo vuestro dinero, que he salvado y guardado al pie del *baliti*, y en cuanto os sea posible abandonaréis el país...

—¿Para ir al extranjero?—interrumpió Ibarra.

—Para vivir en paz los días que os quedan de vida. De todos modos, el país extranjero para nosotros es una patria mejor que la propia.

Crisóstomo no contestó.

Llegaban en aquel momento al Pasig y la *banca* empezó á subir la corriente. Sobre el puente de España pasaba un jinete á galope y se oía un prolongado y agudo silbido.

—Elías—dijo al fin Ibarra,—¿me aconsejas que viva en el extranjero? pues ven conmigo y vivamos como hermanos. Aquí también tú eres desgraciado.

Elías movió tristemente la cabeza y contestó:

—¡Imposible! Es verdad que yo no puedo ser feliz en mi país, pero puedo sufrir y morir por él; siempre es algo.

—Entonces, ¿por qué me aconsejas que parta?

—Porque en otra parte podéis ser feliz y yo no, porque no estáis hecho para sufrir...

—¡Eres injusto conmigo!—exclamó Ibarra con amargo reproche.

—No os ofendáis, señor; no os hago ningún reproche. Sólo deseo vuestro bien. ¡Ojalá todos supiesen imitaros!

—¡No me marcharé, Elías! ¡No me marcharé! Ahora la desgracia me ha arrancado la venda; la soledad y la miseria de mi prisión me han enseñado; ahora veo el horrible cáncer que roe á esta sociedad, que se agarra á sus carnes y que pide una violenta extirpación. ¡Ellos me han abierto los ojos, me han hecho ver la llaga y me impelen á la rebelión! Y pues que lo han querido, seré fili-

bustero; llamaré á todos los desgraciados, á todos los que tienen que vengar agravios, á todos los que sienten anhelos de justicia. ¡No seré por esto criminal: nunca lo es el que lucha por su patria! ¡Si muero en la demanda, llevaré al menos el consuelo de haber hecho algo en provecho de mi país! ¿No me han condenado por filibustero? ¿No han condenado á otros muchos inocentes? ¡Pues que al menos cuando me vuelvan á condenar que sea por algo! ¡Ay de los frailes! ¡No saben que con su conducta egoísta y tiránica están echando leña á la hoguera en que han de perecer! ¡No saben que cuando llegue el día de las terribles represalias los bajarán al pozo como al pobre Társilo, los sujetarán al cepo y los matarán á golpes de bejuco, como ahora hacen ellos con los pobres indios! ¡Ah! ¡No habrá piedad entonces! ¡No habrá compasión!...

Ibarra estaba nervioso; todo su cuerpo temblaba.

Pasaron por delante del palacio del general y creyeron notar movimiento y agitación en los guardias.

—¿Se habrá descubierto la fuga?—murmuró Elías.—Acostaos, señor, para que os cubra con el zacate, por si nos ve el centinela.

La *banca* era una de esas finas y estrechas canoas que no bogan, sino que resbalan por encima del agua.

Como Elías había previsto, el centinela le paró y le preguntó de dónde venía.

—De Manila, de repartir zacate—contestó imitando el acento de los de Pandakan.

Un sargento salió y enteróse de lo que pasaba.

—¡*Sulung!*—díjole éste—te advierto que no recibas en la *banca* á nadie; un preso acaba de esca-

parse. Si le capturas y me lo entregas te daré una buena propina.

—Está bien, señor.

La *banca* se alejó. Elías volvió la cara y vió la silueta del centinela de pie junto á la orilla.

—Perderemos algunos minutos—dijo en voz baja;—debemos entrar en el río Beata para simular que soy de Peña Francia.

El pueblo dormía á la luz de la luna. Crisóstomo se levantó, pues ya el centinela no lo podía ver, para admirar la paz de la Naturaleza. El río era estrecho y sus orillas estaban sembradas de zacate.

Elías arrojó su carga en tierra, cogió una larga caña y sacó del fondo de la embarcación algunos vacíos *bayones* ó sacos hechos de hoja de palmera. Siguieron navegando.

—¿De modo que estáis decidido á quedaros en el país?—interrogó Elías reanudando la interrumpida conversación.

—¡Completamente decidido! ¡Quiero vengarme!

Luego permanecieron silenciosos hasta llegar á *Malapadna bató*.

El carabinero de este lugar tenía sueño, y, viendo que la *banca* estaba vacía y no ofrecía botín alguno que coger, dejóles pasar fácilmente.

El guardia civil de Pasig tampoco les puso ningún obstáculo.

Comenzaba á amanecer cuando llegaron al lago, terso y tranquilo como un gigantesco espejo. La luna palidecía y el Oriente se teñía con rosadas tintas. A cierta distancia columbraron una masa gris que avanzaba poco.

—¡Viene la falúa!—murmuró Elías lleno de sobresalto;—acostaos y os cubriré con estos sacos.

Las formas de la embarcación se hacían más claras y perceptibles.

—¡Se pone entre la orilla y nosotros!—observó Elías inquieto.

Y varió poco á poco la dirección de su *banca*, remando hacia Binangonan. Con gran estupor notó que la falúa cambiaba también de dirección, mientras una voz le llamaba.

Elías detúvose y reflexionó. La orilla estaba aún lejos y pronto se encontrarían al alcance de los fusiles de la falúa. Pensó volver al Pasig. Pero otra *banca* venía en aquella dirección, ocupada por algunos guardias civiles, cuyos capacetes y bayonetas brillaban á los primeros rayos del sol.

La *banca* se deslizaba rápidamente; Elías vió sobre la falúa que viraba algunos hombres de pie haciéndole señas.

—¿Sabéis guiar?—preguntó á Ibarra.

—Sí; ¿por qué?

—Porque estamos perdidos si no salto al agua y les hago perder la pista. Ellos me persiguirán; yo nado y buceo bien... les alejaré de vos y de este modo podréis salvaros.

—¡No, quédate y vendamos caras nuestras vidas!

—¿Cómo, señor, si no tenemos armas? Con sus fusiles nos matarán como á unos pajaritos. ¡Salvaos, señor!

Elías se quitó precipitadamente la camisa. En aquel momento sonaron dos detonaciones. Sin turbarse estrechó la mano de Ibarra, que continuaba tendido en el fondo de la *banca*, y luego saltó al agua, empujando con el pie la pequeña embarcación.

A alguna distancia apareció la cabeza del piloto, como para respirar, ocultándose al instante debajo del agua.

—¡Ahí va! ¡Ahí va!—gritaron varias voces, y silbaron de nuevo las balas.

La falúa y la *banca* pusiéronse en su persecución. Una pequeña estela señalaba su paso, alejándose cada vez más de la *banca* de Ibarra, que bogaba como si estuviese abandonada. Cada vez que el nadador sacaba la cabeza para respirar, disparaban sobre él guardias civiles y falueros.

La *banca* de Ibarra se alejaba lentamente. El nadador se aproximaba á la orilla. Los remeros estaban ya cansados y Elías también, pues sacaba la cabeza á menudo y cada vez en distinta dirección, como para desconcertar á sus perseguidores. Ya no señalaba la traidora estela el paso del buzo. Por última vez le vieron cerca de la orilla. Hicieron fuego. Pasaron minutos y minutos... ¡Y nada volvió á aparecer sobre la superficie tranquila y desierta del lago!...

Media hora después, un remero pretendía haber descubierto, cerca de la orilla, señales de sangre.

De Ibarra nada se volvió á saber.

¡Quizás algún día su nombre se escuchase con terror por los cómplices infames del padre Dámaso!...

XXXIV

María Clara

En vano se amontonan sobre una mesa los preciosos regalos de boda. Ni los brillantes en sus estuches de terciopelo azul, ni los bordados de piña, ni las piezas de seda, atraen las miradas de María Clara.

De repente siente que dos manos se posan sobre sus ojos, la sujetan, y una voz alegre, la del padre Dámaso, dice:

—¿Quién soy? ¿quién soy?

María Clara salta de su asiento y le mira con terror.

—¡Tonta! ¿Has tenido miedo? ¿No me esperabas, eh? Pues he venido para asistir á tu casamiento.

Y acercándose con una sonrisa de satisfacción, le tendió la mano para que se la besara. María Clara se acercó temblorosa y la llevó con respeto á los labios.

—¿Qué tienes, María?—preguntó el franciscano perdiendo su alegre sonrisa y llenándose de inquietud.—¿Estás enferma, hija mía?

Y el padre Dámaso la atrajo á sí con una ternura de la que no se le hubiera creído capaz; cogió ambas manos de la joven y la interrogó con la mirada.

—¿No tienes ya confianza en tu padrino?—pre-

guntó en tono de reproche.—Vamos, siéntate aquí y cuéntame tus disgustillos, como lo hacías cuando eras niña y me pedías velas para hacer muñecas de cera. Ya sabes que te he querido siempre... ¡Nunca te he reñido!

La voz del padre Dámaso dejaba de ser brusca y llegaba á tener modulaciones cariñosas. María Clara empezó á llorar.

—¿Lloras, hija mía? ¿Por qué lloras? ¿Has reñido con Linares?

María Clara se tapó los oídos.

—¡No me habléis de ese hombre!

Padre Dámaso la miró llena de asombro.

—¿No quieres confiarme tus secretos? ¿No he procurado siempre satisfacer tus más pequeños caprichos?

La joven levantó hacia él sus ojos llenos de lágrimas, le contempló un momento y volvió á llorar amargamente.

—¡No llores así, hija mía, que tus lágrimas me hacen mucho daño! ¡Cuéntame tus penas; ya sabes que tu padrino te ama!

María Clara cayó de rodillas á sus pies, y levantando su semblante bañado en lágrimas, le dijo en voz apenas perceptible:

—¿Me quiere usted de veras?

—¡Niña!

—¡Entonces rompa mi casamiento!

—Pero tonta, ¿no es Linares mejor que...?

—¡No, y mil veces no! ¡Quiero meterme monja! ¡Si no consentís me quitaré la vida!

Y pronunció estas últimas palabras con tal firmeza, que el padre Dámaso sintió un estremecimiento de terror.

—¿Le amabas tanto?—preguntó balbuceando.

—¡Con toda mi alma!

Fray Dámaso inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó silencioso.

Al fin exclamó:

—¡Hija mía, perdóname que te haya hecho infeliz! ¡Yo pensaba en tu porvenir, quería que fueses dichosa! ¿Cómo podía permitir que te casases con un mestizo para verte esposa infeliz y madre desgraciada? ¡Al ver que no podía conseguir que dejases de amarle, abusé de todo; por ti, sólo por ti! Si hubieses sido su esposa llorarías después, por la condición de tu marido, expuesto á todas las vejaciones, sin medios de defensa; madre, llorarías por la suerte de tus hijos. Si los educabas les preparabas un triste porvenir; se harían enemigos de la religión y los verías ahorcados, expatriados; si los dejabas en la ignorancia, los verías tiranizados y degradados. ¡No lo podía consentir! Por esto buscaba para ti un marido que te pudiese hacer madre feliz de hijos que mandasen y no obedeciesen, que castigasen y no sufriesen... Sabía que tu amigo de la infancia era bueno; le quería á él como á su padre, pero los odié desde que vi que iban á causar tu desgracia. Y esto no lo podía consentir yo que te quiero tanto, que no tengo más cariño que el tuyo, que te he visto nacer y eres mi única alegría...

—Pues bien, si me ama usted no me haga eternamente desgraciada casándome con un hombre á quien aborrezco. ¡Quiero ser monja!

—¡Ser monja, ser monja! Tú no sabes, hija mía, el misterio que se oculta detrás de los muros de un convento... ¡Tú no lo sabes! Prefiero mil veces verte desgraciada en el mundo que el claustro. Aquí tus quejas pueden oirse; allí no. Tú eres hermosa y no has nacido para él. Créeme, hija mía; el tiempo todo lo borra. Linares será un buen esposo para ti y no me cabe duda que llegarás á amarle.

—¡O me dejáis entrar en un convento ó me quito la vida!—replicó María.

—¡Jamás lo consentiré, porque estoy seguro de que cuando estés dentro te arrepentirás!... María, yo ya soy viejo y no podré velar más tiempo por ti y por tu tranquilidad. Escoge otro joven, sea quien quiera, pero no entres en el convento.

—Ya os lo he dicho, padrino: ¡el convento ó la muerte!—contestó María Clara con terquedad abrumadora.

—¡Dios mío, Dios mío!—gritó el sacerdote cubriéndose el rostro con las manos.—¡Qué horrible prueba me reservabas para la vejez! ¡Cómo castigas mis pecados!

Y volviéndose á la joven:

—¿Quieres ser monja? ¡Lo serás! Algún día te arrepentirás de esta locura; pero consiento en todo antes de perderte. Mientras yo viva velaré por ti... Luego, ¿quién sabe lo que pasará luego? ¡eres tan hermosa!...

María Clara le cogió las manos y las besó arrojándose.

—¡Padrino, padrino de mi alma!—repetía.

Fray Dámaso salía pocos momentos después triste y cabizbajo.

—¡Dios mío, véngate en mí, pero no hieras al inocente, salva á mi hija!...

EPILOGO

Viviendo aún muchos de nuestros personajes, y habiendo perdido de vista á los otros, es imposible un verdadero epílogo. Para bien de la gente y del país, los mataríamos con gusto á todos ellos, empezando por el padre Salví y acabando por doña Victorina. En algunos concejos organizan los vecinos partidas para matar lobos. Creemos que no tardará mucho tiempo en establecerse también esta costumbre en Filipinas. Sería una medida convenientísima para el bienestar y la tranquilidad de los ciudadanos.

Desde que María Clara entró en el convento, el padre Dámaso dejó el pueblo para vivir en Manila, al igual del padre Salví, que, mientras espera una mitra vacante, predica algunas veces en la iglesia de Santa Clara, en cuyo convento desempeña un cargo importante. No pasaron muchos meses, y el padre Dámaso recibió orden del muy reverendo padre provincial para desempeñar el curato de una provincia muy lejana. Cuéntase que tomó tanto pesar por ello, que al día siguiente le hallaron muerto en su alcoba.

Ninguno de nuestros lectores reconocería ahora

á Capitán Tiago si le viese. Ya semanas antes de profesar María Clara cayó en un estado de abatimiento tal, que empezó á enflaquecer y á ponerse triste como su examigo el infeliz Capitán Tinong. Tan pronto como las puertas del convento se cerraron, ordenó á su desconsolada prima la tía Isabel recogiese cuanto á su hija y difunta esposa había pertenecido y se fuese á Malabón ó San Diego, pues quería vivir solo en adelante. Dedicóse al *liam-pó* y á la gallera y empezó á fumar opio. Si alguna vez al caer de la tarde os paseáis por la primera calle de Santo Cristo, veréis sentado en la tienda de un chino un hombre pequeño, amarillo, flaco, encorvado, con los ojos hundidos y soñolientos, labios y uñas de un color sucio, contemplando á la gente con mirada estúpida. Al llegar la tarde le veréis levantarse con trabajo y apoyado en un bastón dirigirse á una sucia casucha, encima de cuya puerta se lee en grandes letras rojas: *Fumadero público de Anjón*. Este es aquel Capitán Tiago tan célebre, hoy completamente olvidado.

El victorioso alférez se fué á España de teniente con grado de comandante, dejando abandonada á su mujer. La pobre Ariadna, al verse sola, se consagró también, como la hija de Minos, al culto de Baco, y fuma y bebe como un carretero.

Vivirán probablemente aún nuestros conocidos del pueblo de San Diego, si es que no se han muerto en la explosión del vapor *Lipa*, que hacía el viaje á la provincia. Como nadie se cuidó de saber quiénes fueron los infelices que en aquella catástrofe murieron y á quién pertenecían las piernas y brazos desparramados en la isla de la Convalecencia y en las orillas del río, ignoramos por completo si entre ellos iba algún conocido de nuestros lectores. Estamos satisfechos, sin embargo, como el go-

bierno y la prensa de entonces, con saber que el único fraile que iba en el vapor se ha salvado. Lo principal para todos es la vida de los virtuosos sacerdotes, cuyo reinado en Filipinas conserve Dios para bien de nuestras almas.

De María Clara no se ha vuelto á saber. ¡Las paredes de los conventos son tan espesas! Hemos preguntado á varias personas de mucha influencia en el convento de Santa Clara, pero nadie nos ha querido decir una sola palabra, ni aun las charlatanas devotas, que reciben la famosa fritada de hígados de gallina y la salsa más famosa aún llamada *de las monjas*, preparadas por la inteligente cocinera de las vírgenes del Señor.

Hemos oído referir, sin embargo, vagamente un suceso extraño, en el cual la protagonista quizás fuese María Clara.

Una noche se oyeron gritos y lamentos en la santa morada y hubo quien asecuró haber visto un fantasma.

A la mañana siguiente se detenía un coche á la puerta del convento de Santa Clara y descendía de él un hombre, que se dió á conocer como representante de la autoridad y pidió hablar inmediatamente con la abadesa y ver á todas las monjas.

Cuéntase que apareció una con el hábito todo mojado y hecho jirones y pidió llorando el amparo de la justicia. La monja que, según parece, era muy hermosa delató horrores, y pronunció diferentes veces el nombre del padre Salví.

El representante de la autoridad parlamentó con la abadesa, y ambos convinieron en que aquella infeliz ¡estaba loca!...

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
Á MI PATRIA.	5
I.—Una reunión.	7
II.—Crisóstomo Ibarra.	18
III.—La cena.	20
IV.—Hereje y filibustero.	26
V.—Capitán Tiago.	35
VI.—Idilio en una azotea.	41
VII.—Recuerdos.	46
VIII.—Política frailuna.	50
IX.—El pueblo.	53
X.—Los caciques.	57
XI.—La ciudad de los muertos.	62
XII.—Presagios de tempestad.	65
XIII.—La pesca.	69
XIV.—En el bosque.	80
XV.—La víspera de la fiesta.	89
XVI.—Al anochecer.	95
XVII.—Correspondencias.	103
XVIII.—La mañana.	110
XIX.—El sermón.	115
XX.—La cabria.	123
XXI.—El banquete.	130
XXII.—La primera nube.	137

	<u>Págs.</u>
XXIII.—Su excelencia.	141
XXIV.—El derecho y la fuerza.	149
XXV.—La gallera.	158
XXVI.—Planes siniestros.	167
XXVII.—La catástrofe.	174
XXVIII.—Væ victis.	182
XXIX.—El maldito.	193
XXX.—Patria é intereses.	196
XXXI.—El casorio de María Clara.	204
XXXII.—El cabecilla.	210
XXXIII.—La caza en el lago.	216
XXXIV.—María Clara.	222
Epílogo.	226

Una peseta el tomo

- Mazzini (José)*.—Deberes del hombre.
Merimée.—Los hugonotes.
Merimée.—Cosas de España.
Merejkowski.—La muerte de los dioses. 2 tomos.
Merejkowski.—La resurrección de los dioses. 2 tomos.
Merejkowski.—El Anticristo (Pedro y Alejo). 2 tomos.
Mirbeau.—Sebastián Roch (La educación jesuítica).
Mitjana (Rafael).—Discantes y contrapuntos.
Mitjana (Rafael).—En el Magreb-el-Aksa (Viaje á Marruecos).
Morote (Luis).—Pasados por agua.
Morote (Luis).—Rebaño de almas.
Naquet (Alfredo).—La Anarquía y el Colectivismo.
Octavio Picón.—Drama de familia.
P. J. Moebius.—La inferioridad mental de la mujer.
Pérez Arroyo.—Cuentos é historias.
Petronio.—El satiricón.
Proudhon.—¿Qué es la propiedad?
Pío Baroja.—El tablado de Arlequín.
Reclús.—Evolución y revolución.
Reclús.—La montaña.
Reclús.—Mis exploraciones en América.
Reclús.—El arroyo.
Renán.—Estudios religiosos.
Renán.—El porvenir de la Ciencia 2 t.
Renán.—El Anticristo. 2 tomos.
Renán.—Los Evangelios y la segunda generación cristiana. 2 tomos.
Renán.—La iglesia cristiana.
Renán.—Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo. 2 tomos.
Rizal (José).—Noli me tângere (El país de los frailes).
Rocheftort.—La aurora boreal.
Robert (Roberto).—Los cachivaches de antaño.
Rodríguez Mendoza.—Vida nueva...
Rydberg.—Singuala.
Salinas (Germán).—Los satíricos latinos. 2 tomos.
Schopenhauer.—La libertad.
Schopenhauer.—El amor, las mujeres y la muerte.
Serao (Matilde).—¡Centinela, alerta!
Sorel (Georges).—El porvenir de los Sindicatos Obreros.
Spencer.—Origen de las profesiones.
Spencer.—El individuo contra el Estado.
Spencer.—Creación y evolución.
Spencer.—Educación intelectual, moral y física.
Sudermann.—El camino de los gatos.
Sudermann.—El deseo.
Sudermann.—Las bodas de Yolanda.
Sudermann.—El molino silencioso.
Sudermann.—La mujer gris.
Severine.—Páginas rojas.
Severine.—En marcha...
Strauss.—Estudios Literarios y Religiosos.
Strauss.—La antigua y la nueva Fe.
Tchekhov.—Vanka.
Tolstoi.—La verdadera vida.
Tolstoi.—La guerra ruso-japonesa.
Tolstoi.—La escuela Yasnáia-Poliána.
Teniente O. Bilsé.—Pequeña guarnición.
Ugarte (Manuel).—Visiones de España.
Ugarte (Manuel).—El Arte y la Democracia.
Vandervelde.—El colectivismo.
Voltaire.—Diccionario filosófico. 6 t.
Wagner.—Novelas y pensamientos.
Zola.—El mandato de la muerte.
Zola.—Cómo se muere.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

- Voltaire**.—*La Doncella* (1 tomo). Una peseta.
Casanova.—*Amores y Aventuras* (1 tomo). Una peseta.
Apuleyo.—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.
Longo.—*Dáfnis y Cloe* (1 tomo). Una peseta.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

- Morote (Luis).*—La Duma. (Segunda parte de «Rebaños de Almas»).
- Alcalá Galiano (José).*—Las diez y una noches (Cuentos occidentales).
- Nákens (José).*—Los horrores del absolutismo.
- Heine (E.).*—De la Alemania. 2 tomos.
- Heine (E.).*—Los dioses en el destierro.
- Bjørnstjerne Bjørnson.*—El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.
- Deutsch (León).*—Diez y seis años en Siberia (Obra prohibida en Rusia. 2 tomos.
- Luisa Michel.*—El mundo nuevo.
- Labriola (Arturo).*—Reforma y revolución social. (La crisis práctica del partido socialista.)
- F. S. Mertino.*—¿Socialismo ó Monopolismo?
- Pedrell (Felipe).*—Musicalerías.
- Nietzsche (Federico).*—Así hablaba Zaratustra.
- Nietzsche (Federico).*—La genealogía de la moral.
- Zozaya (Antonio).*—El huerto de Epicuro.

OBRAS PUBLICADAS Á TRES PESETAS EL TOMO

- Ernesto Haeckel.**—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales.*—Obra ilustrada con numerosos grabados.—Dos tomos en 4.º, seis pesetas.
- P. Lanfrey.**—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pio X, por José Ferrándiz.—Un tomo en 4.º, tres pesetas.
- A. Renda.**—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.º, tres pesetas.
- José Fola Igúrbide.**—*Revelaciones científicas que comprenden á todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.º, tres pesetas.
- David-Federico Strauss.**—*Nueva Vida de Jesús.*—Traducción de José Ferrándiz.—Dos tomos en 4.º, seis pesetas.
- P. J. Proudhon.**—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.º, tres pesetas.
- José Ingegnieros.**—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica).—Un tomo en 4.º, tres pesetas.
- José Ingegnieros.**—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría.*—Un tomo en 4.º, tres pesetas.

MODELOS DE CARTAS, arreglados por Carmen de Burgos Seguí (*Colombine*).—Un tomo: UNA peseta.

ACCIDENTES DEL TRABAJO.—Ley, Reglamento general, de Incapacidades, de Guerra y Marina, por José Manaut Nogués.—Un tomo: 8 pesetas.